

8

Author

Riku Nanano

Illustrator
cura

Private Tutor to the Duke's Daughter

The Second Coming of Shooting Star
and the Final Showdown in
the Eastern Capital



Private Tutor to the
Duke's Daughter

CONTENTS

Prologue

Chapter 1

Chapter 2

Chapter 3

Chapter 4

Epilogue

Afterword



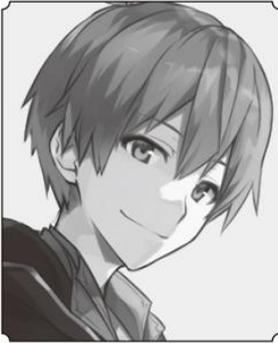
???

TOP SECRET

TABLA DE CONTENIDO

Personajes	4
Prologo.....	5
Capítulo I.....	14
Capítulo II	59
Capítulo III.....	96
Capítulo IV.....	141
Epilogo	202
Palabras De Cierre	213
Ilustraciones Adicionales En Alta Resolución.....	215

Characters



Private tutor to the dukes' daughters/
Brain of the Lady of the Sword

ALLEN

Tina, Ellie, Lynne, and Stella's private tutor possesses an extraordinary command of magic, although he remains oblivious to his talents.



Royal Academy student council vice president

CAREN

Allen's younger sister by adoption is levelheaded but surprisingly needy. Stella and Felicia are her best friends.

»...»...»...»...»
Ducal House of Howard,
northernmost of the Four Great Dukedoms



Duke Howard's second daughter

TINA HOWARD

After her talents blossomed thanks to Allen's tutoring, this young lady placed first on her Royal Academy entrance exam.



Duke Howard's eldest daughter/
Royal Academy student council president

STELLA HOWARD

Tina's serious and hardworking elder sister is the heir to the Dukedom of Howard.



Tina's personal maid

ELLIE WALKER

The granddaughter of the Walkers, hereditary servants to the House of Howard, acts as a mediator in Tina and Lynne's frequent spats.

»...»...»...»...»
Ducal House of Leinster,
southernmost of the Four Great Dukedoms



Duke Leinster's eldest daughter/
Lady of the Sword

LYDIA LEINSTER

Allen's highborn partner is a loose cannon, but she's also the best of the best as both a sorceress and a swordswoman.



Duke Leinster's second daughter

LYNNE LEINSTER

Lydia's younger sister placed second on her Royal Academy entrance exam. She sees Tina, who placed first, as a rival.

Prologo

"¡Nuevas noticias! Fuerzas amigas bajo el mando del Conde Sandré se han retirado a salvo de los suburbios del norte."

"¡El Conde Sulame y sus fuerzas han completado su retirada de los suburbios del sur! Actualmente están descansando".

"El comando del Conde Sven aún no ha regresado de su incursión hacia el oeste-posiblemente retrasado por el clima tormentoso."

"La gestión del suministro en la Estación Central está mejorando".

"Las vías de tren y otras infraestructuras entre las capitales real y oriental están en reparación. Se espera que disminuya la frecuencia de los envíos".

La residencia de los Algren en la capital real bullía de noticias. Aunque era más de medianoche, los caballeros y los mensajeros que traían noticias seguían llegando a la sala del consejo. Y mientras seguíamos los movimientos de las tropas en una mesa en el centro de la sala, utilizando piezas de cristal y un mapa de la ciudad, mi gente se esforzaba por mantenerse al día con el enorme volumen de información. ¿Qué harían sin mí, Greck Algren?

"Grant debería darme las gracias. Aquí estoy, sosteniendo la ciudad mientras, en el este, él lucha por arrebatarse el Gran Árbol a una manada de animales", me quejé, recostado en el trono que había tomado de las ruinas del palacio real. A los caballeros recién llegados les reproché: "Gracias por sus informes. Pero han cometido un error: nuestra retirada de las ciudades periféricas no es una 'retirada'."

Eso pareció desconcertar a todos los presentes.

¡Imbéciles! ¡¿Cómo pueden no ver algo tan simple?!

"Se trata de un mero redesplicue estratégico", continué con dignidad, procurando que no se notara mi enfado. "Reanudaremos nuestro avance en cuanto se solucionen nuestros problemas de abastecimiento. Fíjese en los hechos: no hemos perdido ni un solo soldado. ¿No es cierto?"

Un coro de adulación tardía llenó la sala.

"Muy cierto, Alteza".

"Su Alteza ve claramente el meollo del asunto".

"¡Qué fresca es la perspectiva de Su Alteza! ¡No es de extrañar que le propinara a la guarnición de palacio su primera derrota!"

Crucé las piernas y disfruté de la lluvia de elogios. Por el momento, seguía siendo simplemente "Su Alteza, Lord Algren", pero estaba destinado a más. No tenía nada que hacer contra mi hermano mayor, el duque Grant Algren. Sin embargo, yo era el hombre que había tomado la capital real. Cuando la guerra terminara, mi gloria marcial seguramente merecería un nuevo ducado, tal vez incluso el primer gran ducado del continente en siglos.

Ya había pasado más de un mes desde que lanzamos la Gran Causa: nuestra rebelión contra la Casa Real de Wainwright, que había pasado los últimos años maquinando para despojar a la aristocracia de sus derechos sagrados bajo el pretexto de la "meritocracia". El Gran Árbol de la capital oriental seguía desafiándonos, y no habíamos logrado capturar a la familia real debido a la feroz resistencia de sus caballeros y guardaespaldas. Sin embargo, a pesar de estos pequeños contratiempos, la guerra en su conjunto se había desarrollado según lo previsto.

Me puse de pie y examiné el mapa. "Raymond, ¿qué hay de los dos marqueses del este?" pregunté. "Si se pusieran de nuestro lado, podríamos resolver de un plumazo nuestros problemas de abastecimiento y dejar de preocuparnos por los ferrocarriles poco fiables".

Un tipo rubio claro—mi mano derecha, el conde Raymond Dispenser—se adelantó desde su discreto lugar a mi lado y negó con la cabeza. "Me temo que no hemos avanzado nada con ellos", dijo, señalando un punto en el mapa entre las capitales real y oriental. "He enviado mensajeros casi a diario, pero los marqueses Gardner y Crom siguen reservándose sus respuestas. Sin embargo, al participar yo mismo en las negociaciones, conseguí que se comprometieran a reanudar el aprovisionamiento de la capital real. Según los informes que he recibido, el primer cargamento ya ha salido de sus tierras".

"Ah, ¿sí? ¡Bien hecho!" Grité, dando una palmada a Raymond en su hombro derecho.

El plan original preveía que giráramos inmediatamente después de capturar la capital real y marcháramos hacia los Howards del norte o los Leinsters del sur, mientras los primeros seguían ocupados con el Imperio Yustinian y los segundos, con la Liga de Principados. Teníamos la

esperanza de alcanzarlos mientras estaban divididos y distraídos, pero nuestros trenes de suministros procedentes de la capital oriental se habían retrasado, en parte debido a las arteras maquinaciones de los saboteadores enemigos. Y debido a las patrañas de los impúdicos Toretos, las principales casas comerciales de la ciudad se habían mostrado obstinadamente poco cooperativas. Como resultado, nuestras líneas de suministro se habían vuelto poco fiables, por lo que no tuve más remedio que redistribuir las tropas que había enviado a los asentamientos periféricos al norte, sur y oeste de la capital. Había dejado vigías para asegurarme de que no tuviéramos que temer que nos tomaran desprevenidos, incluso en el improbable caso de que los Howards o los Leinsters intentaran un contraataque. Aun así, no había sido una decisión agradable.

"Su Alteza me honra", dijo Raymond, inclinándose. "Aunque los mercaderes más poderosos nos niegan su ayuda, muchas firmas más pequeñas han ofrecido sus servicios. Y el ex conde Rupert se dedica actualmente a reclutar más, junto con el hombre que designé para organizar sus esfuerzos, Ernest Fosse. También hemos transportado una gran cantidad de suministros desde las ciudades periféricas. Una vez sumado el apoyo de los marqueses, no deberíamos oír más quejas de los habitantes de la capital".

"Excelente", dije. Los habitantes de la ciudad no opusieron resistencia, pero tampoco se mostraron bien dispuestos hacia nosotros. La chusma de baja cuna era incapaz de apreciar nuestro elevado espíritu patriótico. Sin embargo, se alinearían una vez que los favoreciéramos con alimentos y el oro que inevitablemente generaban.

Volviéndome hacia Raymond, continué, "Tan pronto como nuestras líneas de suministro estén en orden—"

Antes de que pudiera terminar de exponer mi intención de reocupar las ciudades circundantes, un caballero barbudo entró con estrépito en la sala. Debía de estar lloviendo, porque el hombre estaba empapado y tenía las manos y los pies cubiertos de barro.

"¡Perdóneme, Alteza!", gritó. "¡Traigo noticias urgentes!"

"Contrólese, vizconde", dije rígidamente, mirando al recién llegado con un frío desdén compartido por todos los demás nobles y caballeros presentes. "Creo que te ordené transportar armas a los suburbios occidentales".

Este hombre, de nombre Zad Belgique, era un vasallo de Algren conocido en todo el este del reino como cazador de monstruos. Su fama, sin embargo, no había sobrevivido a los primeros días de la Gran Causa. Durante nuestra conquista de la ciudad, le había asignado la misión de recoger a los rezagados que huían hacia el sur, pero él y sus hombres habían caído en desgracia al caer en manos enemigas. ¿Y quién lo había capturado? "Recuerdo haberme enfrentado a Leinster y a las doncellas Howard", había afirmado, "pero nada más". ¡Es ridículo! Al menos podría haber dicho una mentira más convincente. Sólo la oposición del viejo gran caballero Haag Harclay, que desde entonces había llevado a nuestra Orden Violeta de élite de vuelta a la capital oriental, me había impedido disciplinar a Belgique en el acto. Parecía que mi indulgencia había sido equivocada.

El vizconde soportó mi mirada. Me pregunté por qué estaba tan pálido mientras caminaba hacia el centro de la sala.

"¡La Casa Ducal de Lebufera está en marcha!", gritó, golpeando con el puño el lado oeste del mapa de la ciudad. "¡Me temo que los suburbios del oeste ya han caído!".

Por un momento, un silencio atónito llenó la sala. La Casa de Lebufera poseía uno de los Cuatro Grandes Ducados de nuestro reino y gobernaba sus provincias occidentales. Durante dos siglos, se había enfrentado a los demonios—archienemigos de la raza humana—a través de la mayor vía fluvial del continente, el Río Sangriento. Si los Lebuferas entraban en la guerra, trayendo consigo al resto de la aristocracia occidental y a los pueblos no humanos, los ejércitos del Señor Oscuro podrían aprovechar la oportunidad para reanudar su marcha hacia el este.

Compartí una mirada con Raymond y me eché a reír. "¡Ha!" Me burlé. "¿Has perdido el juicio, Belgique?".

"Vizconde", dijo Raimundo, "¿ha venido a sembrar el caos? ¿A traicionar la generosidad que Su Alteza le mostró tras su miserable metedura de pata? Si es así..." Empuñó la empuñadura de la daga que llevaba al cinto, y mi guardia de caballeros se preparó igualmente para el combate.

"¡Tonterías!" suplicó Belgique, haciendo una mueca y sacudiendo la cabeza. "¡Señor, le juro que digo la verdad! En medio del viento y la lluvia, mis hombres y yo vimos wyverns cubriendo el cielo de la ciudad. Un relámpago reveló a un gigante que derribó un campanario de un golpe.

Enanos salían de los agujeros de las murallas. Y ondeando desde lo alto del parapeto, un gran estandarte blasonado con una estrella. ¡El Conde Sven y sus fuerzas están perdidos!"

"¿Y capturaste este espectáculo en un orbe de vídeo?"

"B-Bueno..." El vizconde barbudo apretó los puños y bajó la mirada. "No, señor. Nos retiramos inmediatamente y no tuvimos tiempo".

Suspiré e hice un gesto a mis guardias. "Ya basta. Debes de haber alucinado al recordar tu cautiverio. Por la presente te relevo del servicio. Quédate en la capital con tus hombres. No le digas a nadie lo que acabas de decirme. Si dices una sola palabra... no encontrarás clemencia por tercera vez."

"¡Señor! Por favor, yo—"

"¡Llévenselo!"

"¡Sí, Alteza!"

Cuando Belgique vio que mis guardias se acercaban, se sacudió y se marchó murmurando: "¿Para qué?".

Buen viaje. Mi ejército no tiene lugar para aquellos que socavan su disciplina.

"Caballeros, no se dejen influir por rumores infundados", dije con valentía, recorriendo la sala con la mirada. "El oeste no hará nada. Sólo nos enfrentamos a los Howards en el norte y a los Leinsters en el sur. Cuando regresen el conde Sven y los oficiales que nos quedan, convocaré un consejo de guerra. La victoria está a nuestro alcance, y sólo tenemos que resolver nuestras dificultades de suministro para aprovecharla. ¡Greck Algren espera mucho de su valor marcial!"

"¡Larga vida a Su Alteza, Lord Greck Algren, el más grande general de la época!", vitorearon mis oficiales.

La moral es alta. Con tropas tan motivadas, ¡nuestra victoria es casi segura!

Hinchado de satisfacción, miré por la ventana. Pesadas nubes oscurecían el cielo occidental, lo que sugería que la tormenta seguía arreciando. El regreso de nuestro destacamento occidental parecía inevitable.

*

"Es inútil. A menos que algo cambié, los habitantes de la capital morirán de hambre", me quejé con abatimiento, frente a los papeles apilados sobre mi enorme escritorio en una habitación de la mansión Algren. Era de noche, el ejército acababa de abandonar las ciudades cercanas y no tenía ningún comerciante a quien recurrir: todos dormían la siesta, agotados por semanas de trabajo brutal e incesante.

Eché otro vistazo a los papeles. La capital real sólo producía agua. Sin envíos de suministros, inevitablemente—

Un grupo de hombres entró sin llamar. Todos menos dos vestían túnicas grises con capucha.

"Trabajando hasta tarde, ya veo, Ernest", dijo uno. "Se lo agradecemos".

Vacilante, levanté la vista. "Mi señor."

El hombre que había hablado era el conde Raymond Despenser, el que me había impuesto este trabajo. Y aunque estaba acostumbrado a verle de uniforme, esta noche vestía una túnica blanca de brujo con ribetes carmesí.

A su lado había un hombre gordo, calvo, de mediana edad, vestido como un caballero, de verde oscuro, con una espada ceñida a la cintura: el antiguo conde Rupert. Este noble caído en desgracia se había ofrecido insistentemente a invertir en mi empresa familiar, la Compañía Fosse.

"Parece que lo estás pasando mal", dijo riendo a carcajadas. "Pero no por mucho tiempo: hay luz al final del túnel".

"¿Q-Quieres decir que liberarás a mi hija, Felicia?!" exigí, poniéndome en pie como un rayo y llenando el aire de papeles en los que había calculado la desesperada escasez de casi todo en la capital real.

Al principio, había supuesto que esta rebelión no tenía nada que ver conmigo. Las raíces de mi familia estaban en el oeste, y dudaba que la Casa Ducal de Lebufera y sus vasallos se unieran a la lucha. Aun así, el ejército rebelde parecía destinado al fracaso. Ningún mercader respalda a un caballo perdedor, así que mi primer movimiento había sido sacar a mi esposa y a mis trabajadores de la ciudad. Luego me había puesto en marcha para encontrar a mi hija Felicia, que había abandonado la Real Academia sin mi permiso y se había escapado de casa. Pero, esperándome en Allen & Co., había encontrado al conde Despenser, a Rupert y a una pandilla de turbios personajes vestidos con túnicas grises.

Antes de que pudiera orientarme, el conde había anunciado: "Su hija está bajo mi custodia, señor Fosse. Le agradecería su cooperación. El ejército rebelde pronto luchará por abastecerse, y no puede esperar ayuda de las grandes casas mercantiles. Sin embargo, necesitamos tiempo, los rebeldes deben resistir hasta que nuestro trabajo esté hecho. Haz que lo hagan, y en el nombre de la Santa y del Espíritu Santo, juro que te devolveré a tu hija sana y salva."

No sabía si Felicia era realmente su prisionera. Podía estar mintiendo descaradamente. Pero, ¿y si no? No podía negarme. Desde entonces, me había unido a los demás mercaderes que ayudaban al ejército rebelde— independientemente de sus opiniones personales—y a los oficiales de logística que servían a la Casa Ducal de Algren y a sus vasallos en la loca carrera por los suministros.

"Sí", confirmó el conde Despenser, con una sonrisa en los labios, "nuestro trabajo está casi terminado".

"¡Hemos ganado todo lo que necesitábamos!", añadió Rupert.

"E-Entonces—"

"Agradezco sinceramente tus esfuerzos, Ernest". El conde ignoró mi pregunta y se sentó en una silla cercana. Luego cruzó las piernas y me miró. "La mayoría de los mercaderes menores seguramente serán indultados una vez sofocada la rebelión. Pero me temo que a ti no. Tu nombre figura en demasiados documentos como para escapar al castigo".

"¿¿Q-Qué?! Yo... sólo te ayudé porque me amenazaste con—"

Me abalancé sobre el conde, pero me encontré con una espada en la garganta. Rupert había desenvainado su espada más rápido de lo que mis ojos podían seguir. Un momento después, oí tintinear su collar de oro.

"¡Magistral!", dijo el conde, aplaudiendo. "La reputación de los Rupert como espadachines es bien merecida. No es de extrañar que sus antepasados fueran tan respetados vasallos de Lebufera antes de la Guerra del Señor Oscuro. Pero por favor, envainad vuestra espada".

Rupert se rio. "Los Lebuferas sólo sirven para la destrucción. Carecen de fe en el Espíritu Santo y llevan dos siglos entrometiéndose en los asuntos de mi casa". Sus ojos brillaron con un destello de locura mientras, con un movimiento práctico, devolvía la espada a su vaina. Caí al suelo desgarrado.

"Tengo noticias para ti", dijo el conde, sonriendo. "No tengo claros los detalles, pero los Lebuferas se han unido a la guerra, e inteligencia sugiere que los suburbios del oeste han caído. Es probable que los Howards y los Leinsters también estén a poca distancia de la ciudad. Los marqueses Crom y Gardner, por su parte, ya nos han dado por una causa perdida".

Solté un grito inarticulado, aturdido, como lo estaría cualquier occidental. Los Lebuferas habían permanecido inamovibles desde la Guerra del Señor Oscuro. ¡Y las otras casas ducales ya estaban a nuestras puertas!

El conde sacó un icono de madera del cuello de su túnica y lo apretó. "Aquella a quien sirvo ha previsto esta eventualidad", dijo con una mirada de éxtasis. "Con su ayuda, hemos logrado sacar los objetos más esenciales de su deseo del archivo palaciego de libros prohibidos, del segundo tesoro sellado, del Gran Árbol de la Real Academia y del cementerio que hay bajo él, y hemos transportado una parte de ellos a los de la capital oriental. Gracias. Tienes mi gratitud". Hizo una reverencia, y Rupert y los túnicas grises siguieron su ejemplo.

El conde y sus subordinados habían estado saqueando todo tipo de cosas por toda la ciudad. La mayoría eran curiosidades fuertemente aseguradas cuyos usos no podía ni empezar a adivinar. Las únicas que había visto bien eran un par de cajitas llenas de talismanes que había enviado a la capital oriental en grifo. Habían sido etiquetadas como "monstruo, Mar Ardiente: fragmento de corazón" y "Gran Árbol, capital real: brote más antiguo".

"¡Entonces suelta a mi hija!" Me obligué a gritar, aunque temblaba de miedo. "¡Se lo suplico! Por favor... Por favor, ¡liberen a Felicia!"

"En cuanto a tu hija, tienes mi palabra solemne", respondió el conde. "Pero debo pedirle que nos acompañe a la República de Lalannoy".

"¿L-Lalannoy?!" resoné, incapaz de creer lo que oía. La república se encontraba al noreste del reino, al otro lado del mayor lago salado del continente, el Mar de los Cuatro Héroes.

El conde se puso en pie. El trueno retumbó. Su túnica se ondeó. "Sr. Ernest Fosse, lo hará muy bien."

"¿Para qué?" Apenas me atreví a preguntar.

"No formas parte de su círculo íntimo, pero no puede hacer la vista gorda ante tu situación. Verdaderamente, eres justo el hombre que necesito. Bien

entonces, hasta que nos encontremos de nuevo en Lalannoy. Debo cuidar al pequeño noble por unos días más".

"¿Qué demonios...? ¡Para!" Sin previo aviso, apareció un círculo mágico gris carbón en el suelo y empecé a hundirme en él. Luché con todas mis fuerzas, pero seguí cayendo. Mientras estaba hasta el cuello de oscuridad, vi a Rupert y a los túnicas grises arrodillarse e inclinarse reverentemente ante el conde.

"Apóstol Ibush-nur, ¿qué sigue?", preguntó el hombre de verde.

"Lo que Su Santidad desee. Si todo va bien, nuestro trabajo provocará la caída de la Dama de la Espada y sumirá al reino en el caos. Si la fe del Apóstol Menor Lev se mantiene firme, incluso el Gran Árbol de la capital oriental podría ser nuestro".

Capítulo I

"Buen trabajo a todos. La ciudad de Fouha está ahora totalmente bajo nuestro control. El grueso de las fuerzas rebeldes parece haberse retirado por cuestiones logísticas", anunció mi querida madre, la Dama Manchada de Sangre, la Duquesa Lisa Leinster. Qué digna se veía, de pie, con su uniforme escarlata y su gorra. "Ocúpate de que la gente del pueblo esté bien atendida, y envía a la capital del sur todo lo que les falte. Mi esposo Liam ya se ha ido a consultar con su amigo jurado, el duque Walter Howard".

Los oficiales reunidos lanzan vítores.

"Hasta ahora todo va bien, Lady Lynne", susurró alegremente la pechugona belleza que estaba a mi lado. Lily, la número tres del Cuerpo de Doncellas de Leinster, llevaba una cinta negra en su precioso y largo pelo escarlata, una chaqueta con un diseño de flechas entrelazadas, una falda larga y un par de botas de cuero.

"Sí", le susurré, "pero no tenemos un momento que perder".

Estábamos al sur de la capital real, en la sala del consejo del ayuntamiento de Fouha. A través de los cristales agrietados de la ventana, podía ver nubes oscuras que descendían.

Había pasado poco menos de un mes desde que la Casa Ducal de Algren liderara la insurrección de la aristocracia conservadora de nuestro reino. Los simpatizantes rebeldes de la Liga de Principados habían aprovechado la oportunidad para invadirnos, pero nosotros, los Leinsters, y nuestros vasallos del sur habíamos repelido su ataque y aplastado a su ejército en la llanura de Avasiek. Nuestra fuerza principal había girado entonces hacia la capital real, y nuestra marcha nos había traído hasta aquí.

Esta reunión estaba formada por los nobles y comandantes más prominentes del sur, junto con Lily, yo mismo y un puñado de caballeros. Al ver que el discurso de mi querida madre les había infundido valor, apreté los puños junto con ellos.

Mi querido padre había ido a hablar con el duque Walter, lo que significaba que las fuerzas de Howard también se acercaban a la capital. Pensé en Tina Howard y Ellie Walker, de quienes estaba segura que marchaban con el ejército. Nunca consentirían quedarse en la capital del norte, y menos

ahora que mi querido hermano, nuestro tutor privado y el insustituible Cerebro de la Dama de la Espada, se había visto envuelto en esta insurrección.

Tina, Ellie, no puedo esperar a verlas. Tengo tanto que contarles...

Un repentino golpe en la mejilla me hizo perder el hilo de mis pensamientos. Estuve a punto de gritar, pero conseguí amordazarme con las manos. Después de todo, era la hija de un duque y tenía algo de vergüenza.

"Lily, ¿cuál es la gran idea?" Susurré con gran nerviosismo.

"Parecías tan feliz que no pude evitarlo", le susurró alegremente la criada. "Has estado un poco decaída desde que te despediste de Sida en la capital del sur".

Sida era una criada en prácticas que me había sido asignada para atenderme durante las vacaciones de verano. Era una chica agradable—aunque con un toque de excentricidad—pero no podía llevarla conmigo a la campaña, así que la había dejado atrás. Tal vez su presencia había contribuido a aliviar mi soledad en aquellos tiempos difíciles.

Un caballero con una flamante armadura escarlata—Conde Tobias Evelyn, comandante de nuestra Orden Escarlata de élite—levantó la mano en un saludo entusiasta y gritó: "¡Señora, que mis caballeros y yo dirijamos la carga hacia la capital real!".

Siguió un coro de objeciones.

"Lord Evelyn está demasiado ansioso de protagonismo. Mi propia Casa de Pozon sería una mejor opción".

"La Casa de Hugues espera su orden."

"¡La Casa de Bor está lista y dispuesta!"

Mi querida madre sonrió con elegancia. Pero antes de que pudiera hablar, otra voz dijo: "Disculpe". Llamaron a la puerta y entró una impresionante mujer de gafas, pelo negro y piel oscura: Romy, la segunda al mando del Cuerpo de Doncellas de Leinster. Había traído a otra doncella de orejas alargadas, piel un poco oscura y pelo escarlata extremadamente pálido recogido detrás de la cabeza, por no mencionar un pecho que se hacía notar a pesar de la coraza manchada de batalla que llevaba.

"¡Celenissa! ¿Has vuelto de la capital del este?!" grité. La segunda doncella, Celenissa Ceynoth, era la número cinco del cuerpo. Había acompañado a nuestra doncella principal, Anna, a la fortaleza oriental de los rebeldes, donde se habían propuesto llevar a cabo un reconocimiento en fuerza.

Mi querida madre levantó serenamente la mano izquierda, acallando al instante el barullo de voces. "Romy", dijo, invitando a un informe.

"Sí, señora", respondió Romy. "En primer lugar, la Casa Ducal de Howard ha capturado la ciudad de Nanoff, al norte de la capital real. Y debido a la fulgurante rapidez con que tomaron desprevenidos a los rebeldes, creo que no ha llegado a la ciudad noticia alguna del ataque."

Todo el grupo recibió esta noticia con miradas de aprobación. Como habíamos esperado, los Howard nos estaban igualando zancada a zancada.

"A continuación, tengo noticias sorprendentes que contar. Verán..." El segundo al mando vaciló.

"Romy está alborotada", murmuró Lily con dulzura.

Por fin, Romy se ajustó las gafas con una mano y anunció: "Parece que las ciudades al oeste de la capital también han sido retomadas, y por la Casa Ducal de Lebufera".

Una conmoción llenó la sala. Incluso mi querida madre se quedó boquiabierta.

La Casa Ducal de Lebufera custodiaba el oeste de nuestro reino. Y durante los últimos doscientos años, habían estado pegados a la línea de fuertes que habían construido a orillas del Río Sangriento, enzarzados en una contienda de miradas con nuestras némesis demoníacas. Sin embargo, esos mismos Lebuferas habían marchado a la guerra. Me estremecí, seguro de que estaba presenciando un gran acontecimiento que pasaría a los anales de...

Mi querida madre dio una palmada. "Ignoraremos el asunto de las Lebuferas por el momento", dijo. "Romy, confío en que hayas informado a Liam".

"Sí, ama. El amo te envía un mensaje: 'Moveremos nuestra conferencia al oeste, y tres duques asistirán'."

"Ya veo."

Una vez más, los oficiales se sorprendieron. Sus rostros se sonrojaron y, sin pensarlo, apretaron los puños y golpearon sus vainas y armaduras. Tres de los Cuatro Grandes Duques de nuestro reino se habían reunido en el campo de batalla para celebrar un consejo de guerra.

Esto es asombroso. ¡Simplemente estupendo! Nada como esto ha sucedido desde la Guerra del Señor Oscuro. Ahora rescatar a mi querido hermano debería estar—

Celenissa dirigió una mirada significativa a mi querida madre.

"La batalla por la capital real comenzará inmediatamente después del regreso de Liam. Todos ustedes deben descansar mientras tanto", ordenó la duquesa Lisa Leinster. "Lynne, Lily, quédense conmigo. Romy, Celenissa, vayan a buscar a Lydia y asegúrense de que Maya la acompañe".

*

"Querida madre, ¿es... prudente contarle a mi querida hermana noticias frescas de la capital oriental... y de mi querido hermano?" pregunté con franqueza una vez que los demás hubieron abandonado la habitación.

"No puedo pretender que lo sea", replicó mi querida madre, cruzándose de brazos y frunciendo el ceño, "pero ahora no tengo valor para ocultárselo a Lydia".

No tenía nada que decir al respecto; mi querida hermana estaba desesperada por saber algo de mi querido hermano. Pero si... si las noticias de Celenissa eran malas—

Lily apretó suavemente mis manos y dijo: "Allen es fuerte, Lady Lynne".

"Lily..." Mi inquietud pudo más y abracé a la criada como cuando era pequeña. Ella me acarició la espalda con ternura.

Sin embargo, el maná se acercaba, poderoso, turbulento y terriblemente inestable. Me aparté de Lily y me erguí cuando la puerta se abrió para dejar entrar a Romy y Celenissa, ambas con una silla. Luego entró una mujer menuda, de pelo castaño y uniforme de sirvienta, sosteniendo a una joven demacrada con el pelo escarlata muy corto. Esta última vestía un uniforme militar negro azabache, sus ojos brillaban con una luz mortecina y la cinta escarlata carbonizada de su muñeca derecha empezaba a deshacerse. Lily

y yo nos quedamos heladas, atónitas por la primera vez que la veíamos en días.

"Querida hermana."

"Lydia".

Esta joven era Lydia Leinster, la Dama de la Espada, a quien algunos aclamaban como la hechicera y espadachina más poderosa del reino. También era mi querida hermana, y yo la idolatraba.

Murmuró: "Gracias, Maya. Puedo andar sola". Luego se acercó a nuestra querida madre y su tono se volvió brusco de repente. "¿Supongo que tienes noticias de él, madre?"

"¿Has comido lo suficiente, Lydia?", preguntó lentamente nuestra querida madre. "No parece estar en condiciones de—"

"Basta de hablar de mí. Nada importa más que él ahora".

"Lydia". La angustia torció el rostro de nuestra querida madre. En silencio, Romy y Celenissa dejaron su silla. "Siéntense. Por favor".

Mi querida hermana accedió a su sincera súplica en silencio. Maya y Romy se colocaron rápidamente detrás de ella.

Nuestra querida madre se sentó también y dijo: "Celenissa, cuéntanos qué está pasando en la capital oriental. E intenta ser breve".

"Sí, señora". La doncella movió la cabeza. Siendo la segunda mayor de las tres hermanas Ceynoth, sus hermosos rasgos mostraban un rastro de sangre élfica.

Mi querida hermana juntó las manos como si rezara. Nunca antes habría mostrado una debilidad así, pensé, apretando el puño contra el pecho para resistir el dolor.

"Limitaré mi informe a lo esencial", dijo Celenissa con calma, y luego empezó a relatar la guerra.

"Ya veo. ¿El Gran Árbol aún resiste, entonces? ¿Y Richard está herido, pero a salvo?"

"Sí, señora. La señorita Caren consiguió destruir el inexpugnable Gran Puente, y el propio árbol está custodiado por una bandada de grifos verde

mar bajo el mando de la legendaria montura de la Estrella Fugaz. Y como la doncella principal, Nico, y Jean también se quedaron atrás para la defensa y el reconocimiento, creo que el peligro ha pasado por el momento."

Mi querida madre sonrió, evidentemente aliviada por el informe. "Richard es ciertamente difícil de manejar, ¡siempre elige los momentos más difíciles para poner a prueba sus límites! Me pregunto de quién lo habrá sacado. ¿Qué te parece, Lynne?"

"B-Bueno..." Reí torpemente. Aunque mi querido hermano Richard se pasaba la mayor parte del tiempo haciendo el tonto, en el fondo era tan imposiblemente serio como nuestro querido padre. Pero fuera como fuera, esta noticia ofrecía perspectivas mucho más brillantes que el informe inicial de Sir Ryan Bor.

Y el beastfolk eligió a Caren para viajar al oeste e invocar el Viejo Juramento. Imagínatelo. pensé, imaginándome a la vicepresidenta del consejo estudiantil de la Real Academia, amante de hermano y del clan de los lobos. Si los Lebuferas se han unido a la lucha, puede que ella marche con ellos.

"¿Y es un prisionero de guerra?", presionó mi querida hermana Celenissa. "¿No está muerto? ¿Estás completamente segura?"

"Lo dijo el general enemigo Haig Hayden", respondió la doncella. "Aunque rebelde, es un gran caballero; creo que podemos tomarle la palabra".

"Está vivo", murmuró entrecortadamente mi querida hermana mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Lily y yo corrimos a su lado, llamándola suavemente, y le estrechamos las manos. Estaban frías y demacradas.

Mi querida madre se levantó también y secó los ojos de mi querida hermana con un pañuelo. "Lydia, Allen está vivo. Pero se asustaría si te viera ahora. Dale descanso a tu mente y a tu cuerpo. Maya, Romy".

"Sí, señora. Lady Lydia."

"Por favor, discúlpenos".

Las dos criadas levantaron a mi querida hermana, que tocaba el pañuelo y murmuraba: "Vivo. Está vivo". Lily y yo nos movimos para unirnos a ellas, pero mi querida madre nos detuvo con una mirada.

¿Que?

En cuanto mi querida hermana salió de la habitación, casi un centenar de hechizos y barreras insonorizantes la rodearon. ¡¿Era esta la magia de Maya y Romy?!

Me volví para mirar a mi querida madre, de rostro solemne, y a la criada que quedaba. Entonces caí en la cuenta: Celenissa había mentido para proteger el corazón desgarrado de mi querida hermana.

"Por favor", dije, encontrándome con la mirada afligida de la criada, "dime la verdad".

Siguió un momento de silencio. Entonces Celenissa respondió: "Según la palabra de Hayden y otros datos de inteligencia que recogimos en la capital oriental, el señor Allen fue efectivamente hecho prisionero. Sin embargo, posteriormente fue secuestrado y enviado al Mar de los Cuatro Héroes por un grupo distinto al de las fuerzas rebeldes."

"¡¿Se llevaron a mi querido hermano?!" exclamé, estremecida.

"¿Secuestrado? ¿Quién sabría los detalles?" preguntó Lily. Hablaba con calma, pero le temblaban las manos.

Celenissa bajó la mirada. "Tal vez el líder enemigo, Grant Algren, o su hermano Greck, que comanda sus fuerzas en la capital real. Pero si hemos de creer a los rebeldes que capturamos, el valor del señor Allen le granjeó una reputación incluso entre los insurrectos y la población humana de la capital oriental. Dudo que lo usen con rudeza".

"Entonces, quién diablos podría haber—"

Dejé que mi propia pregunta se quedara en el aire, inacabada. Tenía la cabeza bastante fría y acababa de recordar la amenaza que habíamos encontrado en Avasiek: los inquisidores de la Iglesia del Espíritu Santo. En mi estado de shock, prácticamente podía oír cómo se me escurría la sangre de la cara.

"¡Señora!" Lily gritó. "¡Romy y Maya no pueden separarse de Lady Lydia, pero, por favor, dame permiso a mí, a Celenissa y a las demás doncellas de rango para ir a la capital oriental! A menos que hagamos algo—"

Mi querida madre tapó la boca de mi prima con una mano y la hizo callar.

¿Qué quiere decir? ¿Por qué Romy y Maya deben quedarse con mi querida hermana?

Mi querida madre incineró el pañuelo con el que había secado las lágrimas de mi querida hermana. "Lydia nos engañó", gimió. "Estaba escuchando a escondidas. Normalmente no es su estilo, pero no tiene escrúpulos cuando se trata de Allen. Supongo que es mi hija".

"Querida madre..."

"Ama..."

"Lynne, Lily, Celenissa."

Las tres respondimos con un tardío "Sí, señora".

Mi querida madre se puso en pie y dijo: "En nombre del duque Liam Leinster, te ordeno que devuelvas inmediatamente a la Dama de la Espada a la capital del sur. Si lucha en su estado mental actual, podría suponer una amenaza tanto para amigos como para enemigos. Si se resiste..." Tocó suavemente su vaina, y vi tristeza en sus ojos. "Puedes tratarla con rudeza. Si ocurre lo peor, yo misma me enfrentaré a ella. Soy la única madre que tiene esa niña".

*

Fuimos directamente de la sala del consejo a la habitación asignada a mi querida hermana.

"Entonces, ¿mi querida hermana siempre estuvo rodeada de Maya y oficiales del cuerpo de sirvientas como seguro? ¿Estabas informada de esto?" Pregunté mientras caminábamos.

"Nadie me dijo nada", refunfuñó mi prima con desgano. "Sólo me pareció un poco raro. Debería haber sabido que aún no confiaban realmente en mí como criada, a pesar de que llegué a ser la número tres."

"No se queje, señora", intervino Celenissa desde detrás de nosotras, dándole a Lily un suave golpe en la cabeza.

"¡Ow! ¡C-Celenissa, eso dueleeeee!" Lily hizo ademán de acunarse la herida.

"¿Qué vamos a hacer contigo?". Sin romper el paso, la criada mayor se puso la mano izquierda en la cadera y señaló con el índice derecho. "Eres una de nosotras, ¿a menos que prefieras volver a ser una aprendiz?".

"¿Entonces por qué nunca me dejaste tener un uniforme de sirvienta?" gimoteó Lily, jugueteando con los dedos índices apretados. Celenissa la miró con un afecto inconfeso.

De repente, recordé una lección del cuaderno que me había regalado mi querido hermano. "Te harás fuerte, Lynne", había dicho. "Pero ésa es una razón más para que nunca olvides ser amable y considerada con los demás". Me llevé la mano derecha al corazón.

No puedo evitar sentir miedo por mi querida hermana en este momento. Pero dejarla seguir así no está bien. Debo detenerla. ¡Soy Lynne Leinster, hermana de Lydia Leinster, la Dama de la Espada, y alumna de Allen, su Cerebro!

Tanto mi prima como la solícita criada se volvieron para mirarme.

"¿Lady Lynne?"

"¿Pasa algo?"

"No es nada" dije con un ligero gesto de la mano derecha. Luego llamé a las dos criadas que conversaban al final del pasillo. "Maya, Romy. Mi querida madre nos ha ordenado que devolvamos a mi querida hermana a la capital del sur, aunque preferiría no ser brusca con ella."

Maya pareció sorprendida, pero dijo: "Sí, milady".

"El maná de Lady Lydia no se ha movido", añadió el segundo al mando del cuerpo, con un gesto de comprensión. "Deberías encontrarla en sus aposentos".

"Asegurémonos". Mientras las criadas se retiraban, llamé suavemente a la puerta y dije: "Querida hermana, soy yo, Lynne. Voy a entrar".

No respondió. Sentí que se me hundía el pecho.

Ella no puede.

Abrí la puerta y entré... en una habitación vacía.

Por la ventana abierta podía ver nubes oscuras hacia la capital real, pero ni rastro de la luna o las estrellas. Una pinza negra para el pelo, que hacía las veces de orbe de vídeo y comunicación, yacía descuidadamente desechada sobre la cama, y una espada de repuesto se apoyaba en una silla.

Lily frunció el ceño. "No me digas Lydia..."

Maya se acercó a la ventana y lanzó un hechizo de detección. "El maná que percibimos antes debe haber sido un señuelo", murmuró afligida. "Oh, Lady Lydia."

¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo hacer?

Mi querido hermano no estaba aquí. Tampoco estaban Tina, Ellie, Lady Stella, Caren o Felicia. Y el tiempo apremiaba, a juzgar por lo demacrada que estaba mi querida hermana. Tenía que tomar una decisión.

Cogí la espada abandonada, me di la vuelta y dije: "¡Maya, informa a mi querida madre de inmediato! No me cabe duda de que mi querida hermana se ha ido sola... a averiguar el paradero de mi querido hermano con el comandante enemigo. Celenissa, informa a mi querido padre".

Ambas criadas estaban algo agitadas, pero reconocieron mis órdenes.

"S-Sí, mi señora."

"¿Y qué hará usted, Lady Lynne?"

"Eso debería ser obvio". Me ajusté la gorra militar, me metí la espada de mi querida hermana en el cinto y respiré hondo.

Querido hermano, por favor, ¡dame valor!

"¡Perseguiré a mi querida hermana! Mi querida madre nos encargó a Lily y a mí que fuéramos su vaina mientras mi querido hermano está fuera. ¡Romy, por favor acompáñanos!"



*

Los estandartes de Lebufera ondeaban en lo alto de una colina sin nombre al oeste de la capital real, al igual que los de sus vasallos. Humanos, elfos, enanos, dragonfolk, gigantes, demisprites y otras razas se arremolinaban en torno a su campamento principal. La moral estaba por las nubes, como debía ser, después de haber aniquilado una fuerza enemiga al mando del conde Sven y de haber tomado los municipios periféricos en un ataque sorpresa unos días antes.

"Por aquí, Alteza", dijo mi guía, un oficial elfo.

"Gracias", respondí, y pasé junto a él al pabellón de conferencias.

Una voz grave retumbó: "¡Llegas tarde, Liam! ¿Es la liga tan pusilánime que has perdido tu ventaja? Han pasado años desde la última vez que te vi de uniforme. Sí, siempre te ha sentado bien el rojo". Un hombre grande, corpulento y barbudo, de pelo platino y uniforme azul celeste, levantó la mano izquierda en señal de saludo sin levantarse de su asiento. Era mi viejo amigo para lo bueno y para lo malo, Walter Howard, uno de los Cuatro Grandes Duques y gobernante del norte.

"Llegas pronto, Walter", repliqué, hundiéndome en una silla vacía. "¿O debería decir 'Lobo del Norte'? ¿No te bastó con barrer el suelo con el ejército sureño de los Yustinianos?"

"Ah, ¿sí? Un juego de niños", se jactó el "dios de la guerra", dejando su taza de té negro y un puñado de papeles. "Aquí tienes un recuerdo, aunque éstos no son tan precisos como los que había cerca de la capital del norte".

Asentí y cogí los papeles, que resultaron ser previsiones meteorológicas para la capital real y sus regiones vecinas. "¿De dónde los has sacado?" pregunté.

"Las hizo mi hija Tina", dijo Walter, con una sonrisa quebrándose en su expresión severa.

"Son... magníficos".

Había oído que era tan brillante como Lydia, reflexioné, sorbiendo mi té. Las hojas eran de una nueva variedad occidental. Luego dejé la taza y saqué mi pitillera, un regalo que mi hijo Richard había comprado con su primer sueldo de la guardia real.

Ese chico tonto es demasiado serio para su propio bien. Apuesto a que está arriesgando su cuello en la capital oriental. Como Duque Leinster, debería elogiarlo. Pero como su padre, sólo deseo que sobreviva.

Sonreí con pesar, recordando que el amigo sentado frente a mí también había sido padre. Sólo que el profesor nunca cambiaba.

"¿Puedo tentarte?" pregunté, sacando dos cigarrillos y ofreciéndole uno a Walter.

"Sí, gracias."

Encendí los cigarrillos con un hechizo y nos quedamos un rato en silencio, envueltos en humo.

Al final dije: "¿Fue prudente traer a la pequeña Tina a la campaña?"

"Por ahora", respondió Walter, con semblante grave. "Intenté detener a mis hijas, pero ambas insistieron en que marcharían directamente a la capital oriental si les ordenaba quedarse en el norte. Consulté al profesor, y él lo aprueba". Tras una leve pausa, añadió: "Usted también debe de haber recibido un mensaje urgente. Una de las chicas de Ceynoth nos ha traído una cinta de su parte".

"Ya veo". Incineré lo que quedaba de mi cigarrillo y dejé caer la cabeza con desgano.

"Lydia debe de estar muy mal si tienes ese aspecto", dijo mi amigo con evidente preocupación. Las dos teníamos hijos malditos por hijas, dos a la vez, ¡y en el mismo país!

"Lo está", admití. "Lisa teme lo peor".

Walter también consumió el último cigarrillo. "¿Tan malo como eso?", preguntó seriamente.

"Tan malo como eso".

Walter se cruzó de brazos, suspiró pesadamente y refunfuñó: "Le necesitamos vivo, cueste lo que cueste".

"Mi casa también está en deuda con él. No podemos dejar que se nos muera. Y sobre todo..." Recordé a mi pequeña tal como la había visto después de Avasiek, durmiendo en un rincón de un pabellón con sus espadas en los brazos. "No puedo ver a Lydia tan demacrada sin querer hacer algo al respecto. Mi hija necesita a Allen. Walter, cuando esta guerra

termine, voy a elevar a ese muchacho, aunque tenga que arrastrarlo pateando y gritando. ¿Estás conmigo?"

"La guerra aún no ha empezado. Podemos hablar de lo que viene después, cuando la hayamos ganado", refunfuñó el dios de la guerra, con la mirada conflictiva de quien contempla una batalla perdida. "Stella y Tina también están muy unidas a él. Y Graham dijo más o menos lo mismo que acabas de decir tú. Los Caminantes bien podrían robarnos una marcha si no tenemos cuidado".

"Un problema bastante espinoso".

Así que los Caminantes también quieren a Allen.

"Allen tiene mi gratitud", gruñó Walter hoscamente, "¡pero no tendrá las manos de mis hijas en matrimonio!".

"Walter, adopté la misma postura hace cuatro años, y he estado perdiendo terreno desde entonces. Ríndete".

"¡Nunca!" Walter se tomó un momento para calmarse. Luego preguntó: "¿Y qué hay del sur? Me han dicho que tienen la sartén por el mango".

¿Tuvo noticias de nuestras batallas con la liga mientras estaba en el norte? Walker el Abismo es una fuerza a tener en cuenta.

"Nuestros grifos de guerra demostraron ser más eficaces de lo que había imaginado", respondí. "Luego está esa chica comerciante que contratamos. Por recomendación de Anna, la investigué con toda la autoridad de guerra de Allen".

"¿Felicia Fosse? ¿Cómo actuó?"

"¿Tienes que preguntar? Allen la exploró y nuestra doncella principal dio fe de ella", dije, recordando los asombrosos logros militares de la muchacha de anteojos. "A mi suegro también le ha gustado mucho. Aun así, emparejarla con la chica de Sykes podría haber sido un error. Sus hazañas tienen a nuestros partidarios de la línea dura exigiendo que anexionemos Atlas y Bazel, como mínimo".

Sasha, la hija del Conde Sykes, procedía de una larga estirpe de talentosos maestros del espionaje. A su corta edad, su talento para el espionaje y las estratagemas ya inspiraba admiración al predecesor de su padre. También era la prometida de Richard.

"Nunca cambias". Walter sacudió exageradamente la cabeza. "¡Tú y los Leinsters siempre exageran!"

"Humph. ¿Y cómo te ha ido?"

"Ya hemos llegado a un acuerdo secreto con el anciano de nuestro norte: una paz blanca, esencialmente. Las negociaciones fueron como la seda. El profesor estaba al mando, y nuestros prisioneros de guerra incluían al príncipe heredero imperial y a una de sus princesas".

"¿¿Cómo es eso justo?! ¡Deberías haber enviado al profesor al sur tan pronto como terminó!"

"El trato está cerrado, pero estará ocupado por un tiempo todavía. Nuestros asuntos pueden estar en orden, pero los suyos no".

Estudié la expresión de mi viejo amigo.

Así que el viejo Emperador Yustin ha aprovechado su oportunidad para hacer un poco de "limpieza doméstica".

"En Rostlay, Stella y el Héroe lucharon contra un agente de la Iglesia del Espíritu Santo", anunció fríamente Walter. "El enemigo utilizó soldados hechizados, huesos de dragón y Resurrección. Al final, incluso recurrió al hechizo tabú Ensueño de Aparecidos Inquietos".

"¿¿El Héroe?!" resoné, incrédulo.

"Todavía está con mis fuerzas, charlando alegremente con Stella y Tina". Y añadió: "Creo que está aquí por tu hija".

La Iglesia se movía entre bastidores. Soldados hechiceros, huesos de dragón y grandes hechizos estaban en juego. Y por si fuera poco, el Héroe —supuestamente ajeno a los conflictos humanos— iba tras Lydia... "Lydia también luchó contra la Iglesia en uno de nuestros campos de batalla. Creemos que lanzaron un hechizo vinculante estratégico".

La expresión de Walter se agrió. "Las raíces de la iglesia son profundas, entonces", espetó. "Podemos asumir con seguridad que maniobraron el imperio y la liga, además de incitar a nuestros rebeldes".

"Tendremos mucho trabajo cuando acabé la guerra", dije con desánimo. Los principales nobles orientales serían castigados, al igual que los aliados de la Iglesia del Espíritu Santo, pero nuestro reino estaría demasiado preocupado para ejercer su influencia en el extranjero durante algún tiempo.

De repente, me asaltó un pensamiento. "¿Qué pasó con la tierra donde se fundió el Ensueño de Aparecidos Inquietos? ¿La purificó el profesor?"

"Ese es otro motivo de preocupación. Una extraña nueva fe ha surgido en mi ducado y en el imperio. Verás, Stella y el Héroe fueron los que..."

"¡Perdonen mi tardanza!"

Con esa enérgica interjección, el duque Leo Lebufera irrumpió en el pabellón. El aristocrático joven elfo tenía el pelo verde pálido y vestía un uniforme de un tono más intenso del mismo color.

"No te disculpes", dije magnánimamente.

"Todo esto ha sido bastante repentino", añadió Walter. "No pensábamos que tu casa marcharía".

"¡Yo tampoco!" exclamó Leo, tomando asiento. Cualquiera podía ver que estaba ansioso por la batalla. "Les he invitado aquí para tramar la toma de la capital real".

"No tan rápido", dije, tratando de tranquilizar al elfo, que aún parecía dispuesto a sonar el asalto en cualquier momento.

"Primero, dínos por qué te uniste a la guerra", presionó Walter.

En ese momento, Leo se enderezó en su asiento y dijo: "Marchamos por una sencilla razón: se ha invocado el Viejo Juramento".

Nuestros ojos se abrieron de par en par. El Antiguo Juramento era un juramento de las casas ducales de Lebufera y Algren tras la Guerra del Señor Oscuro. Tenía sus raíces en el legado que Estrella Fugaz, el legendario campeón del clan de los lobos famoso en todo el continente, había dejado durante la Batalla del Río Sangriento. Cumplir esa promesa era el deseo más querido de todas las casas occidentales.

"Ya veo", dije, ya sin dudas.

"No es de extrañar que su moral sea tan alta", observó Walter. "¿Era el deseo retomar la capital oriental? ¿Qué hay de Su Majestad?"

Leo rio con suficiencia. "En cuanto a eso—"

Sin previo aviso, una repentina ráfaga asaltó el pabellón, acompañada del ruido del batir de las alas. En medio de una agitada actividad, entró una criada angustiada. Llevaba el uniforme desaliñado y una enorme guadaña a la espalda. Sus cabellos escarlata pálido bailaban detrás de ella mientras

se inclinaba profundamente y decía: "Pido perdón a Sus Altezas por las urgentes noticias que traigo".

"¡Celenissa!" exclamé. "¿Qué ha pasado?"

La recién llegada era Celenissa Ceynoth, la número cinco del Cuerpo de Doncellas de Leinster. Su hermoso rostro estaba espantosamente pálido, pero respondió con claridad:

"¡Lady Lydia ha partido sola hacia la capital real!"

Los tres nos sobresaltamos. Mis pensamientos se congelaron.

¿Sola? ¿Ha dicho "sola"?

Mi hija Lydia era fuerte. A su corta edad, ya había heredado el apodo de "Dama de la Espada". Pero los rebeldes tenían casi cien mil soldados en la capital real. ¡Esto iba más allá de la mera imprudencia!

"Mientras hablamos" continuó Celenissa, "las damas Lynne y Lily la persiguen en grifos, acompañadas por una fuerza selecta de doncellas bajo el mando de la segunda al mando del cuerpo. La señora ha avisado de que se unirá a la persecución en cuanto termine sus preparativos".

"¿Lynne y Lisa también?" Gemí.

Walter se levantó de su asiento y anunció: "Volveré a mi campamento y aceleraré la entrada de mi vanguardia en la ciudad".

"Gracias", dije débilmente.

"Ni lo menciones; esto es sólo una diferencia de tiempo. Leo, ¿qué hay de tus fuerzas?"

"Marcharemos de inmediato", declaró Leo audazmente, apretando el puño. "Ya hemos perdido el honor del primer compromiso. Y compartiré lo que sé: La Orden de Caballeros Reales está cuidando los fuertes a lo largo del Río Sangriento. Su Majestad y el Príncipe Heredero Juan están en la capital occidental. La Princesa Cheryl y sus guardias están en la retaguardia de nuestro ejército, aunque me costó mucho convencer a Su Alteza Real de que se quedara allí. Y hace poco, recibí mensajeros de los dos marqueses del este".

¿Quería decir que los Lebuferas no eran la fuerza que tan magistralmente había capturado los suburbios occidentales? ¿Por qué Su Majestad se había quedado atrás? ¿Y qué habían dicho los marqueses Gardner y

Crom? Estaba a punto de formular mis preguntas cuando las puertas de la tienda se abrieron de par en par y una voz retumbó:

"¡Los elementales me lo han contado todo, jóvenes! ¡Una vez más, seré el primero en la refriega!"

Walter y yo nos quedamos mirando asombrados.

"Por qué, estas..."

"Ahora lo veo. Las ciudades del oeste cayeron..."

Allí, sonriendo intrépidamente, se encontraba una elfa con un hermoso cabello verde jade que le llegaba hasta los hombros y un aspecto imponente como el de la diosa. Llevaba una lanza desgastada por el tiempo y vestía un uniforme verde. Llevaba una tira de tela negra atada a la muñeca derecha. Era la duquesa emérita Leticia Lebufera, el Vendaval Esmeralda, que había ostentado su título dos generaciones antes que Leo. Una leyenda viviente, que una vez había corrido por los campos de batalla junto a Estrella Fugaz e incluso había cruzado espadas con el Señor Oscuro. Deben haber pasado décadas desde nuestro último encuentro.

"¡Contrólate, abuela!" Leo estalló. "Permitir que la Brigada Estrella Fugaz tome la iniciativa en cada combate simplemente no es..."

La duquesa Leticia negó con la cabeza, sus ojos destellaban peligro.

"No voy a escuchar ninguna discusión, el tiempo es esencial. Oh, Liam".

"¡Sí, señora!"

"¿Cuál es el mayor número de alas que ha oído aparecer en la espalda de su hija?"

"¿Perdón?" balbuceé, desconcertada por la inesperada pregunta.

"¡Contéstame!", ladró.

"O-Ocho, creo."

"Entonces su caso es grave. Rezo para que no sea demasiado tarde".

Oí más grifos aleteando sobre mi cabeza, seguidos de gritos de "¡Caren, eso es peligroso! ¡Te delataré a Allen!" y "¡Teto, no digas nada!". Entonces alguien se tiró al suelo y asomó la cabeza en el pabellón. Era una chica del clan de los lobos con el pelo, las orejas y la cola de color gris plateado. Llevaba el uniforme de la Real Academia, pero su sombrero no era de la

escuela, sino una de las boinas florales que las demisprites llevaban a la batalla. Sobre su hombro cabalgaba un gato negro: Anko, el familiar del profesor.

¿Dónde he visto a esta chica antes?

"Estoy preparada, duquesa Letty", dijo. "También el director, Teto y sus compañeros, y la Brigada de la Estrella Fugaz".

"Oh Caren, qué chica tan hábil eres", respondió la ex duquesa. "¿Qué me dices? ¿Estás segura de que no te gustaría casarte con lo mejor que mi casa puede ofrecer cuando esta guerra haya terminado?"

¡Claro que sí!

Walter debe haber compartido mi comprensión, porque murmuró "la hermana de Allen" en voz baja.

"Los jefes Leyg y Chise me hicieron la misma oferta", dijo la chica. "Lo consideraré si su mejor puede vencer a mi hermano".

"¡Tú también tienes la lengua afilada, niña!". La duquesa Leticia rugió de risa. Luego se volvió hacia nosotros y dijo con despreocupación: "¡Jóvenes, los espero en la capital real! Y dense prisa: si ocurre lo peor, puede que los necesiten en la batalla. La caída de uno con ocho alas pondría en peligro a todo el reino".



"¡Nuevas noticias! ¡Fuerzas leales a la Casa Ducal de Howard y sus vasallos han sido avistadas en una colina al norte de la ciudad! Como enarbolan el estandarte del duque, ¡creemos que el propio Walter Howard cabalga con ellos! Con el permiso de Su Alteza, ¡tengo aquí el video orbe!"

"¡Nuevas noticias! Fuerzas leales a la Casa Ducal de Leinster y sus vasallos han sido avistadas en una colina al sur de la ciudad. Poseen un gran número de grifos, lo que dificulta el reconocimiento aéreo. Por favor, vea usted mismo el video orbe".

"¡Nuevas noticias! Las comunicaciones mágicas se han cortado en toda la ciudad. Las fuerzas hostiles parecen ser las responsables. Hemos perdido el contacto con la capital oriental, ¡y la comunicación entre las unidades se está cortando!"

"¡Fuerzas leales a los marqueses Gardner y Crom han ocupado los suburbios del este! ¡Ambos señores proclaman su intención de 'acabar con

la amenaza rebelde a la capital real! ¡Nos han cortado la retirada! ¡Lord Greck, d-denos órdenes!"

Los corredores entraron en tropel en la sala, todos portando noticias increíbles. Por mucho que me hubiera gustado negar los informes, los orbes de vídeo mostraban tropas enarbolando estandartes de Howard y Leinster, y el papel que me pusieron en las manos llevaba los sellos de Gardner y Crom. Era la realidad.

Mientras yo entraba en pánico, mis hombres actualizaban el mapa de la ciudad con un nuevo marcador tras otro. Los enemigos nos acorralaban por el norte, el este y el sur. Temblé como una hoja.

¡¿A qué están jugando el imperio y la liga?! ¡¿Por qué no oímos nada hasta que estuvieron justo en nuestra puerta?! ¡Malditos sean, Gardner y Crom! ¡Todo este tiempo, nos han estado comparando con las otras casas ducales!

A pesar de mis pensamientos confusos y mi respiración agitada, me levanté y estudié el mapa, buscando algún medio de salvar nuestra posición. Incluso después de devolver la Orden Violeta a la capital oriental, seguía teniendo casi cien mil soldados bajo mi mando, mientras que nuestros enemigos contaban con unos ochenta mil en total. Empezaríamos por eliminar la amenaza más débil—los dos marqueses—y asegurar nuestra retirada. Entonces—

Un mensajero irrumpió en la sala del consejo jadeando. Su evidente angustia atrajo las miradas de los nobles que abarrotaban mi sede.

"¡Nuevas noticias!" gritó. "¡Nuevas noticias!"

"¡Cállate!" Le espeté. "Puedo oírte. Habla".

En crisis como ésta es cuando es más vital mantener la cabeza fría. Conquisté la capital real. Mientras yo esté a cargo, ninguna situación es demasiado difícil para...

"¡Banderas de L-L-Lebufera han sido vistas en una colina al oeste de la ciudad!"

Se hizo el silencio en la sala. Luego, el caos.

"¡Imposible!"

"¡¿Dejaron Rio Sangriento sin defensa?!"

"Los Lebuferas tienen tropas especializadas en tomar fortificaciones".

"Ni atrincherándonos en el palacio mantendremos alejados a los gigantes por mucho tiempo".

"¿Deberíamos retroceder a la capital oriental?"

"Entonces... no pudimos llegar a nuestras fuerzas occidentales porque..."

"¿Fueron aniquilados?!"

Golpeé la mesa con todas mis fuerzas y bramé, con una voz que no podía evitar que temblara: "¡S-Silencio! ¡Los Lebuferas nunca marcharían! Es absurdo. Es..."

"¡Un video orbe, Su Alteza!"

Todos miramos atónitos el orbe en la mano del mensajero, que efectivamente mostraba un ejército de minorías occidentales. En su furgón había gigantes de infantería pesada como montículos, ataviados con pesadas armaduras y portando enormes armas y grandes escudos. Llevaban antiguos estandartes blasonados con... ¿una estrella fugaz? A continuación, venían los zapadores enanos, armados con artefactos mágicos como nunca había visto. Estos especialistas habían tomado muchas fortalezas durante la Guerra del Señor Oscuro. Los jinetes wyvern dragonfolk, famosos por su destreza marcial, volaban sobre mí. También divisé un cuerpo de temibles hechiceros demisprites y numerosas formaciones de elfos y humanos. Y en lo alto de la colina ondeaba inconfundible un enorme estandarte de Lebufera.

Esta vez, la sala se congeló de verdad.

Uno de los supuestos clave en los que se basaba la Gran Causa—que la Casa Ducal de Lebufera nunca abandonaría el oeste—se había desmoronado. Ahora nos encontrábamos en inferioridad numérica y rodeados por todos lados. Y la capital real apenas era una ciudad defendible.

Mi teniente, Raymond, estaba ausente. Se había llevado a ese mercader, Ernest, en una misión para negociar el fin de nuestros problemas de abastecimiento con los comerciantes de la ciudad. Los otros condes tampoco estaban, repartidos por la ciudad para fortificar sus posiciones. Los únicos que estaban conmigo eran...

Es inútil. ¡No puedo confiar en estos tontos para nada!

"Alteza", dijo un aristócrata vacilante, con una mirada vil en los ojos. Dudaba que pudiera blandir una espada. "Estamos completamente rodeados. Seguramente no tenemos ninguna posibilidad de..."

"¡No seas ridículo!" Solté. "¡Debemos triunfar! Si perdemos esta batalla, ¡lo perderemos todo! Riqueza, tierras, honor, títulos... ¡quizás incluso nuestras vidas!"

"Pero entonces, ¿qué propones que hagamos?"

"En cuanto a eso—"

Un repentino estruendo interrumpió mis palabras. Toda la casa tembló, las luces parpadearon y los nobles se inquietaron.

Está cada vez más cerca.

Otro mensajero entró corriendo. Antes de que pudiera abrir la boca, le pregunté: "¿Qué ha sido ese jaleo?"

"¡Corran... corran por sus vidas! Nosotros... ¡No podemos detenerla!"

"¿Qué estás balbuceando? Los informes deben ser entregados con precisión y compostura, menos..."

Otro estruendo, como si arrojaran algo. Siguieron gritos y chillidos. Estaba claro que algo iba mal.

"¡El enemigo está asaltando el cuartel general!", gritó el mensajero, con el rostro ensangrentado. "¡Nuestras fuerzas están dando batalla, pero no aguantan! ¡La defensa parece imposible! ¡Evacuen de inmediato!"

La consternación llenó la sala. Habíamos establecido nuestro cuartel general en una residencia de los Algren, el edificio más fuertemente custodiado de la ciudad. Numerosas líneas de defensa impedían el acceso, e incluso un ejército ducal tendría dificultades para atravesar las fuerzas que las custodiaban.

"Oh, ¿eso es todo?" me burlé. "Sin duda esperan atemorizarnos con un reconocimiento en masa. ¡¿Cuán grande es la tropa enemiga?!"

El mensajero murmuró indistintamente.

"No te oigo. ¡Habla más alto!"

"¡Sólo una persona, Su Alteza!"

Por enésima vez en el día, se hizo el silencio, que inmediatamente dio paso a una risa aliviada.

"¿Una persona?" Repetí. "¡Imbécil! ¡¿Por qué pierdes la cabeza?! ¡Dale su merecido por su temerario asalto! ¿O quieres decirme que los caballeros de Algren no son rivales para un solo—"

Entonces se produjo el estruendo más fuerte del día, acompañado de un coro de metal desgarrado. Los gritos subsiguientes fueron una mezcla de miedo y temor. El intruso había penetrado profundamente en la casa. Los nobles y los guardias agarraron las empuñaduras de sus espadas, mientras yo echaba mano de mi alabarda, que había dejado apoyada a mi lado.

El aire tembló. A poca distancia, la magia del fuego chamuscó mi escritorio. Algo se acercaba. Algo terrible.

Entonces, sin hacer ruido, las pesadas puertas del vestíbulo se abrieron de par en par.

Un rotundo aristócrata que estaba junto a ellos chilló y se desplomó. *¡Desgracia!*

Las puertas cayeron hacia dentro y entró... una mujer joven. Llevaba el pelo escarlata corto. Su uniforme era negro tinta. Llevaba una espada en cada mano, y las alas de fuego que tenía detrás se movían como si tuvieran vida propia. Llevaba algo anudado a la muñeca: un trozo de tela escarlata sucia, pensé.

"¿Quién sabe dónde está?", preguntó en tono cadencioso, paseando su mirada perpleja por el vestíbulo. Sus ojos estaban desenfocados.

¿No está en sus cabales?

Mientras los nobles se recuperaban y formaban a mi alrededor, busqué en mi memoria.

"¿Lydia Leinster?" Dije al fin. "No me digas que has venido a por mi cabeza. Puede que te llamen la Dama de la Espada, ¡pero debes estar loca si te imaginas que puedes lograrlo!".

Mi desafío quedó sin respuesta. Lydia Leinster se volvió lentamente para mirarme, empezando a concentrarse.

"¿Adónde le has llevado?", preguntó. "Responde rápido".

"¿Él? ¿De quién estás hablando?"

"¿No es eso... obvio? Me refiero a mi Allen, mío y sólo mío. ¿Dónde está detenido? Deberías saberlo, Greck Algren".

De sus alas brotaron dagas de filo cortante que incendiaron paredes, mesas y sillas en rápida sucesión.

¡Qué maná!

"¿Allen?" Repetí, entretejiendo hechizos y fingiendo compostura, aunque mentalmente estaba sudando frío. "Oh, la falsa bestia". Me reí entre dientes. "Ahora que lo pienso, la gente le llamaba tú 'Cerebro'".

"Responde", exigió secamente Lydia Leinster. Su tono y su mirada eran inquietos, y su maná vacilaba.

Un orbe de comunicación tirado en el suelo crepitaba "...socorro...deprisa...". Evidentemente, una fuerza de socorro se apresuraba a socorrerme.

Me devané los sesos. Si conseguía entretener lo suficiente a esta chica descerebrada, tendría la oportunidad de capturarla y utilizarla como moneda de cambio contra los Leinster. Mi situación era desesperada, ¡pero me libraría de ella!

Volví a mirar a Lydia Leinster, que estaba de pie con las espadas preparadas. Parecía muy apegada a la falsa bestia.

"Es un hecho que lo hicimos prisionero en la capital oriental", dije con deliberada lentitud. "Aunque me han dicho que dio bastante la lata".

"E-Entonces sigue estando—"

"Sin embargo", interrumpí su arrebató, lanzando una mirada significativa a los nobles y guardias que me rodeaban. Recordando las noticias frescas que Raymond me había traído esa mañana, continué: "Lamento decir que lo más probable es que la falsa bestia ya esté muerta".

A la Dama de la Espada se le fue el color de la cara. La luz abandonó sus ojos, y sus alas de fuego se fueron con ella. Un atónito "¿Qué?" fue todo lo que dijo.

"¿Qué esperabas?" Continué. "¿Por qué debemos permitir que falsas bestias y animales vivan, especialmente aquellos que han dañado a

nuestras fuerzas? Ríndete, Lydia Leinster. El Cerebro de la Dama de la Espada ya no existe".

Las espadas resbalaron de las manos de la muchacha y se clavaron con la punta en el suelo. Se desplomó en el suelo, con la mirada perdida en el vacío y murmurando entre dientes: "No es verdad. No lo es. ¿Allen se ha ido? Entonces yo... debería... al menos debería estar a su lado cuando yo...".

¡Perfecto!

"¡Ahora!" Ordené, sacando mi alabarda. "¡Atrapen a la malhechora!"

"¡S-Sí, Su Alteza!"

Los nobles y los hombres de armas que habían estado observando con la respiración contenida se cerraron en torno a la Dama de la Espada. Con este golpe, estábamos bien encaminados hacia...

Lydia Leinster levantó la vista y mi instinto de conservación se apoderó de mí; a pesar mío, solté un grito ahogado. Los demás se detuvieron, temblorosos.

Sus ojos no reflejaban ninguna luz y se habían vuelto de un carmesí sangriento. Su mirada contenía una oscuridad insondable... y un odio inconcebible. La muchacha inhumana se puso en pie, empuñando sus espadas, cuyas puntas seguían clavadas en el suelo. La tela hecha jirones que llevaba en la muñeca emitía un débil resplandor, pero pronto se quemó y se desintegró. Un misterioso sello apareció en el dorso de su mano derecha mientras su maná crecía abruptamente.

"¡F-Fuego!" Me apresuré a ordenar. "¡No retengan nada!"

"¡S-Sí, Su Alteza!"

Los soldados helados alzaron sus espadas, lanzas y bastones, preparándose para desatar todos los hechizos que habían estado tejiendo en una gran andanada. Fue entonces cuando ella atacó.

Todos los que estábamos en el vestíbulo chocamos contra las paredes y el suelo.

Vislumbré una llamarada siniestra, como una ráfaga de sangre negra, que abrió el techo.

"Maldita se—" Mis maldiciones se convirtieron en gritos cuando un dolor punzante me desgarró el cuerpo.

"Dime todo lo que sabes", entonó el demonio sin vida, agarrándome por el pelo y mirándome a los ojos. La marca de su mano derecha se había extendido hasta su mejilla. "Todo. Ahora mismo".

Balbuocé. Necesitaba hablar, pero estaba demasiado aterrorizado para que me salieran las palabras.

"¡Apunten al de las alas ardientes!", bramó una voz desde la puerta. "¡Fuego!"

Decenas de picas penetraron en la sala, disparando andanadas de lanzas relámpago. Al frente de la fuerza estaba el vizconde Zad Belgique.

La Dama de la Espada me soltó y se retiró hacia las ventanas sin decir palabra. Sus alas de fuego cortaron la mayoría de las lanzas en el aire, y donde sus llamas caían al suelo, se retorcían como serpientes espinosas.

Mientras Belgique corría a mi lado y me ayudaba a levantarme, sus tropas gritaban con voz temblorosa.

"¡Su Alteza, evacue por el sótano! ¡Conseguiremos tiempo!"

"¿Bloqueó todos esos hechizos?"

"Este fuego me da escalofríos."

"Yo... no puedo medir la cantidad de maná que tiene. ¡Está por las nubes! ¡Ella... ella no puede ser humana!"

La cosa que había sido Lydia Leinster se volvió para mirarnos. "Se enfadará si le sigo", dijo. "No quiero eso. Nunca, nunca quiero eso. Si me odia... no puedo seguir viviendo. Pero... Pero ya no importa. No necesito un mundo sin él. No me importa si se enoja conmigo; iré a donde él esté. Después de todo, el único lugar para mí en todo el mundo es a su lado. Y si intentas impedir que vaya allí...".

Para nuestra sorpresa, de la espalda de la Dama de la Espada brotaron otras dos alas maléficas. Ahora tenía cuatro, y ardían en un rojo oscuro. Serpentinazas de fuego se retorcían sobre los restos de las paredes y el techo. Los manómetros de los soldados se derrumbaron con una serie de fuertes estruendos. Sus barreras resistentes a las llamas también se debilitaron.

La cosa disfrazada de chica cruzó sus espadas y luego las separó suavemente. Una ráfaga de viento nos sobresaltó a todos mientras un fuego maligno envolvía sus espadas.

¡Qué maldad! Ella es... como una...

La demonio de alas llameantes nos clavó sus espadas y rugió: "¡Cortaré e incineraré todo lo que vea! Así que fuera de mi camino".



*

"¡Romy, Lily, miren ahí!" Grité. "¡Puedo ver fuego!"

"¡Deje de tomar la iniciativa, Lady Lynne!" Romy chasqueó por encima de nuestros orbes de comunicación. "¡Lily!"

"¡Sí, señora!" respondió Lily alegremente mientras ella y las otras doncellas impulsaban a sus grifos hacia delante, adelantándose al mío.

Unas nubes densas y oscuras se cernían sobre la capital real. El ejército de Lebufera parecía estar interfiriendo las comunicaciones mágicas, por lo que nuestros orbes sólo eran eficaces a corta distancia. Sólo pude captar algunos fragmentos de las transmisiones rebeldes. Por orden de mi querida madre, el resto de nuestros jinetes grifo también habían volado por delante, infiltrándose en el espacio aéreo de la ciudad y asaltando las posiciones rebeldes. Por lo que podía ver, su dominio era indiscutible.

Aunque sólo brillaban tenues luces en el palacio real destrozado por la batalla, las lámparas y las fuentes de maná seguían acudiendo a la residencia de los Algren. Desde el interior del edificio en llamas, percibí una furiosa tempestad de maná increíble.

"Querida hermana", murmuré, llevándome la mano derecha al corazón. Justo entonces, Romy y Lily dieron la voz de alarma.

"¡Cuidado a tu alrededor!"

"¡Algo vuela hacia aquí!"

Un momento después, docenas de enormes objetos cayeron en picado desde la oscura capa de nubes. Llovieron sobre las fuerzas rebeldes, tanto en marcha como acampadas, y nos sorprendieron al estallar en altísimos infiernos. Las explosiones llenaron el aire de ondas de choque y nubes de polvo. Ni un solo proyectil había caído sobre estructuras civiles.

¡Qué increíble precisión!

"¿Eso eran rocas?" Murmuré, refrenando a mi grifo.

"¿Están usando productos químicos?" se preguntó Romy casi al mismo tiempo. Lily, mientras tanto, exclamó: "¡¿Quién está lanzando montañas?!".

Acabábamos de ascender a una mayor altitud y adoptar una formación defensiva circular cuando una voz de mujer sonó desde nuestros orbes de comunicación. "Llamando a todos los grifos en vuelo. Supongo que son

Leinsters. Aquí Chise Glenbysidhe de los demisprites. Los enanos y gigantes están listos, así que los ataques seguirán. Tenemos observadores de artillería, pero tengan cuidado de no quedar atrapados en las explosiones. Los dragonfolk están a punto de lanzar ataques aéreos también. Eso es todo lo que tengo que decir".

Su mensaje terminó y una segunda andanada de rocas—esta vez varios centenares—se precipitó desde las nubes, que desgarraron al caer. De nuevo, las explosiones sacudieron el paisaje urbano.

¡¿Un demisprite?! ¡¿Del oeste?!

"¡Lady Lynne, esta parece una oportunidad de oro!" Romy instó.

"¡Ahora mismo, podemos entrar sin problemas!" Lily estuvo de acuerdo.

Asentí y acababa de empezar a maniobrar mi grifo cuando dos voces familiares irrumpieron en mi comunicador.

"¡Lynne! ¡¿Estás ahí?!"

"¡Lady Lynne!"

"¡Tina! ¡Ellie!" Grité, sorprendida. Me temblaba la voz y las lágrimas me nublaban la vista.

"Lynne, ¿estás llorando?" preguntó Tina, a la que se unió un balbuceo nervioso de Ellie.

"¡Yo... no estoy haciendo nada de eso!" repliqué. "¡Y tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos! ¡Tina, Ellie! Mi querida hermana está en casa de los Algren, y— ¿Tina? ¿Ellie? ¡Oh, cielos!"

Las interferencias se habían reanudado y habíamos perdido el contacto. Esperaba que hubieran recibido mi mensaje, pero no podía contar con ello. Aun así, con ellos a mi lado,

¡incluso detener a mi querida hermana era una posibilidad! Mientras tanto, nos acercábamos a la casa de los Algren y al humo negro que la envolvía.

¡Querida hermana! ¡Por favor, por favor, cuídate!

Llevamos a nuestros grifos a poca altura sobre la casa, evitando sus muros circundantes.

¡Ni un enemigo a la vista!

Vi mi oportunidad y salté al tejado, donde desenvainé rápidamente mis dos espadas.

Romy y Lily me siguieron, la primera armada con un martillo de mango largo y la segunda con las manos desnudas.

"Proporcionen apoyo aéreo", ordenó la segunda al mando a las demás doncellas. "Hasta que llegue Celenissa... Pia, toma el mando".

"Sí, señora", respondió Pia. Número nueve del cuerpo, tenía el pelo castaño, suave y corto, y llevaba una pinza en el flequillo. "Que la fortuna les favorezca, Lady Lynne, Lady Lily, señora". Luego condujo a las doncellas a una mayor altura, llevándose con ellas a nuestros grifos.

Lily se quejaba de que "no era una dama" mientras sacaba dos espadas de la nada.

Cuando vi que estaba lista, salí corriendo por el tejado. Romy y ella me siguieron.

La tempestad de maná era cada vez más feroz.

"Mi querida hermana parece estar en el sótano", dije. "Debemos encontrar la forma de bajar".

"En ese caso..."

"¡Haremos uno!"

Romy y Lily salieron disparadas delante de mí, derribando sus martillos y espadas. Una sección del tejado estalló en una lluvia de escombros, dejando un enorme agujero. Una docena de caballeros atónitos miraron desde el pasillo de abajo.

Nunca dejan de sorprender.

"Yo me encargo de ellos. No te metas", dijo la segunda al mando del cuerpo de sirvientas, dando vueltas a su martillo.

Lily hizo caso omiso de la orden, con el pelo escarlata ondeando mientras saltaba ágilmente hacia abajo con un enérgico "¡Woosh!".

"¿Una... una criada?!"

"¡Intrusos!"

"¡Ataquen!"

"Suena las ala—"

Lily lanzó un grito alegre y giró sobre sí misma, con dos espadas gemelas en la mano. Unas flores ardientes se arremolinaron cuando derribó a todos los sorprendidos caballeros de un solo golpe que cortó en pedazos sus espadas, lanzas y escudos.

"¡Ta-da! ¡Vamos, Lady Lynne! Y usted también, señora. Pongámonos en marcha", llamó y echó a correr.

"¡Hey! ¡No tan rápido!" Grité, dejándome caer en el pasillo tras ella. Romy hizo lo mismo, murmurando que a Lily "le esperaba una reprimenda a nuestro regreso".

El maná de mi querida hermana seguía fortaleciéndose. ¡No tenía tiempo que perder!

Corrimos y corrimos a través de la casa Algren en llamas. Los caballeros y soldados enemigos se dispersaron ante nosotros, su moral desastrosamente baja posiblemente evidenciaba que alguien había roto su cadena de mando. Me precipité por una gran escalera, buscando el maná de mi querida hermana.

Ella está... ¡en el sótano, debajo de la parte trasera del primer piso! Prácticamente salté las escaleras restantes, aterrizando en el vestíbulo, donde...

"¡Fuego!"

Una hilera de caballeros salió de su escondite, con las lanzas preparadas, y lanzó una andanada de rayos. Unas flores de fuego salieron disparadas hacia mí, desviando los hechizos. Lily se preparó para cargar, pero chilló y se detuvo en seco cuando Romy la agarró por el cuello.

"Espere". La segunda al mando me miró y dijo: "Lady Lynne, por favor, adelante con Lily. Su humilde servidor Romy se ocupará de las cosas aquí".

"Romy..." Titubeé, luego me recompuse y dije: "¡Por supuesto! Gracias".

"Tal es el deber de una doncella. Confío en que lo entienda, Lady Lily."

"¡Yo... soy una doncella! Una doncella". Lily echó humo, levantando sus espadas gemelas cuando la sirvienta mayor la soltó. "¡Romy, gran malvada!"

Los caballeros rebeldes lanzaron un grito de sorpresa cuando el hechizo supremo Pájaro de Fuego los atacó, atravesando casi un centenar de barreras y perforando también sus robustos escudos. El pájaro se estrelló contra las enormes puertas delanteras, abriéndoles un enorme agujero y dejando todo el vestíbulo en llamas a su paso. Mientras los restos de las puertas ardían, Lily clavó sus espadas en el suelo. Luego, cruzándose de brazos—de una forma que no pude evitar notar que enfatizaba su pecho—dijo: "¡Uf! Bien hecho".

Miré con reproche a mi prima, pensando que no podía igualarla en combate. Las tropas rebeldes entraron por la entrada principal.

"¡Lady Lynne! ¡Lily!" Romy gritó bruscamente.

"¡De acuerdo!", respondimos y salimos a toda velocidad por un pasillo. Detrás de nosotros, podía oír el estruendo de la batalla. Pronto llegaríamos a las escaleras del sótano. Y entonces...

"¡Lynne, para!" gritó Lily con ansiedad.

Me quedé helada cuando una llamarada de color carmesí oscuro estalló en el suelo delante de nosotros. Para nuestro asombro, atravesó el primer piso, luego el segundo, el tercero, el cuarto... hasta el tejado y más allá. El siniestro fuego parecía casi vivo—como serpientes vestidas de espinas—mientras se arrastraba por paredes y suelos, expandiendo su dominio.

"Yo... he visto esto antes", murmuré, temblando. "En Avasiék."

"¡Vamos, Lady Lynne!" Lily instó.

Debajo de nosotras estaba mi querida hermana, Lydia Leinster. Me armé de valor, desplegué las barreras ignífugas más potentes que pude y me lancé por el enorme agujero que tenía ante mí. Al instante, mi vista se amplió para revelar una magnífica iglesia.

¿Qué hace algo así debajo de una residencia Algren?

Un infierno me punzó la piel y el hedor a carne quemada me picó la nariz. Espadas y lanzas se clavaron en las paredes, el suelo y el techo. Los restos de yelmos y armaduras yacían junto a docenas de caballeros inmóviles, inconscientes, según creía. El emblema de la Iglesia del Espíritu Santo colgaba en el centro de la sala, pero había sido partido en dos, al igual que el altar y los pilares. Bajo el estandarte rasgado, una joven con un uniforme negro azabache hecho jirones agarraba por el cuello a un hombre vestido

con los colores de Algren. Sus alas de fuego carmesí oscuro revoloteaban y sus dos espadas estaban clavadas en el suelo con la punta por delante.

El hombre, Greck Algren, gimió: "Ayúdenme".

"¡Querida hermana!" Grité. "¡Por favor, detén esto!"

En un descuido, arrojó a Greck contra la pared. Soltó un último gemido y luego se quedó en silencio, evidentemente inconsciente. ¿Mi querida hermana había demolido sola al alto mando rebelde?!

Mientras me tambaleaba, Lily llamó, "¡Lydia!"

"Dijo que Allen está muerto", murmuró mi querida hermana. "Y que Grant sabe dónde. Así que quemaré todo e iré a la capital oriental".

"Mi querido hermano está..."

"¡Está mintiendo!" Lily me interrumpió. "¡Despierta, Lydia!"

Mi querida hermana sacó sus espadas del suelo y dijo: "¿Quieren interponerse en mi camino?". Levantó las espadas con desgana y nos sobresaltamos cuando su maná se disparó de repente. Las llamas brotaron de sus torvas alas, engendrando innumerables serpientes de fuego. "Si lo haces..."

"¿Qué?" murmuré, atónita.

"¡Lynne!" Lily gritó.

Sentí una perturbación en el maná de mi querida hermana. Lo siguiente que supe fue que se había desvanecido y reaparecido a mi lado.

¡Ese hechizo de teletransportación en el que trabajaba mi querido hermano!

Reaccioné sin pensar y bloqueé con mi fiel espada, una hazaña que jamás habría logrado de no ser por mi entrenamiento diario. Aun así, grité y Lily gruñó cuando salimos volando contra una pared. Con un tintineo metálico, la hoja de mi espada cayó al suelo con la punta por delante, cortada por la mitad. Me incorporé con dificultad, utilizando la espada de repuesto de mi querida hermana como apoyo. Entonces se me escapó un grito.

Los ojos de la Dama de la Espada, Lydia Leinster, se habían vuelto carmesí, y ocho alas oscuras y ardientes del mismo tono se extendían tras ella. La marca de Qilin Ardiente cubría su brazo derecho y se extendía hasta su mejilla.

Es... es como un...

"Demonio", murmuré, aturdida.

"¡Lydia!" Lily llamó de nuevo débilmente, tambaleándose a sus pies.

Mi querida hermana nos ignoró y miró al cielo. Sabía lo que ocurriría si la dejaba ir ahora a la capital oriental, pero mis temblorosos miembros se negaban a actuar.

¡Alguien! ¡Alguien! ¡Por favor, detengan a mi querida hermana!

Entonces, justo cuando extendía sus ocho alas para emprender el vuelo, innumerables hilos negros se cernieron sobre ella, atándola a ella y a su plumaje. Los hilos se rompían uno tras otro, pero nuevos hechizos los reemplazaban continuamente.

¡¿Magia oscura?!

Dos mujeres cayeron de los pisos superiores, aterrizando sin hacer ruido y murmurando el nombre de mi querida hermana.

"¡Querida madre! ¡Maya!" Grité.

"¡Y eso no es todo!", declaró una voz que ansiaba oír, seguida de otra que gritó "¡Lady Lynne!" y un lacónico "Mm-hmm". Con la ayuda de un hechizo de levitación, tres chicas aterrizaron protectoramente frente a mí.

"Tina, Ellie", jadeé, con la voz entrecortada por la emoción.

Una chica con bastón, pelo platino teñido de azul, uniforme militar blanco y azul celeste y una cinta azul celeste en la muñeca derecha—Tina Howard—me miró y soltó una carcajada de suficiencia. "¿De verdad te sentías tan sola, Lynne? Supongo que la pequeña Señorita Segundo Lugar no puede arreglárselas sin nosotras".

"Yo..."

Agaché la cabeza, incapaz de terminar mi réplica, cuando la cálida y suave luz de la magia curativa nos bañó a Lily y a mí. Una chica con coletas rubias y uniforme de sirvienta—Ellie Walker—me cogió suavemente de la mano y me ayudó a ponerme en pie. "Ellie", dije lentamente.

"Todo irá bien, Lady Lynne. Después de todo..."

Una hermosa joven con el pelo casi del mismo tono que el de Tina y un inconfundible aire de refinamiento se posó ante nosotros. Llevaba una varita y un estoque, y el uniforme que vestía era blanco.

"Tina, Ellie, su reunión puede esperar", dijo. "Mina, las sirvientas y las tropas de otras casas están trabajando duro para asegurar nuestro perímetro, pero esto sigue siendo el cuartel general enemigo. Lynne, ¿estás herida?"

"Lady Stella", murmuré. Se trataba de la hermana mayor de Tina, Stella Howard, aunque no podía imaginar qué había ocurrido para que tuviera un porte tan seguro de sí misma. "Estoy bien. Pero... ¡Pero mi querida hermana!"

"Alice".

"Hmm, aún no ha caído", dijo la chica a la que Lady Stella se había dirigido. Una espada desgastada por el tiempo colgaba de su cintura, y su largo y reluciente pelo rubio platino caía tras ella mientras, con un pequeño "Hup", saltaba en el aire. Las alas de mi querida hermana, que se retorcían, lanzaron dagas de fuego, pero la muchacha las aplastó desganadamente con las manos desnudas y aterrizó detrás de ella.

Incapaz de creer lo que veía, me volví hacia Tina y Ellie.

"¡Esa es Alice Alvern, la Héroe—y también mi camarada!" declaró Tina.

"Me llama su 'enemiga'", añadió Ellie, gimiendo.

¿El verdadero héroe?! ¿La cazadora de dragones y demonios?! ¿Qué hace alguien como ella? A menos que esté aquí para cazar... ¿un demonio?

Lentamente, mi querida madre desenvainó la espada. Su mano temblaba débilmente mientras decía: "Detén esto, Lydia. Si no paras... no tendré más remedio que usar la fuerza".

Sentí una opresión en el pecho. ¡Si Lily y yo hubiéramos sido más fiables!

Alice entrecerró los ojos y pronunció fríamente: "Ahora mismo, no eres más que una llorona, no eres rival para mí. Para". Tras una ligera pausa, añadió: "Harás llorar a Allen".

Al oír esas palabras, mi querida hermana dejó de forcejear contra sus ataduras. Tragué saliva. Delante de ella estaba la Dama Manchada de Sangre, Lisa Leinster.

Detrás de ella, la Héroe, Alice Alvern. Con ellas estaba Maya Mato, la "Guardia de las Sombras", una vez aclamada como la mayor maestra de magia oscura del sur. Incluso Lily y yo estábamos completamente curados y de vuelta en la lucha. Mi querida hermana debería estar indefensa ante estas probabilidades. Era lógico.

Mi querida madre y Alice volvieron a llamarla. "Lydia".

"Llorona".

En cuanto las palabras salieron de sus bocas, ¡sucedió! Toda la zona se retorció mientras miles de serpientes ardientes avanzaban hacia nosotros. Un destello de luz abrasadora me hizo retroceder. Levanté apresuradamente mis defensas mágicas y me protegí los ojos con las manos.

"¡Querida hermana!" grité en medio de las ráfagas salvajes y ardientes. Pero cuando el fogonazo y las ondas expansivas amainaron y abrí los ojos, ella ya no estaba. A través de un nuevo agujero en el techo, pude ver las llamas parpadeantes y las nubes oscuras que ocultaban el cielo.

No. No puede ser. ¿Lydia Leinster, la Dama de la Espada, huyó sin luchar?!

Mi querida madre se mordió el labio y dejó que su espada colgara sin fuerza a su lado.

Maya parecía a punto de llorar.

Mi... Mi querida hermana nos ha abandonado. Ha ido a la capital del este para atacar a Grant Algren, que podría saber dónde encontrar a mi querido hermano.

Mi espada rota y el repuesto de mi querida hermana se me escaparon de las manos y cayeron con estrépito. Me quedé sin fuerzas y me hundí en el suelo, con lágrimas frías corriendo por mis mejillas. Tina y Ellie corrieron hacia mí, gritando mi nombre, pero yo no podía ponerme en pie.

Mi compañera de pelo platino me puso las manos sobre los hombros y me sacudió, gritando: "¡Lynne! ¡No es momento de llorar! ¡Tenemos que perseguir a Lydia ya!".

Al principio no pude responder. Pero al final, dije entrecortadamente: "Es inútil".

"¿Lynne?"

Las lágrimas me nublaron la vista.

¿Cómo pudo mi querida hermana... atacarme en serio?

"¿De qué estás hablando?" Tina exigió, sacudiéndome un poco más. "¿El Sr. Allen no está aquí, recuerdas?! Entonces, ¿quién salvará a Lydia si no lo hacemos nosotras?!"

Me sequé los ojos y aparté las manos de mi despreocupada compañera. "¡No podemos!" le espeté. "No es posible. No puedo llenar los zapatos de mi querido hermano, ¡y nunca podría!".

"¡Lynne!"

Hice una mueca de dolor repentino justo cuando Ellie jadeó: "¡Lady Tina!". Tina me había abofeteado.

Se puso en pie, mirándome con desprecio, mientras la marca del Grulla Frígida en el dorso de su mano derecha brillaba con una luz fría y clara que resplandecía en la cinta de su muñeca. "Bien", dijo. "Si eso es lo que piensas, Lynne, adelante, llora. Ellie, Stella y yo detendremos a Lydia nosotras mismas".



Mi rabia estalló. "¡Sólo puedes decir eso porque no has luchado contra ella!" Grité, levantándome y agarrando a Tina. "¡No es posible detener a mi querida hermana—detener a la Dama de la Espada—en el estado en que se encuentra!".

"¿Qué harás entonces?", replicó. "¿Esperar aquí, moviendo los pulgares y llorando, como solía hacer cuando no podía usar magia? El Sr. Allen nunca consideraría eso, ¡y lo sabes!"

"Tina..."

Mi mejor amiga me apretó las manos, esbozó una sonrisa y dijo: "Lynne, ¿recuerdas lo que nos dijo en el carruaje el día de la ceremonia de ingreso en la Real Academia? 'Usen su poder cuando se protejan a ustedes mismas, a los que les importan y a sus creencias'."

No lo he olvidado. Recuerdo cada palabra que salió de la boca de mi querido hermano.

"Antes de conocerle, no podía lanzar ni un solo hechizo", continuó Tina, con una sonrisa madura. "Obtuve mi poder de él. Así que... Así que..."

No dijo nada más, pero yo comprendí. Mis queridos hermano y hermana también eran preciosos para mí, y haría absolutamente todo lo que estuviera en mi mano para salvarlos. Y le debía esa revelación a...

"¿Lynne?" Tina preguntó.

A esta chica que tengo delante. No es que lo dijera nunca, ¡no soportaría admitirlo!

Recogí mi espada rota y la de repuesto de mi querida hermana, las envainé y me crucé de brazos. "Oh, está bien", dije, hablando rápido. "Te acompañaré, ya que está claro que te preocupa ir sola. No dudes en darme las gracias".

"¡¿Qué?!" Tina balbuceó. "¡Me parece recordar a una tal Señorita Segundo Puesto sollozando que no estaba a la altura!".

"¿Quién podría ser? Desde luego no la conozco". Tina gruñó.

Entonces las dos soltamos gritos de asombro cuando Ellie nos envolvió en un abrazo, gritando: "¡L-Lady Tina, L-Lady Lynne!". Mi otra mejor amiga era todo sonrisas y risitas encantadas.

Tina y yo compartimos una risita en el abrazo de la sirvienta.

¡Salvaremos a mi querido hermano y hermana! ¡Sé qué podemos hacerlo!

"¡Oh, qué bonito!" comentó Lily, juntando las manos y soltando una risita remilgada.

Era difícil creer que acababa de ponerse en pie de guerra.

Lady Stella, que nos había estado observando afectuosamente, hizo la más elegante de las reverencias a mi querida madre y le dijo: "Duquesa Lisa, parece que hace tanto tiempo que nos vimos por última vez".

"Apenas te reconocí, Stella", respondió mi querida madre. "Y a ti, Señorita Héroe".

"Mmm," Alice reflexionó, mirando hacia los agujeros en el techo. "Ella no es tan fuerte, pero conoce los hechizos de Allen, lo que la hace un puñado. Y es la anfitriona de Qilin Ardiente. Una niña maldita con sangre de bruja y un gran elemental. Si la dejamos sola, podría acabar siendo la primera caída de dieciséis alas de la historia. Pero aún tenemos tiempo. ¿No es así, Dama del Viento?"

"¡Verdaderamente!", respondió una voz sonora, y un hechizo que bloqueaba la percepción se levantó para revelar...

"¿Un grifo verde marino?!" exclamaron Tina y Ellie cuando la criatura aterrizó tranquilamente. Una encantadora mujer elfa con el pelo verde jade y una vieja lanza en la mano se apeó, seguida de una chica del clan de los lobos que llevaba una capa sobre el uniforme de la Real Academia, aunque su boina de flores no era de la escuela.

"¡Caren!" gritó alegremente Lady Stella, corriendo hacia ella.

"¡Stella!" respondió Caren, y la pareja se abrazó. Era la vicepresidenta del consejo estudiantil de la Real Academia y la hermana pequeña de mi querido hermano.

Pero, ¿quién era la "Dama del Viento"?

"¿Es la Esmeralda Gale de las historias de mi madre?" murmuró Tina.

La Duquesa Emérita Leticia Lebufera observó con afecto el reencuentro de Lady Stella y Caren, luego se volvió hacia Alice y murmuró: "La Heroína actual. Ha pasado un siglo desde la última vez que vi uno". Después se dirigió al lado de mi querida madre, que la recibió con un murmullo abatido.

"Letty, yo..."

"No te avergüences. A ninguna madre le resulta fácil apuntar con una espada a su propia hija. Los sentimientos de esa chica por el hermano de Caren son fuertes. Y si hubiera caído del todo y se hubiera convertido en un demonio, no habría huido. Incluso el Héroe detendrá su mano por un tiempo".

"Depende", dijo Alicia. "Dama del Viento, fuiste una niña maldita. Dime, ¿puede una de ocho alas recuperarse?"

Un sobresalto recorrió al grupo. ¿El Vendaval Esmeralda había sido una vez un niño maldito?

"Pueden hacerlo. Si buscan pruebas, las tienen ante ustedes". La duquesa Leticia sonrió y se señaló a sí misma.

"De acuerdo, entonces. Esperaré, ya que se lo debo". La Héroe asintió, luego se acercó y abrazó a Lady Stella. "Santa Loba, tengo sueño. Camarada, tal vez camarada, despiértame por la mañana. Enemigos número uno y dos, ¡quédense y vigilen la capital real! Lo encuentro deplorable. Violet Growly, buen trabajo. Tu daga también ha sido buena".

"¿Alice?" preguntó Stella vacilante.

"¡Sí, camarada!" Tina saludó.

Ellie agachó la cabeza y gimió, mientras Lily, con aspecto igualmente abatido, se lamentaba: "¡¿Yo... yo también soy un enemigooo?!".

¿Por qué nos trata de forma tan diferente? Me miré el pecho. Yo... ¡todavía estoy creciendo!

"¿Growly?" murmuró Caren, con cara de desconcierto.

Oí un cambio en la respiración de la Heroína. Evidentemente, se había quedado dormida.

"¡La chica tiene una voluntad de hierro!" exclamó la duquesa Letty, rugiendo de risa. "Ya que nuestros caminos se cruzan aquí, bien puedo contarte lo que realmente significa ser una 'niña maldita'. No debemos temer interrupciones: la Brigada de la Estrella Fugaz, Rodde, el gato nocturno y las pupilas del malvado profesor se han unido a las doncellas de Leinster y Howard para someter esta zona."

¡¿La Brigada de la Estrella Fugaz?! ¿La de las viejas historias? Y el director y...

Nos volvimos hacia Caren, que dijo: "Se refiere a los antiguos alumnos de Anko y Allen de la universidad. Me mantuvieron a salvo en el camino hasta aquí".

"Maya, refrena a todos los soldados enemigos y levanta barreras", ordenó mi querida madre a la antigua número tres del cuerpo de sirvientas, que estaba a la espera.

"Sí, señora". Maya agitó su mano izquierda, y unas hebras oscuras ataron a nuestros numerosos enemigos caídos, mientras un muro umbral se alzaba alrededor de nuestro grupo.

La duquesa Leticia esperó a que la barrera estuviera completa y comenzó: "El tiempo apremia. Para la opinión pública, un niño maldito es aquel que nace sin aptitudes para la magia. Sin embargo, en realidad, el término designa a aquellos que nacen marcados por una auténtica maldición: el potencial para convertirse en demonios. Este secreto sólo lo conocen el rey, los Cuatro Grandes Duques y unos pocos elegidos de la nobleza menor".

Nos quedamos sin habla. Me di cuenta de que Tina apretaba las manos con fuerza. "Bueno decir que no todos corren esa suerte", continuó la antigua duquesa. "La mayoría siguen siendo como son, aunque a un precio: los que no son capaces de manejar la magia a los veinte años perecen. Los que la dominan no se enfrentan a un peligro inmediato".

"¿Entonces... entonces esperas que crea que mi querida hermana se convertirá en un demonio?!" Interrumpí a mi pesar. Lily también parecía dolida.

"Si no se hace nada. Sin embargo, creo que podemos sacarla del abismo, siempre que podamos adelantarla. El tráfico ferroviario a la capital oriental está cortado, y ni grifo ni wyvern pueden superar a uno de ocho alas".

"N-No", jadeó Tina, mientras Ellie gemía.

"¿De qué servimos si no podemos llegar hasta ella?" murmuré, mordiéndome el labio y bajando la mirada.

Querida hermana...

"Sin embargo, la hazaña difícilmente está más allá de tu capacidad", dijo la duquesa Leticia con suficiencia. "¿Lo es, Oh Sabia Flor, Chise Glenbysidhe?"

El espacio se plegó sin previo aviso.

¡¿Teleportación a través de la barrera de Maya?! ¡Y recuerdo ese nombre de la transmisión de advertencia!

Apareció una hechicera demisprite con el pelo naranja pálido y alas translúcidas a la espalda. Llevaba un gorro de flores y un bastón más largo que ella.

"Para ti es fácil decirlo", dijo la jefa Chise, flotando en el aire y mirando a la duquesa Leticia. "Señora Manchada de Sangre, mi corazón está contigo, pero un caído de ocho alas no es cosa de risa. Y con la Héroe de por medio, te recomiendo que te prepares para lo peor".

"Ah, ¿sí? Pues entonces", fue la respuesta de la duquesa Leticia.

"Jefa Chise", murmuró mi querida madre.

"¿No puedes hacerlo?" Tina exigió, de repente forzando su camino en la conversación.

La jefa Chise entrecerró los ojos y murmuró: "¿Una niña maldita con un gran elemental?", mientras se posaba lentamente ante nosotras. Era más o menos de nuestra altura, y sus ojos se abrieron de par en par cuando inspeccionó primero a Tina, luego a Ellie y a Lady Stella. "No puedo creerlo. Esto... Esto simplemente no es... ¿En qué se está convirtiendo el mundo?"

Luego, con voz amable, llamó: "Caren, querida".

"¿Sí?" Caren respondió.

"¿Había un Tijerina y un Glenbysidhe entre sus guardaespaldas?"

"¿Te refieres a Teto y Suse?"

"Oh, bien. Están aquí. Eso simplifica las cosas. Señora, Lisa Leinster."

"¿Llamó usted?", dijo la ex duquesa, mientras mi querida madre respondía con un más reservado "¿En qué puedo ayudarle?".

"Reúne a todos. Voy a lanzar un hechizo estratégico".

¡¿Un hechizo estratégico?! ¡Toda esa clase de magia está prohibida excepto en tiempos de emergencia nacional!

La duquesa Leticia y mi querida madre callaron y se irguieron más.

"Entendido. Te enviaré a Rodde, el gato nocturno, los alumnos del profesor y varios hechiceros de Lebufera".

"Tienes mi gratitud. Los Leinsters también te enviarán ayuda. Maya."

"Sí, señora".

Caren intervino, "Jefa Chise..."

"¿Nos ayudarás?" preguntó Lady Stella, terminando su pensamiento.

"¡Claro que sí!", respondió la legendaria hechicera, con una sonrisa maravillosamente tierna. "Viajé hasta aquí para cumplir mi promesa a ese gran blandengue, nuestro único comandante. Me apresuraré a llegar a la capital oriental, y de allí a donde sea que el hermano de Caren esté prisionero. Ah, y esto es un asunto personal"—se bajó el ala del sombrero—, "pero he oído que el tutor de tus chicas echó una mano a una descendiente de mi amiga de toda la vida Tijerina, así como a mi propia bisnieta desheredada. Así que déjame todo a mí, Chise Glenbysidhe, la Sabia de las Flores. Te juro que te llevaré a la capital oriental antes que la Dama de la Espada".

"¡Sí, señora!", respondimos las cinco al unísono. Mi querida madre y la duquesa Leticia nos observaban cariñosamente, mientras Lily miraba con envidia, refunfuñando que ojalá pudiera unirse.

Tina sostuvo su vara en alto y declaró: "¡Haremos entrar en razón a Lydia en la capital oriental! Y entonces será nuestro turno de salvar al Sr. Allen".

Capítulo II

"Creo que empezaré con una pequeña prueba", dijo la joven hechicera que tenía delante. Linaria Etherheart tenía el pelo largo y carmesí y llevaba unas gafas pequeñas. Y aunque sostenía una espada encantada en la mano derecha, era la izquierda la que alzaba con desgana y luego blandía rápidamente hacia abajo.

La despiadada criatura que había conjurado—el hechizo supremo Pájaro de Fuego—se lanzó hacia mí.

Intenté entrometerme en el hechizo pero, para mi consternación, una codificación laberíntica me bloqueó el paso. Me recordó una conversación que había tenido una vez con la abuela de Lydia, Scarlet Heaven Lindsey Leinster. "Allen, querido", me había dicho, "la magia es mucho más de lo que crees".

Cambiando de táctica, lancé barreras resistentes al fuego, apliqué magia de viento a mis pies y retrocedí todo lo que pude. Para mantener a Linaria ocupada, lancé en silencio el hechizo elemental Disparo de Luz Divina, apuntándole desde todos los flancos. O al menos, ese era el plan.

"¡Tienes que estar de broma!". gemí, cayendo al suelo tras esquivar el ataque del Pájaro de Fuego.

"Mis hermanos pequeños solían jugar así todo el tiempo cuando eran niños", dijo la hechicera despectivamente. "Por supuesto, te ganaban tanto en velocidad como en precisión".

Aunque fuera difícil de creer, no había recurrido a sus defensas mágicas, y mucho menos a su espada: había anulado todos mis disparos con un número igual de idéntico poder. La activación silenciosa y retardada no había servido de nada. Su habilidad era sobrehumana.

Me levanté de un salto y empecé a correr mientras el Pájaro de Fuego se abalanzaba sobre mí. Estaba desequilibrada; a menos que se me ocurriera algo, ¡no podría esquivarlo!

Lancé el hechizo elemental Muro de Tierra Divina bajo mis pies y pateé para lanzarme hacia arriba. Una vez en el aire, me dirigí con magia de viento y me subí a una de las muchas estanterías de la habitación.

El Pájaro de Fuego no lo persiguió. Rodeó la sala con elegancia, esparciendo penachos llameantes que engendraban espinosas serpientes de fuego cuando tocaban el suelo. Las criaturas estaban imbuidas de un maná asombroso, lo bastante potente como para prender fuego a toda la habitación. Sin embargo, nada ardía. La mesa, las sillas y las numerosas estanterías de tomos antiguos resultaron indemnes, y mi propia piel chamuscada fue la única víctima.

Miré a Linaria. No se había movido ni un paso, aún sostenía su espada en la mano derecha y poseía esa cualidad tenue y transparente de quien no está entre los vivos. Esta gran hechicera había perecido hacía quinientos años, cuando el continente se hallaba en una época de luchas. Se hacía llamar Cielos Gemelos porque sólo ella en los anales de la historia había sido nombrada Caballero del Cielo y Maga del Cielo, títulos que denotaban supremacía en el combate cuerpo a cuerpo y a distancia, respectivamente. En ese sentido, era el cenit de los logros humanos. En la época actual se la conocía como la Demonio del Fuego y, que yo sepa, ningún documento conserva su nombre.

Sus hazañas en la batalla fueron, en una palabra, magníficas. Incluso según el puñado de leyendas que se conservan, había utilizado el gran hechizo Qilin Ardiente para arrasar la mitad de lo que hoy es nuestra capital oriental; había inventado siete tipos de tabú táctico antes de que se le enfriara el té de la tarde; había matado ella sola a tres de los cuatro monstruosos Mares Ardientes que entonces assolaban el continente; aniquiló a un señor de los vampiros, que presumía de inmortalidad, durante siete días y siete noches de destrucción incesante; y enterró y selló los huesos de un dragón de agua muerto bajo el gran salón de actos de la ciudad del agua. Esta letanía de hazañas asombrosas había tomado la forma de una saga heroica, sin duda embellecida a lo largo de los siglos. Para ser sincero, yo había dudado de su veracidad. Pero verla interceptar mis hechizos había sacudido mi escepticismo.

Disparo de Luz Divina era uno de los hechizos más rápidos que se conocían, pero ella había contrarrestado el mío reflejándolo a la perfección. Había practicado el control mágico todos los días desde que decidí convertirme en hechicera, y esa experiencia sólo me hizo apreciar mejor lo irremediadamente superada que estaba. "Genio" era una palabra demasiado sosa para la joven que tenía ante mí. Desafiaba toda razón. Su Pájaro de Fuego lo cerraba, pensé, mirando a la criatura que se elevaba

con gracia. Linaria se desvanecía rápidamente, lejos del apogeo de sus poderes, pero era el mejor hechizo que jamás había visto.

Solté una carcajada, la única respuesta que pude dar. Desde que conocí a Lydia durante el examen de ingreso en la Real Academia, había luchado contra muchos enemigos que superaban mi capacidad:

El terrible dragón negro, prácticamente una calamidad viviente en su furia.

Un demonio de cuatro alas, un archienemigo de la raza humana capaz de desafiar él solo a toda una nación.

Un vampiro de sangre pura, cuya especie acechaba en las sombras y sólo en raras ocasiones pisaba abiertamente el escenario de la historia.

El Mar Ardiente, un monstruo milenario que había reducido a la ruina a varios países pequeños.

Si no fuera por la Héroe, Alice Alvern, habría muerto luchando contra el dragón negro. Contra el demonio y el vampiro, había contado con la ayuda de mi querido y difunto amigo, Zelbert Regnier. Había logrado dar muerte al agujón porque el monstruo había perdido gran parte de sus fuerzas a causa de la vejez, y también porque la doncella principal de la Casa Ducal de Leinster, Anna, se había unido a la lucha. Y sobre todo, pensé apretando los puños, había afrontado todas las crisis con Lydia Leinster a mi lado. Creía firmemente que, juntas, éramos imbatibles.

Pero Lydia no estaba conmigo ahora. Tendría que ganarme la confianza de Cielos Gemelos yo solo, lo que significaba demostrar que era competente para escoltar a Atra, también conocida como la gran elemental Zorro del Trueno, al mundo exterior.

Es mucho pedir. Si al menos tuviera un arma adecuada para—

Linaria se desvaneció. Percibí una ligera alteración en su maná, aunque incluso eso me habría pasado desapercibido de no ser por mi diligente entrenamiento. Un escalofrío procedente de arriba y de detrás de mí acompañó su desapasionado comentario:

"Si sólo te centras en el pájaro, estarás muerto antes de que te des cuenta".

Me apresuré a esquivar un barrido horizontal de su espada encantada.

¡Magia de teletransporte táctico de corto alcance!

Conjuré una docena de espejos de hielo en el aire y salté, utilizándolos como puntos de apoyo para ganar distancia. Pero el Pájaro de Fuego volvió a atacar y perdí un espejo tras otro mientras luchaba por esquivarlo.

"Qué hielo más tosco", comentó Linaria. "Mi hermana pequeña solía enmascarar su posición teletransportándose de espejo en espejo".

Después de esta crítica mordaz, lanzó un golpe desordenado con la espada. Todos los espejos en el camino de la hoja encantada se partieron en dos, y el resto se hizo añicos por la onda expansiva de su golpe.

"¡Debes estar bromeando!" grité, esquivando por los pelos el tajo. Me hizo caer al vacío, pero me estabilicé con un hechizo de levitación momentáneo y escapé hacia una estantería más alejada. Por el rabillo del ojo, vi una pequeña estantería. Sobre ella había varios cuadros y una daga adornaba la pared.

No podía resistir el asalto de Linaria con las manos desnudas. Necesitaba esa daga. Pero también tendría que esquivarla sin ella, ya que la estantería sobre la que estaba se interponía entre el arma y yo.

"Aparte de mi hermano pequeño, eres la primera persona a la que veo usar trucos infantiles como ese en combate", dijo la hechicera, apoyando la espada en su hombro. "Pero si insistes en intentarlo..."

"¿Y ahora qué?" gemí. Cada fibra de mi ser estaba en alerta máxima mientras seguía tejiendo hechizos y devanándome los sesos en busca de una solución óptima. No podía permitirme ni un solo paso en falso.

Una hermosa brisa verde jade comenzó a girar alrededor de los pies de Linaria. Lentamente, apuntó hacia mí con su espada encantada, inclinándose ligeramente hacia delante mientras adoptaba una postura de ataque. De repente, su Pájaro de Fuego ganó velocidad y reanudó su carrera hacia mí, mientras una sucesión de espinosas llamas serpenteantes surgían del suelo.

¡Un triple asalto!

Conjuré espejos frescos, plenamente consciente de que le estaba haciendo el juego.

Se me escapó un gruñido de dolor mientras esquivaba la amenaza aviar por los pelos, utilizando hechizos de agua para enfriar mi piel abrasada. Me posé brevemente en un espejo cercano a la claraboya y entonces—

"¡Deberías usar esto!" espetó Linaria, levantándose de la estantería para atravesarme en el aire. Tenía una vista perfecta de su torbellino verde jade y de la vívida estela de luz que dejaba tras de sí.

"¿Magia de vuelo?!" grité. Sabía que existía, y había estado experimentando con fórmulas para mi alumna Ellie, pero nunca la había visto utilizada.

Frenéticamente, consideré mis opciones. ¿Debería interceptarla con hechizos ofensivos? No. Aunque consiguiera cogerla por sorpresa, nada de mi arsenal podría hacerle ni un rasguño. Debería evitar el intercambio de golpes a toda costa.

¿Debería retirarme, entonces? Tampoco. Estaba en una abrumadora desventaja en términos de movilidad aérea. Evadir sería un suicidio. Aunque sobreviviera a su primer golpe, no podría esquivar el segundo.

¿Conclusión?

Exhalé. "¡Parece que esta es mi única opción!"

Entretejiendo varios hechizos a la vez, improvisé una imitación del movimiento característico de mi hermana Caren, utilizando magia de relámpagos para potenciar mis sentidos. Luego le di una patada al espejo y cargué contra Linaria.

Por primera vez, la duda apareció en su rostro. Luego mostró sus caninos puntiagudos en una sonrisa digna de un lobo hambriento. "Bueno", dijo. "Si así es como lo quieres, ¡estaré encantada de complacerte!".

Su mortal embestida, dirigida como un torbellino, me llenó de terror. Si recibía un golpe así...

La voz de mi profesor de artes marciales volvió a mí: "Escucha, Allen. Mantén los ojos bien abiertos y observa el golpe de tu oponente hasta el último momento con una gran sonrisa en la cara. No dejes que el miedo te venza. Creo que puedes hacerlo. Después de todo, eres mi alumno estrella".

Mi maestro siempre había estado dispuesto a reír con ganas y a darme ánimos, incluso tras la tragedia de Ciudad Nueva que se cobró la vida de Atra, del clan del zorro, cuando la mayoría de los beastfolk me habían dado la espalda.

Forzando mi mueca para que pareciera una sonrisa, utilicé mi propia magia de viento para contrarrestar las ráfagas de Linaria, debilitándolas hasta una fuerza que pudiera soportar. Luego me acerqué todo lo que pude y...

"Bueno ahora" Linaria volvió a murmurar mientras yo apretaba los dientes y me apartaba de su espada una fracción de segundo antes de que me atravesara.

Por un momento, el vendaval me puso patas arriba. Linaria mantenía una postura perfecta a pesar de su empuje fallido, intercambiando su lugar conmigo sin siquiera hacer sonar la claraboya. La palabra "increíble" pasó por mi mente.

Activé los hechizos elementales Hilos de oscuridad divina y Cadenas de agua divina, con lo que detuve temporalmente a las serpientes ardientes. En un forcejeo desesperado, aterricé en el trozo de suelo que acababa de despejar y volví a saltar con todas mis fuerzas, apuntando a la daga de la pared. En el proceso, vislumbré brevemente uno de los cuadros. Mostraba a una sonriente Linaria con el uniforme de la Real Academia, diferente del actual, pero reconocible. Junto a ella había un niño y una niña, quizá sus hermanos, aunque ni sus cabellos ni sus caras se parecían.

"¿Quién dijo que podías tocar esa daga?" exigió Linaria, teletransportándose frente a mí.

Bloqueé su estocada con la daga envainada, aunque me hizo volar de todos modos. Di una vuelta en el aire y lancé un hechizo de levitación para detener la caída.

Tras liberarse de sus ataduras, las serpientes de fuego me rodearon, cortándome la huida. El Pájaro de Fuego de Linaria se abalanzó sobre mí y su espada lo absorbió. Apreté con fuerza la daga.

"No te molestes", me dijo, lanzándome una mirada glacial. "No puedes desenvainarlo. Ni siquiera yo podría hacerlo, sólo mi hermano y mi hermana".

La estocada de su espada no había dejado marca alguna en la funda de extraño diseño. Al parecer, esta daga tenía su propio encanto.

Linaria clavó la espada en el suelo. Una vasta—demasiado vasta—oleada de maná comenzó a converger hacia ella.

Yo... conozco este sentimiento. No me digas...

"He terminado de ponerte a prueba", declaró Linaria, mirándome directamente. "Basé este hechizo tabú, Ermita de los Oleajes Verdes, en magias secretas creadas por el primer Corazón de Éter. Te haré una demostración especial, así que intenta sobrevivir".

Un complejo círculo mágico se extendía desde ella hasta cubrir toda la habitación.

¡Esto no presagia nada bueno!

Un instante después, una miríada de raíces y ramas irrumpió en el suelo.

¡Lo sabía! ¡Magia botánica!

"¡Nunca he conocido a otro humano capaz de lanzarla!". Dije, lanzando rápidamente Onda de Fuego Divino para quemar el follaje y Onda de Hielo Divino para mantener a raya a las serpientes. Mientras tanto, salté a la estantería más alta. Desde allí, conjuré otro espejo cerca de la claraboya y salté sobre él.

La sala, que era más grande que la mayoría de los campos de entrenamiento, se estaba convirtiendo rápidamente en una jungla. Incluso las serpientes de fuego estaban siendo engullidas.

"Nunca había imaginado una magia botánica a esta escala", murmuré.

No todos los hechizos tabú utilizados durante la era de las luchas habían llegado hasta nuestros días. Que yo supiera, la Espada Despiadada del Demonio de Fuego era la única fórmula superviviente que se activaba con fiabilidad. En todo el continente, se creía que los maestros de tales hechizos eran una especie en extinción, pero Linaria había lanzado uno con facilidad.

Mientras me maravillaba, las ramas seguían enroscándose alrededor de las estanterías y otros muebles, hundiéndolos. Solo la zona alrededor de Linaria y su pequeña estantería de recuerdos permanecía intacta.

La formidable hechicera sacó su espada del suelo y su hechizo se completó. En unos instantes, había transformado por completo el suelo sobre el que luchábamos. "No deberías dejar que una cosita así te sobresalte", dijo. "Y de todos modos, ya te he dicho que la magia botánica es un invento del primer Corazón de Éter, una de las últimas brujas. Sólo se extendió entre los beastfolk porque gozaban del favor del Árbol del Mundo, y porque el primero casualmente adoptó a uno de ellos."

"¿Árbol del Mundo? ¿El primer Corazón de Éter?" resoné, desconcertado por esos términos desconocidos. Pero esas preguntas podían esperar.

De nuevo, apreté con fuerza la daga.

"No puedes desenvainarla", repitió Linaria. "Es imposible".

¿Es mi imaginación, o hay un deseo enterrado en sus palabras? Bueno, sea como sea...

"¡No lo sabré si no lo intento!". Grité, animándome mientras tiraba de la empuñadura. Y entonces...

¡La hoja se deslizó libre!

Tenía un solo borde y los patrones de temperamento más hermosos que jamás había visto: ondas blancas, azules, verdes y negras. Al instante de desenfundarlo, se levantó una ráfaga feroz y nevada que congeló las ramas, que ahora llegaban casi hasta la claraboya. El follaje, incapaz de soportar su propio peso, se rompió, cayó y se hizo añicos. Y la helada se extendió también a los troncos.

"¿Qué demonios...?"

Me quedé boquiabierto ante la magnitud del maná que exhibía. Esta daga helada rivalizaba—o tal vez incluso superaba—a la espada ancestral de los Leinster, Escarlata Verdadera. Y el hielo que conjuraba era un compuesto de cuatro elementos: agua, viento, luz y oscuridad. No reconocí ninguna de las fórmulas implicadas.

"Oh, ahora entiendo", murmuró Linaria, tan aturdida como yo. "Así que es eso. Tú eres su..." Una sola lágrima rodó por su mejilla. Luego se volvió hacia mí, con una hermosa sonrisa, y dijo: "Allen del clan de los lobos, ¿verdad? 'Cielos Gemelos' Linaria Etherheart reconoce tu valor. Mis queridos hermanos imbuyeron esa daga con su maná y me la dieron como amuleto. ¡Ningún cobarde podría jamás desenvainarla! Así que..."

La gran hechicera levantó la mano izquierda por encima de su cabeza. Los árboles gimieron y mis ojos se abrieron de par en par cuando levanté la mano izquierda para protegerme.

El espacio mismo se curvó al materializarse una vara, revestida de un aura de divinidad. Era de madera, a juzgar por el color del material, y los hermosos orbes engarzados en su punta me recordaron a una flor. No era un instrumento ordinario, de eso estaba seguro.

"Sería grosero contenerse", terminó Linaria, con una sonrisa temeraria. Agarró su espada encantada con la mano derecha y la vara con la izquierda, lista para la batalla. "Deberías sentirte orgulloso: obligarme a usar las dos manos es todo un logro".

Sólo pude forzar una sonrisa y decir: "Me faltan las palabras", mientras ajustaba con calma la empuñadura de la daga. Con el maná que contenía, podría activar hechizos supremos y cualquier otra cosa que me apeteciera probar. Pero, ¿funcionarían contra la mejor hechicera y espadachina del mundo?

Linaria hizo un amplio barrido con su vara. Ocho círculos mágicos aparecieron en el aire, de los que emergieron ocho Pájaros de Fuegos. Y eso no fue todo: ocho alas de llamas carmesí se desplegaron desde su espalda, y las puntas de su espada y su vara adquirieron un tono vivo del mismo color. Cerró los ojos y, cuando los abrió, también eran de color carmesí. Su maná se disparó.

"Esto es lo mejor que puedo hacer ahora", dijo. "Qué pena que no pueda enseñarte arcanos de bruja, magia suprema omni-elemental o dieciséis alas. Y ya que soy tan amable, te lo recordaré por última vez: lucha como si tu vida dependiera de ello. Mana de Atra—"

"Está fuera de los límites", interrumpí.

Linaria arqueó las cejas.

Con un encogimiento de hombros, añadí: "¿Se te ha olvidado? Ahora mismo está profundamente dormida. ¿No sería una pena despertarla? Además, siendo hombre, me gustaría ir solo si puedo. Aunque, como estoy luchando contra una mujer, supongo que ese argumento no tiene mucho peso".

"Mi hermano pequeño dijo una vez lo mismo", respondió Linaria. "Pues entonces..." El humor cambió. Su larga cabellera se elevó en corrientes de maná. "¡Enséñame todo lo que tienes!"

"¡Con mucho gusto!" grité, sacando todo el maná que podía controlar de la daga y lanzando dos veces el hechizo supremo ¡Halcones Escarchados!

Luces blancas y azules danzaron por el aire mientras, con una ráfaga salvaje y nevada, tres halcones de hielo se lanzaban contra los ocho pájaros de mal agüero de Linaria. Mientras alzaban el vuelo, realicé una

pseudo Apoteosis del Rayo, arrojando la daga y transformándola en la cabeza de una lanza eléctrica con la que cargué contra Linaria.

"Vaya. Has estado a punto de reinventar la nieve plateada", comentó el descendiente de brujas, esbozando una sonrisa de satisfacción. "No está mal. Pero..."

Mis tres Halcones Escarcha anularon a uno de sus Pájaros de Fuegos antes de evaporarse. Bajé mi lanza y...

"No me alcanzarás", concluyó mientras mi rayo estallaba contra su barrera sobrehumana, sin dar nunca en el blanco. La hechicera suspiró. "Sin creatividad. Quizá sea una cuestión de orgullo varonil, ¡pero qué decepción!".

Gruñí cuando sus alas estallaron de repente con fuerza, haciéndome retroceder.

Linaria se levantó del suelo y cruzó su espada y su vara. Mientras absorbía uno tras otro los Pájaros de Fuegos que le quedaban, apareció en el aire un círculo mágico sumamente intrincado. Dentro de él se movía una colosal serpiente de fuego, ¡cubierta de espinas y con alas de espada!

"Este es el hechizo más poderoso que puedo lanzar en este momento", declaró con altivez. "El primer Corazón de Éter fue compañero de Serpiente de Piedra y derivó esta magia de ella. Sólo una persona ha conseguido bloquearla de verdad: mi hermana cuando estaba con Grulla Frígida. Conviértete en el segundo, si puedes".

"No podría afrontarlo", dije con franqueza. "Entonces..."

"¡Espera!" exclamó Linaria sorprendida. "¿Has imitado mi maná?!".

"¡Recurriré a algunos modestos trucos!"

El cuarto halcón de escarcha, que había activado en silencio y mantenido camuflado sobre nosotros, se abalanzó sobre Linaria. La asombrada hechicera interrumpió de inmediato su hechizo y cortó al ave en dos con un destello de su espada, solo para que se transformara en incontables enredaderas de hielo y luz.

"¡Y eso no es todo!" Grité mientras un grito asustado escapaba de Linaria.

Lancé otro Gavilán Escarcha y concentré ambos pájaros en la daga, activando la Lanza Azul. Luego la lancé contra Linaria con todas mis fuerzas.

"¡Hará falta más que eso!", espetó la hechicera, sus alas llameantes destrozaron mis enredaderas heladas y le devolvieron la libertad.

Interceptó mi Lanza Azul con su vara, un choque de ventisca furiosa y fuego infernal. Por un momento, las vastas reservas de maná de la daga opusieron una furiosa resistencia. Entonces se formó una nube pálida y la hoja rota cayó al suelo.

Linaria disipó la niebla con un movimiento de su espada. "Ahora es..."

"¡Se acabó!" grité, usando Promenade del Gato Negro—el hechizo experimental de teletransporte táctico de corto alcance que había compartido con Lydia—para aparecer directamente sobre mi oponente. Entonces liberé los dos últimos hechizos que había guardado en reserva: ¡los hechizos supremos Pájaro de Fuego y Lobo de Ventisca!

Estaba a punto de golpear a Linaria con ellos a quemarropa cuando me di cuenta de que la pequeña estantería y sus cuadros estaban en mi línea de tiro. Sus ojos vacilaron ligeramente, incluso mientras preparaba un hechizo de teletransporte propio a una velocidad sobrehumana.

Qué preciosas deben ser esas fotos para ella, pensé. Y si golpeo, podrían quedar atrapadas en la explosión.

Durante una fracción de segundo, dudé.

"¡Estás bien abierto!" Linaria gritó. Se había teletransportado aún más alto y derribó su vara.

"Oh, dra—"

Mi exclamación terminó en un gruñido de dolor. Incapaz de defenderme, recibí toda la fuerza del golpe, y mis hechizos se desintegraron mientras caía en picado al suelo. Conseguí evitar una dolorosa colisión amortiguándome con un hechizo de levitación con la mano izquierda, pero mi mente se estaba desvaneciendo. Y sin más, perdí el conocimiento.

Alguien cantaba alegremente. Conocía la melodía: era la misma que había cantado Atra.

La parte de atrás de mi cabeza estaba caliente. ¿Con sangre, quizás? Pero no sentía dolor. Tentativamente, abrí los ojos.

Una cortina de sedoso pelo carmesí cayó a mi alrededor mientras su dueña miraba hacia abajo. Tenía una expresión de alivio sincero cuando dijo: "Veo que estás consciente".

"¿Perdón?" respondí inexpresivo, aturdido por la situación en la que me encontraba. Linaria estaba sentada en el suelo, apoyando mi cabeza en su regazo. El color de sus ojos había vuelto a la normalidad y sus alas llameantes habían desaparecido. Me levanté a toda prisa. "¡Lo... lo siento mucho! Ahora mismo voy—"

Linaria me detuvo con una mano en el hombro.

¡Qué agarre de hierro! Yo... no puedo moverme.

"No", dijo ella. "Ya te he hecho un hechizo curativo, pero no te levantes hasta que haya terminado otro. Deberías sentirte honrado, eres sólo el segundo hombre que ha tenido el placer de descansar su cabeza en mi regazo".

"No me digas". A pesar de mi confusión, hice lo que me decían. La experiencia me enseñó que la desobediencia no era una jugada ganadora en momentos así.

Miré a mi alrededor y no vi ni rastro de los estragos que habíamos causado. La habitación había vuelto a su estado original, aunque no podía comprender cómo. La cálida luz del día entraba por la claraboya. La daga rota estaba apoyada en su pequeño estante.

Linaria me tocó la cabeza e inició un hechizo curativo mientras decía: "Defectuoso o no, eres un pato raro en lo que a llaves se refiere. Los que conocí durante la era de la lucha y aquel lobo de hace doscientos años hacían mucho más con sus habilidades, ¿sabes? Podrías haber dado una pelea decente si te hubieras enlazado con el maná de Atra".

"No me gusta lo que puedo hacer", respondí lentamente. "Y no sé muy bien a qué te refieres con 'llave'. Si sabes más sobre este poder, te agradecería una explicación".

"Ah, ¿sí? Bueno, siento decir que yo tampoco sé mucho, sólo que los grandes elementales llaman 'llaves' a la gente como tú y que puedes enlazar tu maná con el de los demás. Todas las llaves menos tú tenían un maná propio considerable, y podían desmantelar barreras y sellos tan fácilmente como guiñar un ojo. Me enfrenté a ellos más de una vez durante la guerra, y siempre fue una lucha".

"Ya veo. Supongo que entonces sí que soy 'defectuoso'." Sin la ayuda de Atra, dudaba que hubiera podido levantar el sello de este lugar.

Linaria me despeinó. "Ese lobo dijo: 'No habrá más llaves. Soy uno de los últimos, razón de más para cumplir con nuestro deber'. Aunque no puedo decirte lo que quiso decir, ya que le di un par de dagas y lo mandé a paseo. Ahora, Allen del clan de los lobos, es hora de que te enfrentes a mi juicio".

"¿Perdona?" Dije, mirándola fijamente.

Es bastante guapa, ahora que la veo de cerca. Incluso podría recordarme a Lydia.

"¡Primero, maná!" Linaria pronunció, levantando su dedo índice izquierdo. "¡Apenas tienes maná!"

Gemí, con las manos apretadas contra el corazón. ¿Tenía que decirlo así?

"Segundo, ¡esgrima!", continuó, con cara de villana. "¡Has dominado lo básico, pero eso es todo!"

"Bueno, yo no me consideraría un espadachín", repliqué con la voz temblorosa.

Lydia nunca debe saberlo. Prácticamente puedo oírla decir: "¿Después de aprender de mí? Esto requiere un entrenamiento intensivo".

"¡Tercero, combate sin armas! No está mal. Te daré puntos por atreverte. Pero si lo intentaras en el campo de batalla...". Linaria soltó una risita.

En silencio, enterré la cara entre las manos. Mi destreza en el combate sin armas era lo único de lo que me sentía secretamente orgulloso.

"Cuarto, ¡control mágico! Decente, pero sigue practicando. El último camuflaje estuvo bien".

"Muchas gracias", respondí, desconcertada por el repentino cumplido.

"Por último, tu valentía y amabilidad son extraordinarias. Dudaste porque mis pinturas estaban en tu línea de fuego, ¿verdad? Fallaste como guerrero... pero en absoluto como persona. Tus padres deben ser buenas personas".

"Estoy orgulloso de ellos. Y de mi hermana también". Asentí con énfasis y luego añadí: "Perdóname por usar tu daga sin preguntar".

Nunca esperé romperlo.

Linaria sacudió la cabeza. La luz empezaba a abandonar su cuerpo. "Se habría perdido en el tiempo si no lo hubieras dibujado. Me alegro de haber podido sentir su maná por última vez. Gracias".

"Pero..." vacilé.

Ella también guardó silencio. Por fin, dijo suavemente: "Entonces, escucha un poco de mi historia. No te llevará mucho tiempo".

*

Nací en la ciudad divina, o eso me han dicho. ¿Por qué no estoy seguro? Porque los Corazones de Éter me adoptaron poco después de nacer. Pero supongo que el fuego corría en mi familia biológica. Quiero decir, sólo mira mi pelo.

Los Etherhearts son un clan mágico positivamente antiguo. Antes mencioné a su fundadora, ¿recuerdas? Sí, fue una de las últimas brujas y la progenitora de la magia botánica. Aparentemente, yo también tengo sangre de bruja en mis venas, aunque no de la misma línea.

No sabes lo que quiero decir con "bruja", ¿verdad? Ese lobo dijo más o menos lo mismo. Así que, supongo... que la raza finalmente se ha extinguido. Incluso en mis días, el linaje directo de Etherheart se diluyó casi hasta volverse irreconocible.

Ahora, ¿dónde estaba? Una raza de brujas habitó una vez nuestro continente. No hablo metafóricamente, eran de verdad. Parecían humanas, pero he luchado contra una en el campo de batalla, y basándome en esa experiencia... diría que eran algo totalmente distinto. Me llamó "falsa bruja", ya que mi sangre no era lo suficientemente pura, dijo.

Desde el punto de vista de la guerra mágica, las brujas eran probablemente el pináculo de la vida en este planeta, incluidos dragones y demonios. No es que se quedaran atrás en el cuerpo a cuerpo; una bruja podía aplastar a un vampiro con sus propias manos y reírse mientras lo hacía. Ése es el tipo de criaturas de las que descienden los Corazón de Éter.

Vivía en los años crepusculares de un imperio que abarcaba todo un continente. La clase dirigente estaba podrida hasta la médula, y las potencias emergentes superaban la magia con la que antaño había dominado a sus vecinos. Llevo portando una espada y lanzando hechizos desde que tengo uso de razón. Odio presumir, pero siempre fui el más fuerte, incluso de niño.

El jefe de la Casa de Etherheart en ese momento quería hechiceros poderosos, así que tuve un nuevo hermanito o hermanita adoptiva prácticamente cada año. Y al año siguiente, se iban. No, los Etherheart no hacían nada de lo que acabas de imaginar; la familia simplemente no era capaz de hacerlo. Encontraron buenos hogares para todos los niños, o eso he oído.

De todos modos, cuando cumplí trece años y me enviaron a estudiar al extranjero, al Reino de Wainwright, sólo me quedaban un hermano y una hermana. Mi hermana pequeña heredó mucha sangre Etherheart, aunque ella procedía de una rama cadete. Sí, a la Academia Real. Técnicamente era estudiante, pero mi trabajo principal consistía en llevar un plantón del Árbol del Mundo a la capital real, plantarlo allí y fomentar su crecimiento.

¿Cómo dice? ¿"Qué es el Árbol del Mundo"? Santo cielo. Supongo que incluso las leyendas se desvanecen después de cinco siglos. No tengo tiempo para entrar en detalles, pero en pocas palabras, el Árbol del Mundo es como un pilar que sostiene nuestro planeta. Los Corazones de Éter intentaron cultivar sus esquejes y plantarlos por todo el mundo. Aunque a juzgar por tu cara, supongo que fracasaron. Qué lástima.

Disfruté de mi vida en la capital real. Mi hermano pequeño y mi hermana vinieron a reunirse conmigo al cabo de un tiempo, y yo también hice amigos. Diría que fue la época más feliz de mi vida.

Volví a la capital imperial cuando tenía quince años. Entonces todo el mundo empezó a entrar en guerra con todo el mundo. ¿Por qué? Aún no lo sé. De repente, la lucha se extendió por todo el continente. Pero supongo que la mayoría de las cosas que hace la gente son igual de difíciles de explicar.

Después de eso... Has leído partes de mi diario, ¿verdad? ¿No mencionaba mi nombre ni nada sobre los Etherheart? Eso es extraño. Recuerdo haber escrito bastante sobre ellos. Sin embargo, no siempre estaba en mi sano juicio, así que podría haber borrado esas partes.

Sí, luché más de lo que me correspondía. Y mientras luchaba y luchaba y luchaba, murió mucha gente: mis padres adoptivos, otros miembros de nuestra casa, amigos que había hecho en la capital real, compañeros de armas... y mi hermano pequeño, que me quería. Cuando yo estaba agotada de luchar sin parar, él iba a la batalla en mi lugar. ¡Por supuesto

que traté de detenerlo! Y qué crees que me dijo a mí, ¿Gran Duquesa Linaria Etherheart, Cielos Gemelos?

"¡¿No te das cuenta de que eres una niña, Linaria?! ¡Soy un hombre, y te juro que te mantendré a salvo! Cuando vuelva a casa, me gustaría que te casaras conmigo".

Me alegré muchísimo. Lloré como una niña cuando lo dijo. Las únicas personas que me han tratado como a una niña normal son mi hermano pequeño y cierta llave excéntrica y defectuosa.

Pero mi hermano nunca volvió a casa. Se convirtió en un señuelo para ayudar a escapar a sus aliados y encontró una muerte honorable en la batalla.

¿Qué? ¿Mi título no es condesa? ¿Eso es lo que dicen las historias? Qué pregunta más tonta. Los Etherheart pueden haber caído en tiempos difíciles, ¡pero somos una de las únicas ocho casas en el mundo a las que se les permite un gran ducado!

¿Has terminado de interrumpir? Después de eso, bueno, pasaron muchas cosas. El ejército real lanzó una invasión sorpresa de la ciudad divina, así que luché contra ellos y acabé separándome de mi hermana. Ese despreciable señor vampiro vino a secuestrar a una bruja, así que seguí incinerando a esa cosa vil hasta que se rindió. Fueron días realmente agitados.

¡¿Perdón?! ¡¿Mi hermana y yo no peleamos hasta empatar?! ¡Ha! ¡Claro que no! ¡La hermana mayor siempre es más fuerte!

El imperio estaba innegablemente en declive, pero no habría perdido la guerra mientras me tuvo a mí. El frente estaba en suelo extranjero hasta que me refugié aquí. Aun así, cuando llegó mi fin, no quedaba nadie a mi lado.

He olvidado quién me mató o cómo. Supongo que mis instintos actuaron para protegerme de una verdad desagradable. Lo único que recuerdo es que cerré el sello con todas mis fuerzas. Lo siguiente que recuerdo es que estaba aquí, tumbado junto a Atra. En cuanto a por qué me quedé durante quinientos años, la respuesta es sencilla: sólo podía existir en esta tierra sagrada y dentro de la torre. Desaparecería si los dejara. Así que seguí esperando a alguien a quien pudiera confiar a Atra. Al menos, hasta que sufrí otra traición.

¿Dónde estamos? ¿Y qué es esa puerta negra? En cuanto a esto último, tengo tanta curiosidad como tú. Estoy seguro de que podría averiguarlo si tuviera la biblioteca hereditaria de tomos antiguos de los Etherheart, pero todo se redujo a cenizas cuando luché contra mi hermana. Todo lo que puedo decir con certeza es que la puerta no es única. Y que todo lo que hay más allá es una amenaza para el mundo.

Me encerré aquí porque ya había tenido bastante. Las guerras interminables no me llevaban a ninguna parte, así que decidí acabar con ellas utilizando a los grandes elementales.

Había materializado a los elementales por primera vez en siglos y, lo creas o no, me sentía responsable de la desenfrenada expansión militar y de la gran cantidad de hechizos retorcidos resultantes. Supongo que me asusté hasta llegar a los extremos. Pero mi hermana y yo sólo habíamos aprovechado una fracción del poder de los elementales. Si podía hacerlo mío, podría acabar con la guerra. Al menos, eso creía en ese momento.

Pero cuando vi las sonrisas de Atra y de los otros elementales...



Linaria cortó bruscamente su relato y dijo: "Qué pena, parece que se nos ha acabado el tiempo. Ah, bueno. ¡El fin!".

Solté un aullido cuando mi cabeza atravesó sus piernas y cayó al suelo. Me froté la cabeza, me incorporé y me puse de rodillas.

"¡No te descuides!", reprendió la poderosa bruja, levantando el dedo índice de la mano izquierda y esbozando una sonrisa burlona. "Y menos cerca de jovencitas encantadoras como yo".

"Me lo tomaré a pecho".

"¡Como debe ser!" Se alejó, evidentemente satisfecha, y saltó sobre la mesa, donde giró con la elegancia de una bailarina. Su larga cabellera carmesí reflejaba la lluvia de sol en un espectáculo impresionante. Sin embargo...

Entrecerré los ojos. El cuerpo de Linaria se desintegraba lenta pero constantemente en finas partículas.

"No pude contarte todo lo que me hubiera gustado" dijo encogiéndose de hombros, "pero así es la vida. Hay un montón de cosas que es mejor no saber, y cuando te pones a ello, mi tiempo terminó hace mucho tiempo.

Allen del clan de los lobos, dejó a Atra—el gran elemental Zorro del Trueno—a tu cuidado. Mantenla a salvo".

"Acepto la responsabilidad. Juro por el nombre que me dieron mis padres que la defenderé. Gracias", respondí con seriedad, poniéndome en pie e inclinándome. Dudaba que más de un puñado de personas a lo largo de la historia pudieran presumir de haber recibido una lección personal de los Cielos Gemelos.

Linaria reflexionó. "¿Queda algo por discutir?"

"Déjame pensar". Un momento después, solté un aterrado "¡Oh! ¡Por favor, dime la salida! ¡Y te agradecería cualquier cosa que sepas sobre la gente que ató a Atra y la forma de levantar sus marcas de maldición! Además, ¿qué debo hacer si un gran elemental habita en un niño maldito? ¿Es posible liberarlos?"

El camino que había tomado para llegar hasta aquí se había cerrado tras de mí, así que tendría que encontrar otro. Y tampoco podía olvidarme de Atra, Tina y Lydia.

"¿Un gran elemental en un niño maldito?" repitió Linaria, quitándose el guante derecho. "Nunca he oído que eso ocurra. Pero no te preocupes, a los grandes elementales les encanta la gente. Ahora que lo pienso, aquel lobo de hace doscientos años también trajo consigo a dos niños malditos".

Así que ni siquiera ella sabe la respuesta.

Mis pensamientos se estaban volviendo sombríos cuando Linaria añadió: "Toma. Cógelo", arrancándose algo del dedo y lanzándomelo.

"¿Qué es esto?" pregunté, cogiendo un anillo engastado con una piedra roja.

"La ruta de escape está en la parte trasera de mis aposentos. Ese anillo es la llave. Y recuerda: debes llevarlo en tu dedo anular derecho. Es mágico, así que cambiará de tamaño para adaptarse".

"De acuerdo", dije vacilante, sintiendo un miedo repentino al ponerme el anillo en el dedo. Correría un peligro mortal si Lydia o las chicas me descubrían llevándolo.

"Me lo regaló mi hermano", me dijo la bruja con una sonrisa encantadora y burlona. "No puedes quitártelo a menos que superes mi habilidad".

"¿Qué?!" Atónito, intenté inmediatamente soltar el anillo. Pero no se movía.

¡Me... me han engañado!

"Múltiples grandes elementales trabajando juntos deberían ser capaces de levantar la maldición sobre Atra", continuó Linaria, con una mirada positivamente beatífica. "Estoy segura de que te ayudarán, sabiendo lo compasivos que son, y tienes bastante tiempo para trabajar en ello. Pero no intentes enlazar maná con ella hasta que esa marca desaparezca. No está a pleno rendimiento y consume demasiado maná cuando se pone nerviosa. En cuanto a quién le puso esas horribles cadenas—"

"Al menos debían de estar a tu altura. Y afiliados a la Iglesia del Espíritu Santo, a juzgar por las fórmulas de sus hechizos" intervine, dejando a un lado el problema del anillo y mirando a Linaria a la cara.

Me devolvió la mirada. "Quien ideó los hechizos rivaliza con la Santa. Su emisario se hizo llamar el actual Sabio".

No podía creer lo que oía. Se suponía que "Héroe" era el único título legendario transmitido de generación en generación en nuestro continente. Los registros antiguos decían que "Maestro de la Espada" había sido otro en los días de antaño, pero el actual poseedor del título no era un antiguo campeón. Había desafiado a Lydia durante nuestra estancia en la Real Academia, había perdido y ahora vagaba por tierras extranjeras.

¿Podrían seguir vivas tales leyendas? Recordé a Gaucher, un caballero del Espíritu Santo con el que había luchado en la capital oriental. "¡Por el Espíritu Santo y la Santa!" había sido su grito de guerra. Sin embargo, no podía ser. ¿Era el otro lado de este tablero de juego sostenido por—

"No sé si era auténtico", dijo Linaria, con una pizca de autoburla, "pero esas cadenas son las mismas fórmulas que la Santa utilizó una vez contra las brujas, y sabía lo de Atra y yo. Así que ten cuidado... aunque sólo sea por eso, este supuesto Sabio era fuerte".

Me tomé un momento para digerirlo. Por fin, dije: "Entiendo". Tendría que investigar un poco una vez que saliera de aquí y resolviera la rebelión de Algren.

La habitación estaba cada vez más iluminada. Linaria levantó la vista y volvió a mirarme. "Bueno, pues esto es una despedida. No puedo creer que la última persona que haya conocido sea un bicho raro como tú. Ha

sido una vida tumultuosa, ¡pero liberar a Atra hace que todo merezca la pena! Ah, y aunque no puedas teletransportarte a larga distancia, no tendrás problemas para llegar a los sitios mientras ella esté contigo".

Me golpeé el pecho. "Atra estará a salvo conmigo. Y dejaré este lugar intacto. Supongo que se volverá a sellar solo; pareces de los que hacen planes para después de tu muerte".

Su biblioteca suponía un riesgo demasiado grande. Si sus volúmenes llegaban al mundo exterior, podrían desencadenar guerras en todo el continente. Pero también era el lugar donde una bruja solitaria y torpe y una niña habían pasado sus días juntas, y la tumba de Linaria Etherheart. No podía quemarla, mis padres me enseñaron a respetar a los muertos.

"Mm-hmm, gracias", dijo Linaria tímidamente. "El sello volverá cuando yo me haya ido, y he dispuesto que se borre toda la isla. Es una promesa muy antigua, hecha hace más de mil años, pero esa familia, los Alvern, se la quedará. Ah, sí, y sobre tu maldición...".

Podía oír cómo se me escurría la sangre de la cara. Moriría en diez días si no hacía algo al respecto. "Se me olvidó", dije con cierta dificultad, comprobando apresuradamente mi muñeca derecha. La marca era claramente más oscura que antes, pero había algo que no encajaba.

¿Es maná lo que fluye del anillo?

"Mi anillo puede ralentizar la propagación mientras lo llevas puesto, y la maldición es menos potente en suelo sagrado", anunció la bruja con suficiencia desde lo alto de su mesa. "También incorporé hechizos para rastrear al lanzador y alertarte cuando hay grandes elementales cerca. Ahora, ¿qué dices a eso?"

"Cuando ibas al colegio, ¿alguna vez te dejó un chico por ser demasiado entrometida?"

"Cómo— ¡Mi diario! Lo leíste en mi diario, ¿verdad?", preguntó sonrojada.

Esta debe de ser la auténtica Linaria, pensé, mientras decía: "Gracias. Te lo agradezco de veras. En cuanto al anillo—"

"Ahora es tuyo, así que... Oh, de verdad que se nos ha acabado el tiempo". Una luz cálida y deslumbrante llenó la habitación mientras Linaria se estiraba. "¡Mmm! Bueno, te dejo con una última advertencia".

"¿Sí?" Me puse más erguida y esperé a que la bruja oficiosa hablara.

Ella, sin embargo, soltó una risita siniestra y soltó una maldición: "Estás destinado a tener problemas con las mujeres, ¡está escrito en tu cara! He visto a muchos grandes hombres en mi vida, ¡y tú lo tienes peor que ninguno de ellos! Enhorabuena".

Me llevé una mano a la frente y suspiré. Luego, espantándola con la mano derecha, le espeté: "¡Date prisa y vete!".

Linaria me sacó la lengua y me sopló una frambuesa mientras se desvanecía en la luz. Entonces, de repente, oí unas pisadas ligeras y rápidas y sentí un abrazo muy tierno. "Eres un chico fuerte, Allen", dijo. "Muy fuerte. No había nadie como tú—ningún niño lobo—en esa época enloquecida. Pero esa es una razón más para que nunca lo olvides: ¡nadie derramó lágrimas por mí, pero un montón de gente llorará si mueres! No intentes cargar con todo tú solo o, algún día, acabarás como yo. El aislamiento es más solitario, triste y doloroso de lo que crees. Así que ¡comparte la carga! No te imaginas lo felices que se pondrán las personas que te rodean si les dejas ayudar. Muéstrate un poco más del amor y la confianza que sientes por los demás. Tú me has enseñado a volver a confiar en la gente, ¿sabes? Eso es todo un logro".

Tras una larga pausa, continuó: "Me alegro de haberte conocido al final. Me alegro de ser contigo con quien dejo a Atra. Muchas gracias. Muchísimas gracias, desde el fondo de mi corazón. Linaria Etherheart no olvidará esto. Nunca, ni siquiera después de que me haya ido de nuestro mundo. Quiero decir..." La joven que había protegido sola a un gran elemental del mundo se encontró con mi mirada y me dedicó una sonrisa sincera. "Me has recordado lo cariñosa que puede ser la gente. Hasta que nos volvamos a ver".





Me desperté lentamente, murmurando: "Linaria".

Empecé a incorporarme, pero me di cuenta de que Atra—una niña con orejas de zorro y pelo largo y blanco—se aferraba a mi brazo izquierdo mientras dormía plácidamente y me detuve. Poco a poco, para no despertarla, separé el brazo y miré a mi alrededor. Estábamos en el mismo dormitorio al que habíamos llegado el día anterior.

"¿Fue todo un sueño? me pregunté en voz baja, y luego miré mi mano derecha y su brillante anillo. Cerré los ojos y me tembló la voz al murmurar: "Sinceramente. ¿Qué vamos a hacer con una leyenda como tú?".

No puedo ni empezar a adivinar dónde está este lugar, y no sé si alguna vez tendré la oportunidad de volver. Aun así...

Apreté la mano derecha y me la llevé al corazón. "Esto fue un regalo de tu prometido, un recuerdo, supongo. Sin embargo, me lo dejaste a mí, junto con esas palabras de advertencia. Realmente eres una entrometida, mi señora bruja".

Aparte de mis padres y Caren, las únicas personas que me han declarado lobo son Dag, mi profesor de artes marciales, Lydia, Alice y ahora tú. Tomaré prestado tu anillo por el momento, pero te prometo que algún día volveré a...

De repente, me sentí objeto de una mirada atenta. Atra se levantó de un salto, me abrazó y empezó a frotar su cabeza contra mí, un pequeño manojito de energía. Al cabo de un rato, me miró en silencio y estiró sus manitas hacia mi cara.

Por un momento, no supe qué pensar de su gesto. Luego dije: "Oh, lo siento", al darme cuenta de que, sin darme cuenta, había estado llorando.

"No intentes cargar con todo tú sola", había dicho Linaria, y sus palabras me habían cortado en seco. No tenía remedio.

A la niña le dije: "Atra, Linaria se ha ido".

Me miró desconcertada y me dio un débil golpe en el pecho. Evidentemente, estaba enfadada.

"¿Qué?" pregunté.

Atra me miraba, intentando comunicarme algo.

"¿Podemos volver a verla?"

La niña se acomodó en mis brazos y empezó a cantar, no una melodía de despedida, sino un deseo de reencuentro, lleno de esperanza.

"Parece que deberías haber seguido tu propio consejo. Mira cuánto te quería Atra. Eso es algo de lo que estar orgulloso". Me sequé los ojos con la manga, cogí a la niña en brazos y me bajé de la cama.

"¡Muy bien!" Dije, peinando el pelo de la cama de Atra con mis dedos. "Tengo hambre. ¿Qué te parece si desayunamos?"

Atra emitió un chirrido de alegría, se zafó de mis brazos, abrió la puerta y salió corriendo.

"¡Ah! ¡Aguanta!" grité. Pero justo cuando estaba a punto de darme caza, mi vista se posó en la vieja silla de madera hecha a mano, y un atónito "¿Qué?" brotó de mis labios. Sobre ella descansaban la espada encantada y la vara de Linaria. Sobre el asiento había un sobre blanco y un montón de ropa. La carta que había dentro decía:

Un regalo de despedida. Sus nombres son Cresset Fox y Silver Bloom. Su maná está casi agotado, y sólo se recuperará lentamente, pero úsalos como quieras.

Dejé escapar una risita hueca, consciente de lo tensa que debía de parecer al comprobar los demás regalos: una camisa blanca y unos pantalones negros nuevos para mí, y para Atra, un abrigo fino, unos zapatitos y un lazo violeta bellamente bordado.

"Debía de tenerlos preparados para el día en que Atra pudiera marcharse por fin. Increíble", refunfuñé, pensando en la bruja demasiado oficiosa, mientras recogía los zapatos y la cinta y me dirigía a la puerta. Me moría de ganas de enseñárselos a Atra.

Tras una comida a base de deliciosas frutas cuyos nombres desconocía y té elaborado con hierbas autóctonas, regresamos a la habitación e inmediatamente empezamos a prepararnos para nuestro viaje.

"Atra, ven aquí", llamé.

La chica dejó de inspeccionarse excitada en el espejo de cuerpo entero la cinta violeta que llevaba anudada en la parte delantera de la cabeza y sus zapatos nuevos, y se acercó a mí.

"Deberías ponerte esto", le dije, ayudándola a ponerse el precioso abrigo blanco que había encontrado en la silla. "Es verano, pero las noches aún pueden ser frías, y es peligroso andar descalzo. Linaria también lo eligió para ti".

Atra agitó alegremente las orejas y la cola mientras corría por el dormitorio con los ojos brillantes. Me dispuse a cambiarme de ropa mientras apreciaba sus enternecedoras travesuras. Luego, vestido con la camisa blanca y los pantalones negros nuevos que Linaria había elegido para mí en sus últimos momentos, me puse la bata que me había regalado mi madre. Aunque estaba hecha jirones, no podía desprenderme de ella.

Atra saltó enérgicamente a la cama y empezó a lanzarme miradas furtivas. Parecía que quería jugar.

"Oye", le reprendí. "No hagas eso con los zapatos puestos".

Con un chirrido de felicidad, se escondió bajo las sábanas y se perdió de vista.

Preparé una bolsa de tela que había encontrado después del desayuno con varias de aquellas frutas sin nombre y un frasco de infusiones, así como un pequeño botiquín y unos cuantos rollos de vendas de lino. Luego me acerqué a la cama, cogí la manta y, con un pequeño grito de esfuerzo, me apoderé de ella sin piedad. Doblé rápidamente la manta y la añadí a mi saco, dejando a un descontento Atra sobre la cama.

Me reí entre dientes mientras levantaba la espada encantada Cresset Fox de su sitio contra la silla y me la ceñía a la cintura. Luego levanté la vara encantada Silver Bloom. Ambas armas eran de una calidad tan soberbia que ni siquiera me atreví a tocarlas.

"La espada estará mejor en manos de Lydia", murmuré para mis adentros. "No puedo aprovechar..."

Una punzada de dolor en el anillo de mi mano derecha interrumpió mis cavilaciones. Supuse que me estaba fallando.

Me eché la mochila al hombro y llamé: "Atra, hora de irse".

Con un pitido musical, la niña se incorporó en la cama y saltó ligeramente a mi lado.

"De acuerdo. ¡Vamos allá!"

Atra se mostró de acuerdo y nos dirigimos hacia una puerta que aún no había probado. Moví la mano derecha sobre su pesada superficie de color marrón oscuro y percibí débiles rastros de maná, seguidos de un tintineo al abrirse. Un suave empujón y ya estábamos en camino.

Después de la alcoba, pasamos por más habitaciones de las que podía contar. Espeluznantes salas de especímenes con hileras de productos químicos en frascos de cristal. Salas repletas de armas y armaduras dispuestas en ordenadas filas. Almacenes repletos de telas e hilos. Salas de gemas, monedas de oro y otros tesoros amontonados descuidadamente. Sus dimensiones no eran uniformes. ¿Nos teletransportaban cada vez que pasábamos entre ellos? ¿O es posible que todos estos lugares estén conectados?

Mientras tanto, el anillo emitía un fino rayo carmesí para guiarnos.

Mientras pasábamos por una sala repleta de especímenes de huesos como nunca había visto antes, murmuré: "No sé si es sobreprotectora o simplemente quiere de verdad a Atra".

La chica se giró para mirarme interrogante, empuñando con ambas manos un enorme colmillo de monstruo.

Me acerqué, devolví el colmillo al lugar donde lo había encontrado y le froté la cabeza. "No me hagas caso. Pero creo que estarías mejor buscando, digamos, sombreros encantadores que dientes viejos".

Se animó y corrió en círculos a mi alrededor, agitando las vendas negras de sus muñecas y tobillos.

Realmente debo levantar esa marca de maldición.

Llegamos al borde de la habitación. "¿Podría ser esta la última?" Me pregunté mientras empujaba la puerta. Se abrió a una cámara de piedra iluminada por antiguas lámparas de maná. Detecté un ligero olor a sal, y cuando me acerqué a una pared, la encontré sorprendentemente áspera al tacto. "Así que estamos de vuelta en la torre del Mar de los Cuatro Héroes".

Atra me tiró de la mano derecha, señalando con excitación hacia el interior de la habitación.

"¿Sí?" Respondí, girándome para mirar. Mis ojos se posaron en una imponente puerta negra.

¡La ruta de escape que mencionó Linaria!

Me miré la mano. La marca cubría más parte de mi piel que la última vez que me había fijado. Sólo tenía una vaga noción de cuántos días habían pasado, pero parecía que debía regresar a la capital oriental lo antes posible.

Atra me lanzó una mirada de desconcierto.

"No es nada", dije. "¡Ahora, abramos esta puerta! ¡Whoa! ¡Calma!"

La chica no debió de entenderme, porque reanudó alegremente su carrera. A cada paso aparecía un tenue resplandor a sus pies, que luego estallaba y se extendía como ondas en el agua. Pero por numinoso que fuera el espectáculo, no era momento de jugar. Recordando que la joven Caren había estado encantada de perseguirme cuando perdí los estribos y corrí tras ella, atravesé las ondas que se extendían hasta la puerta negra.

"Sólo espero que éste no tenga un sello óctuple", murmuré, extendiendo la mano derecha. El anillo parpadeó en carmesí.

Una fórmula mágica apareció en la cara de la puerta negra, que se abrió por sí sola. Más allá se extendía una profunda oscuridad.

Atra se acercó, desconcertada por mi incapacidad para seguirla, así que la atrapé con la mano derecha.

"No hubo nada injusto en eso", dije en respuesta a su protesta. Seguía sin estar satisfecha, así que añadí: "¡Esto es lo que les pasa a las niñas malas que se escapan!". Un poco de cosquillas la hizo retorcerse, pero también le devolvió el ánimo.

La chica me tendió la mano y la abracé con fuerza. Soltó una risita en mis brazos. Linaria había perdido a su amante en medio de los fuegos de la guerra, había quemado media capital oriental en un ataque de furia, e incluso había formulado un hechizo estratégico para capturar a los grandes elementales, pero lo había dado todo por conservar esa sonrisa: su rango, su dignidad, su riqueza, su familia, sus amigos, su patria y, al final, incluso su vida.

Qilin Ardiente, Serpiente de Piedra y Zorro del Trueno habían estado aquí, pero Linaria había liberado a dos de ellos e impedido que su nación capturara a un cuarto. Sin embargo, sabía que Qilin Ardiente y Serpiente de Piedra habían sido robados posteriormente. Y aún no tenía ni idea de quién la había traicionado, quién había sido rival para Linaria Etherheart,

Cielos Gemelos, la cima del logro individual. Debía de ser un fenómeno de la naturaleza. Incluso así...

Atra me miraba desconcertada.

"No te preocupes por mí", volví a decirle, dándole una palmada en la cabeza que la hizo balancearse feliz.

Aquella bruja reclusa, solitaria y oficiosa había defendido a esta chica hasta el final, incluso cuando todo lo demás había fallado. Puede que lo hiciera como expiación por sus actos en vida, pero yo estaba seguro: Linaria Etherheart merecía el título de Cielos Gemelos. Ojalá hubiera tenido la oportunidad de aprender más de ella. Quiero decir...

"Dejando a un lado la modestia, realmente fuiste una gran persona".

Atra empezó a golpearme de nuevo, exigiendo una explicación.

"No es nada", le aseguré, agachándome para volver a cerrar la parte delantera de su abrigo. "Cuando volvamos a la capital oriental, te presentaré a mi compañera, a mi hermana y a mis alumnos. Qilin Ardiente y Grulla Frígida están dentro de dos de ellos. Me pregunto si los otros elementales llegarán a ser como tú".

Atra me miró y empezó a saltar. Estaba encantada, a juzgar por sus orejas y su cola.

¿Por qué no podía Linaria liberar a Atra sola?

No había tenido ocasión de preguntárselo directamente a la bruja, pero podía adivinarlo: había tenido miedo. Temía que el gran elemental Zorro del Trueno volviera a representar el trágico destino de la ciudad divina, un ciclo interminable de destrucción. Como estudiante de historia, respetaba su juicio. En la era de las luchas, los grandes hechizos se habían utilizado una y otra vez para ganar batallas y conquistar ciudades, según las crónicas. Y había indicios de que la magia tabú se había empleado más de una vez en la Guerra del Señor Oscuro. La mayoría de la gente carecía de la fuerza de Linaria... pero la bruja reclusa había sabido que podían ser infinitamente crueles cuando surgía la necesidad.

Atra me dio un abrazo y yo se lo devolví.

Con toda probabilidad, el enigmático cerebro responsable de enviarme aquí había previsto incluso que yo liberaría a Atra y abriría la puerta negra. De lo contrario, habrían seguido lanzando tropas contra el problema, sin

reparar en sus pérdidas. Sin embargo, aunque había eliminado el mayor obstáculo, el sello de Linaria, no aparecieron nuevos intrusos.

Recordé las tácticas de los Caballeros del Espíritu Santo en la capital oriental. Sus fuerzas habían hecho pocos movimientos concertados. Sólo Gaucher había mostrado su mano en combate, y su lucha contra Caren, Richard y yo había sido evidentemente un experimento. Tal vez veían toda la rebelión como un medio para tomar lo que necesitaban y poner a prueba sus creaciones.

No, no puede ser, me dije mientras soltaba a Atra y me levantaba. La Casa Ducal de Algren había conducido al grueso de la nobleza oriental a este caos, e incluso los Caballeros del Espíritu Santo estaban en marcha. Si... Si todo eso fuera una ceguera, entonces la mente maestra...

"Debe ser sobrehumano", murmuré. "¡Alto ahí!"

Atra tiraba de mi mano izquierda. Su mensaje era claro: "¡Date prisa!"

"Sí, tienes razón. Vámonos".

Dio un aullido de alegría como respuesta mientras avanzábamos hacia el interior de la cámara.

No sabía cómo avanzaba la guerra, pero temía poco por los Leinster y los Howard: nunca mostrarían piedad a un enemigo. En cuanto a la defensa del Gran Árbol, sólo podía rezar.

En esta era de magia menguante, el cerebro poseía abundantes conocimientos de los grandes hechizos. Tarde o temprano, vendrían a por Atra. Pero le había dado mi palabra a aquella bruja solitaria de que mantendría a salvo a la niña, y pensaba cumplirla. Como mi padre me había dicho una vez: "Nunca rompas una promesa, Allen, y menos una promesa a los muertos".

Sí, lo sé. Después de todo, soy tu hijo.

Miré el anillo de mi mano derecha y gemí: "Lydia, Caren y Tina van a flipar cuando lo vean".

Atra miró el anillo con curiosidad, luego se le iluminaron los ojos y cerró los puños. Al parecer, saldría en mi defensa. Me reí entre dientes.

Cogidos de la mano, entramos por la puerta negra. Inmediatamente, la puerta de la cámara desapareció detrás de nosotros. Así que se trataba de

un viaje de ida. Un resplandor tenue y parpadeante nos mostró el camino a seguir.

Realmente piensa en todo.

Miré hacia atrás y asentí. "Adiós, Linaria Etherheart, Cielos Gemelos. Tu pena, tu arrepentimiento y tu amor por Atra me han conmovido. Te prometo que volveré. Hasta entonces, tomaré prestada tu espada, tu vara y tu anillo. Soy Allen del clan de los lobos, y honro mi palabra a los muertos".

Atra me miró fijamente, luego se volvió también y agitó la manita hacia la puerta desaparecida con una sonrisa en la cara.

"Volvamos aquí juntos", dije. "Pase lo que pase."

La chica asintió enérgicamente con la cabeza. Giramos sobre nuestros talones y cruzamos la puerta negra. Se cerró detrás de nosotros con un ruido sordo y pesado.

El rayo de luz del anillo se extendió en espiral hacia arriba. Un campo de incontables estrellas centelleó.

¿Adónde nos lleva esto?



"Por fin, la salida", jadeé cuando por fin llegué a lo alto de la escalera invisible. La subida había parecido interminable. A mi espalda, Atra murmuraba feliz en sueños.

Salí de la oscuridad, blandiendo mi vara, y el vacío de tinta retrocedió tras nosotros. Pronto pude ver dónde nos encontrábamos: en una ruina de piedra positivamente antigua. Los rayos de sol se colaban por los agujeros del tejado y los huecos de las ramas que lo cubrían. La estructura estaba desierta y casi totalmente consumida por los árboles. Toqué un muro de piedra cercano y se desmoronó fácilmente bajo mis dedos.

"Esto debe haber sido un puesto de vigilancia", murmuré. "Construido durante la Guerra del Señor Oscuro, o tal vez incluso la Guerra Continental".

Miré detrás de mí y descubrí que la oscuridad impenetrable había desaparecido, junto con la escalera de caracol invisible. En su lugar, sólo vi paredes y suelos de piedra incrustados de raíces.

Así que sólo podemos pasar por aquí una vez. Bueno, ella lo llamó una ruta de escape.

Atra asomó la cabeza por encima de mi hombro.

"Levántate y brilla", dije. "Ya hemos llegado. ¿Crees que puedes caminar por tu cuenta?"

La chica bajó de mi espalda, dio unos pasos hacia delante y miró a su alrededor con los ojos muy abiertos. Sin embargo, pronto regresó y se aferró a mi brazo izquierdo, evidentemente asustada. Volví a cargar con mi saco y golpeé el suelo con la culata de mi vara, lanzando en silencio Detección de Rayo Divino.

Parece que no estamos en un islote, así que no puede ser el mismo lugar al que me llevaron. Aun así...

Doblé las rodillas y dije: "Atra, parece que hay gente que da miedo ahí delante. Pero no te preocupes; yo te protegeré".

La niña pareció sorprendida, pero luego agitó alegremente las orejas y la cola. Le di una palmadita en la cabecita y saqué varios pajarillos mágicos por los agujeros del tejado.

Me enfrente a quien me enfrente, nunca está de más estar informado.

"Bien entonces, sigamos nuestro camino."

Atra expresó su acuerdo.

Tras abandonar las ruinas, confié en la magia botánica para forjar un camino a través del bosque sin huellas. Mientras tanto, mis pájaros volvieron con noticias.

Oh cielos. Espero que no estemos donde creo que estamos.

De repente, Atra tiró de mi brazo izquierdo y señaló hacia delante. La vegetación se desvaneció ante nosotros y percibí el olor a sal. Uno de mis pájaros regresó y se posó en la punta de mi caña, alertándome de que una fuerza molesta nos cerraba el paso.

¿Está Lev con ellos?

Comprobé el anillo: estaba inactivo.

"Atra", dije, "yo me encargaré de la gente asustadiza, así que—"

La muchacha gesticuló salvajemente, aparentemente ansiosa por irse. Recordé la advertencia de Linaria: "No intentes enlazar maná con ella hasta que esa marca desaparezca".

Me agaché y dije: "Vamos juntos. Pero no necesitas enlazar maná conmigo, ¿okay? Me gustaría probar esta espada y esta vara".

Atra asintió enérgicamente, moviendo la cola con entusiasmo.

Levanté deliberadamente mis hechizos amortiguadores del sonido y reanudé la marcha. En poco tiempo, el bosque desapareció y llegamos a un promontorio. El campamento militar cercano era claramente una adición reciente al paisaje. Bajo nosotros se extendía una vasta lámina de agua. A juzgar por lo que mis pájaros me habían dicho del terreno, se trataba del Mar de los Cuatro Héroe, el mayor lago salino del continente.

Pero, por desgracia, no estábamos del lado del reino. Los estandartes del campamento estaban adornados con un dragón que portaba una espada.

"Nunca imaginé que saldríamos en Lalannoy", murmuré mientras un profundo malestar se apoderaba de mí. Qué hacían los soldados de Lalannoy con—

Varias docenas de cadenas negras se lanzaron hacia nosotros.

"¡Vaya!" Para sorpresa y deleite de Atra, desenvainé la espada encantada Cresset Fox. Su hoja brilló cuando, de un solo tajo, derribé las defensas mágicas de nuestros atacantes ocultos y los lancé al mar junto a los restos de una extraña caja. Había visto un artefacto igual en la capital oriental. Los hechiceros vestían túnicas grises con capucha y empuñaban dagas de un solo filo.

"Inquisidores de la Iglesia, ¿verdad?" murmuré.

Varios caballeros fuertemente acorazados salieron del campamento, bramando: "¡Ya te tenemos, hereje!". Llevaban espadas largas y escudos, y los yelmos ocultaban completamente sus cabezas. Un número igual de hechiceros de túnica gris les seguían, al igual que una veintena de soldados Lalannoyanos. Estos últimos llevaban gorras militares y armaduras ligeras de color blanco, con emblemas en el pecho, y nos apuntaban con extrañas pértigas de madera—pistolas de hechizos.

Dos oficiales de Lalannoyan cubrían la retaguardia. Uno de ellos, un joven dandi, desenvainó su espada y ladró: "¡Prepárense para disparar!".

"¡Señor Snider, Su Santidad quiere que los capturen vivos!", gritó un caballero del Espíritu Santo en primera fila, haciendo señas a los demás para que se detuvieran. "Tal y como ella predijo, ¡salieron de la torre del Demonio de Fuego después de que pasaran dos semanas! No podemos faltar a nuestro deber".

El acompañante del dandi—un oficial con aspecto de petimetre y sombrero de tricorno—se encogió de hombros y dijo: "Snider, déjalos que se salgan con la suya".

"Pero el capitán Minié—"

"Debes de estar harto de hacer pruebas de tiro después de haberte cargado a todos esos nobles del reino que intentaron huir al ver por dónde soplabla el viento. ¡Hey, tú! ¡Mocosos! ¡No te molestes en intentar luchar! No queremos matarte ni a ti ni al chiquillo si no es necesario".

Atra corrió detrás de mí, sobresaltada por el fuerte grito.

Entonces, la Santa profetizó nuestra ruta. Y extrapolando lo que acaban de decir...

Ajusté la empuñadura de mis armas encantadas.

"Oye", dijo Minié en voz baja, "¿no me has oído?".

"Te he oído", respondí. "La rebelión de Algren está en las últimas. Además de que—"

Cresset Fox y Silver Bloom empezaron a irradiar maná. Los caballeros, inquisidores y soldados empezaron a moverse inquietos.

"Mientras luchaba en la capital oriental, me encontré con unas cajas extrañas que hacían invisibles a las tropas, cajas muy parecidas a la que acabas de usar tú", continué diciendo a Minié, manteniendo el tono de voz. "Entonces, ¿puedo considerar que la República de Lalannoy participó en la rebelión? Eso explicaría sin duda quién armó al Caballero Negro, William Marshal, y a sus subordinados. Y cuando los aristócratas de las islas del Mar de los Cuatro Héroes se enteraron de cómo iba la guerra y buscaron refugio en la república, ustedes se volvieron contra ellos y—"

"¡Fuego!", ladró el petimetre.

"¡Minié, espera!" gritó Snider, pero demasiado tarde: los soldados ya habían empezado a cumplir la orden. Entonces, uno tras otro, sus cañones de hechizos fallaron y la fuerza perdió toda apariencia de orden.

"¿Qué?!"

"¡Ow!"

"¿Por qué?!"

"¿Un fallo de encendido?!"

"¡Esto no había pasado nunca!"

"¿El cañón está atascado con... hielo?"

"¡Yo... no puedo derretirlo!"

"¡Olvídense de las pistolas de hechizos! ¡Desenvainen sus espadas!"

Los tres caballeros del Espíritu Santo rugieron furiosamente (respectivamente: "¡Maldito seas!" "¡Falsa bestia!" y "¿Qué has hecho?!") y cargaron. Un golpe horizontal de mi espada, sin esfuerzo y con la mano izquierda, los dejó aturdidos y sus voluminosas espadas, escudos y armaduras hechos pedazos. La onda expansiva hizo que los restos de las armas cayeran por el precipicio. Un instante después, oí cómo golpeaban la superficie del agua. Por si fuera poco, di una vuelta a la vara que llevaba en la mano derecha, lo que provocó otro grito de sobresalto cuando un reluciente hielo plateado—que había conjurado en silencio y oculto mágicamente a sus ojos—se cerró con fuerza alrededor de todos los miembros de mis enemigos y de todas las armas que aún poseían.

Snider bajó la mirada hacia su propia pistola de hechizos congelada, luego me fulminó con la mirada y me preguntó: "¿Quién eres?".

"Sólo un humilde tutor", respondí.

"¡Mierda! ¡Pura podredumbre! ¿Qué tutor podría hacer un truco como este?!"

"Qué grosero. Tengo prisa, así que debo irme". Sacudí la cabeza, clavé mi espada en el suelo y alcé mi vara. Enormes círculos mágicos empezaron a formarse bajo los pies de mis enemigos.

Con un bramido y un "¡Por Su Santidad la Santa!", el caballero líder y el inquisidor rompieron el hielo que los ataba con la fuerza bruta de su maná y se lanzaron hacia delante en una última y desesperada carga.

"Atra, apártate", advertí a la niña detrás de mí, y ella retrocedió unos pasos.

Inmediatamente, mis círculos mágicos convergieron, para mayor conmoción y consternación de mis enemigos.

"Bien, caballeros", les dije, "por favor, disfruten de su baño de verano".

Un destello escarlata salió disparado del borde del acantilado que teníamos delante, partiendo el suelo con un estruendo como el de un trueno. Una nube de polvo se levantó cuando el promontorio cayó al lago.

Por un momento, mi mirada se cruzó con la de Snider, y él murmuró "Cielos Gemelos" antes de desvanecerse en medio de una colosal columna de agua turbia. Suponiendo que tuviera un dominio decente de la magia, probablemente sobreviviría.

Exhalé y devolví con cautela la espada encantada a su vaina. Durante toda aquella serie de ataques, no había recurrido a mi propio hombre, sólo al poder imbuido en Cresset Fox y Silver Bloom. Estaban afinados para el uso de Linaria, y exigían la máxima precisión. Hasta el más mínimo error podía provocar un fallo. Sus propios hechizos habían sido aún más delicados, pero aun así, debía de estar poniéndome a prueba con este don.

Suspirando, recogí del suelo una pistola de hechizos y una insignia eclesiástica y las añadí a mi saco. Servirían como prueba material, aunque aún podría encontrarme acusado de invadir y dañar suelo Lalannoyano. El problema era...

"¿Cómo volvemos a la capital oriental?"

Linaria me había asegurado que podría cruzar largas distancias con facilidad siempre que viajara con Atra, incluso sin acceso al teletransporte. Sin embargo—

Atra me tiró de la manga izquierda y me indicó que se lo dejara a ella. Luego empezó a cantar en silencio. Pronto oí el batir de las alas en el cielo.

"Increíble", murmuré, esbozando una sonrisa de asombro.

La niña se hinchó de orgullo cuando un grifo salvaje se posó ante nosotros y bajó humildemente la cabeza en una profunda reverencia. Quizá los grandes elementales poseían el poder de comandar bestias mágicas.

Un haz de luz salió disparado del anillo, apuntando hacia la capital oriental.

"¿Nos vamos?" pregunté, asintiendo con firmeza.

Atra parecía dispuesta, así que la cogí en brazos y salté a horcajadas sobre el grifo. Naturalmente, carecía de montura, así que nos sujeté con magia de viento. Luego, acariciándole el cuello, le dije: "Por favor, vuela con nosotros. A la capital oriental".

El grifo batió las alas y se lanzó hacia el cielo. Entonces nos elevamos, siguiendo la luz del anillo.

Atra se retorció excitada en su asiento delante de mí, la cinta violeta de su pelo atrapando la brisa.

¡Acabemos con esta rebelión!



“Now, let’s put
an end to this
rebellion!”

The great elemental Thunder Fox

Atra

A young girl Allen encountered
in a ruin on the Four Heroes Sea.
She guides him deeper into
the ancient tower.

Private tutor to the dukes’ daughters

Allen

A young man who fails to appreciate
his own unrivaled control of magic.
He was confined to a ruin but came
face-to-face with an ancient legend
in its depths.

Private Tutor to the 8 Duke’s Daughter

Capítulo III

"¡-Imposible. C-Cómo pudo la capital real... Ciertamente, recordé a la Orden Violeta, ¡pero aún teníamos cien mil tropas en esa ciudad! ¡¿Cómo pudo caer en una sola noche?! ¡¿Esperas que crea un informe tan absurdo?! Debe haber algún error, o... ¡Por supuesto! Nuestros enemigos quieren engañarnos" rugió, golpeando el escritorio con el puño derecho.

El gran salón del consejo de mi casa, sede del mando supremo en la capital oriental, reverberó al son de un poderoso crujido: un trueno ominoso que provenía del otro lado de los cristales de las ventanas. Ante mí estaba arrodillado el tembloroso vizconde Zad Belgique, que afirmaba haber escapado de la capital real en grifo un día antes. Apenas parecía un mentiroso, vestido con su uniforme ensangrentado y manchado de batalla; según admitió él mismo, había desechado su armadura e incluso su espada en su huida.

Los conmovidos nobles y caballeros que abarrotaban la sala prorrumpieron en un coro de ladridos airados y gritos asustados.

"¡¿La capital real ha caído?!"

"S-Su Alteza, el Duque Grant..."

"¡¿Quién es el responsable?!"

"Los Howards o los Leinsters, seguramente."

"¡Pero están inmovilizados en las fronteras!"

"¿Quizás los Señores Gardner y Crom se cansaron de quedarse sentados?"

"Dos marqueses nunca podrían reunir suficientes tropas".

"Entonces, las fortalezas y las estaciones entre aquí y la capital real comenzaron a dejar de estar en contacto regular ayer porque..."

Respiré entrecortadamente un par de veces, me acerqué a Belgique y le pregunté: "¿De verdad cayó la capital real en una sola noche? ¿Qué fue de Greck? ¿Esperas que me crea que la flor y nata de nuestro ejército fue derrotada tan rápidamente?".

El vizconde me miró, mortalmente pálido y totalmente resignado. "El enemigo marchó bajo el mando de los duques Howard, Leinster... y Lebufera", respondió. "Crom y Gardner también se han aliado contra nosotros, y sus fuerzas bloquean las rutas entre las capitales real y oriental".

Gritos silenciosos llenaron la sala. Toda la asamblea estaba aterrorizada.

No puede ser. ¡No puede ser, no puede ser, no puede ser!

Los Howards tenían que enfrentarse al Imperio Yustinian, mientras que los Leinsters estaban igualmente preocupados por la Liga de Principados, y los Lebuferas, por los ejércitos del Señor Oscuro. Ninguno de ellos podía montar un contraataque inmediato. Por lo tanto, una vez que la capital real estuviera bajo nuestro control, tendríamos varios meses—al menos—para hacer nuestros próximos movimientos. Esas suposiciones eran fundamentales para la Gran Causa.

¿Y Lords Crom y Gardner tomaron partido contra nosotros?!

Me tambaleé hacia atrás y me desplomé ruidosamente en mi silla. Un silencio opresivo se cernía sobre la sala. Sin embargo, el vizconde parecía casi aliviado.

"La guarnición de la capital real había ocupado sus pueblos periféricos", continuó rápidamente, "pero Lord Greck los retiró debido a dificultades con nuestras líneas de suministro, con la esperanza de apuntalar las defensas de la capital. Sin embargo, la retirada permitió a los tres duques tomar las ciudades sin que nos diéramos cuenta. Antes de que nos diéramos cuenta, asaltaron el cuartel general y Su Alteza desapareció. Los ejércitos ducales lanzaron entonces un triple asalto desde el norte, el sur y el oeste, y nuestras fuerzas fueron derrotadas. Escapé en un grifo, cabalgando día y noche sin descanso para traeros aquí la noticia".

"Greck y Raymond informaron de que no había problemas de suministro", repliqué, con menos confianza de la que me hubiera gustado. "Tampoco he oído hablar de ninguna retirada. Y a pesar de la emergencia que describes, no hemos tenido noticias de la capital real".

"Creo que la pérdida de las comunicaciones mágicas es obra de los demisprites en las filas enemigas. El enemigo de alas llameantes que asaltó el cuartel general difícilmente podría haber sido humano".

¿Demisprites y alguna criatura inhumana? Me agarré el pelo. Greck tenía más tropas de las que yo personalmente mando ahora. ¿Cómo podría repeler a tres duques y a los ocho marqueses sin ellos?

"Todavía no hemos perdido, Grant", dijo una voz totalmente imperturbable.

"Gregory..." Murmuré lentamente.

Mi segundo hermano más joven vestía una túnica gris con capucha, y un hombre y una arpía con el mismo atuendo le seguían los talones. El hombre, si no recordaba mal, se llamaba Lev y servía a la Iglesia del Espíritu Santo. Gregory solía contentarse con pasar desapercibido en un consejo, pero no pareció importarle las miradas dubitativas que se congregaban ahora sobre él mientras se acercaba al mapa de guerra desplegado en el centro de la sala.

"Incluso si la capital real ha caído realmente, nuestros enemigos necesitarán tiempo para alcanzarnos aquí", dijo, indicando la capital real y luego la oriental con un dedo enjuto. "Y el este es nuestra principal fortaleza: las líneas de suministro no nos molestarán aquí".

"C-Cierto", acepté, sorprendida de ver a mi hermano tan inusualmente animado. "S-Sí, tienes razón".

Tiene razón. Nosotros... ¡Todavía no hemos perdido!

"¡Hayden, Harclay! Dadme vuestro consejo". Idré a los dos grandes caballeros ancianos—las "Alas" de mi casa—que hasta entonces habían permanecido de brazos cruzados y con sus pensamientos para sí mismos.

"No tengo nada que añadir", respondió Haig Hayden.

"Lo nuestro no es más que obedecer órdenes", añadió Haag Harclay.

"¡No es momento para reticencias!" espeté, cogiendo la alabarda encantada Violeta Profunda—símbolo de los duques de Algren—de su lugar junto a mí. "¡Tú y el herido Zaur Zani erais los generales favoritos de mi padre, pero la derrota sería tan ruinoso para vosotros como para el resto de nosotros! ¡Cualquiera puede ver que toda la aristocracia oriental se enfrentará a una amarga purga si perdemos esta guerra! ¡Ahora, digan lo que piensan!"

¡Tengo que ganar! ¡Y usaré todas las piezas a mi disposición para lograr la victoria!

Hayden y Harclay no abrieron los ojos, pero se obligaron a hablar.

"Creo que Lord Gregory tiene razón. Seguramente tenemos algo de margen para prepararnos".

"Pero también tenemos enemigos a nuestras espaldas aquí, en la capital oriental".

"¡Primero, el Gran Árbol!" exclamó Gregory, señalando con el dedo la capital oriental en el mapa. "Los Caballeros del Espíritu Santo se han retirado temporalmente más allá de nuestras fronteras porque consideran un abuso de confianza que no la hayamos tomado. Sin embargo, si cayera, podríamos contar con sus refuerzos".

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire durante unos instantes.

"Ya veo", dije al fin. Luego me acerqué a mi hermano y, con un agudo gruñido de esfuerzo, conmoví la sala haciendo caer mi alabarda sobre el mapa. Aunque el arma encantada permaneció en silencio, reacia a desatar su poder, partió en dos toda la mesa. Observando a la asamblea, rugí: "¡Capturen ese maldito árbol cueste lo que cueste! ¡Maten a todos los que se resistan! ¡Triunfaremos! Nuestra causa es justa".

"¡Por la victoria! Nuestra causa es justa", replicó toda la compañía con los puños en alto. "¡Larga vida a Su Alteza, el Duque Grant!"

Con esa aclamación, salieron corriendo de la sala para dar órdenes a sus respectivas fuerzas. Su espíritu de lucha seguía intacto.

"Bien dicho", dije, poniendo una mano en el hombro de Gregory. "Tomaré el mando en primera línea. En adelante, supervisarás nuestra retaguardia".

"Yo... soy indigno del honor", respondió débilmente. "U-Um... Sobre Gil..."

"¡Decide tú mismo tales trivialidades!"

"Por supuesto". Gregory miró al hombre de túnica gris detrás de él. "Además, me gustaría enviar a Lev para ayudar a asaltar el Gran Árbol".

"Tienes mi permiso."

"Muy amable de tu parte. Que la fortuna te favorezca, hermano mío".

"¡Que así sea! ¡Hayden! ¡Harclay! Los quiero en la vanguardia. ¡Muéstrenme lo que las Alas de Algren pueden hacer! ¿Y seguro que Zaur todavía puede luchar? ¡Tráelo contigo!"

Los viejos grandes caballeros se inclinaron reverentemente.

"Sí, señor."

"Como quieras".

Había algo en su comportamiento que no podía digerir. Me recordaba a la mirada de lástima que el tonto de mi padre, Guido Algren, ahora comatoso, me había lanzado antes de lanzar la Gran Causa. Pero mientras Violeta Profunda fuera mía, nunca me traicionarían.

Salí audazmente del vestíbulo.

Sólo observa, padre. Acabo de empezar a luchar. ¡Y cuando el polvo se asiente, yo, el Duque Grant Algren, saldré victorioso!

*

"¿¿Qué?!" Exclamé, tratando de levantarme. "Anna, eso es— ¡Yowch!"

"Quédate quieto, Joven Amo Richard", reprendió la doncella principal de la Casa Ducal de Leinster cuando mi dolor pudo más que yo. "No he tenido noticias de Celenissa desde que la envié a informar, pero dada la pérdida de comunicaciones mágicas y el pánico en la Casa Ducal de Algren, parece natural suponer que nuestros aliados han liberado la capital real".

Estábamos en la posición fortificada entre el Gran Árbol y lo que había sido el Gran Puente antes de que Caren lo derrumbara con un hechizo relámpago que me dejó boquiabierto. Anna me había abordado y obligado —a pesar de mis protestas— a curar mis heridas. Mi aullido de dolor provocó las risitas de los caballeros, milicianos y voluntarios que nos rodeaban.

"Ya te he dicho que no necesito que me curen. Puedo moverme perfectamente", refunfuñé, frunciendo el ceño hacia la chica de pelo pálido que me aplicaba medicinas en el brazo herido con una caja en la otra mano: Nico, el número siete del cuerpo de sirvientas.

"No quiero oír hablar de eso", chirrió Anna.

"Mi señor", dijo Nico, "sus heridas son graves, por decirlo suavemente".

Miré a mi alrededor, esperando ayuda ante esta rotunda negativa, pero todos echaron un vistazo a las caras de Anna y Nico y se dispersaron.

Habían pasado diez días desde que Caren partió hacia el oeste para invocar el Viejo Juramento. La pérdida del puente había hecho mucho para paralizar a los rebeldes, y los jefes beastfolk se habían unido finalmente a la lucha, empleando su magia botánica para construir magistrales fortificaciones. Nathan y los demás artífices, mientras tanto, nos habían proporcionado una gran variedad de utensilios mágicos fabricados a partir de material enemigo abandonado. Como resultado, sufrimos muchas menos bajas, lo que liberó a la experta sanadora Shima, del clan de la liebre, para guiar a Shizuku, del clan de la cabra, y a otros jóvenes milicianos de vuelta al interior del Gran Árbol, donde volvieron a formar una unidad médica especializada. Por si fuera poco, Luce—un grifo verde mar con plumaje blanco puro que la legendaria Estrella Fugaz del clan de los lobos había montado en la Guerra del Señor Oscuro—había guiado a su rebaño a la defensa del Gran Árbol.

No es de extrañar que ahora tuviéramos tiempo que perder atendiendo rasguños y arañazos que antes habríamos ignorado. Y si la capital real volvía a estar en manos amigas, nuestras penurias podrían llegar a su fin.

"Anna, ¿crees que los rebeldes lanzarán todo lo que tienen contra nosotros?" pregunté.

"Estoy segura de ello", respondió la criada principal mientras preparaba una tetera del té que había traído consigo. "Trasladar decenas de miles de tropas de la capital real a la oriental será una empresa difícil, incluso con la ayuda de ferrocarriles. Sospecho que los rebeldes pretenden hacer una última puja por el Gran Árbol antes de que lleguen nuestros aliados".

"Probablemente", concedí. "Y liderando la carga..."

"Serán las Dos Alas de los Algren, los Grandes Caballeros Haig Hayden y Haag Harclay, a la cabeza de la Orden Violeta y la guardia Algren. El Conde Zani puede unirse a ellos, si sus heridas lo permiten".

"Estaremos en apuros si intentan desbordarnos".

"¡No temas, Joven Maestro Richard! Simplemente lanza unos cuantos Pájaros de Fuego a sus filas y luego arremete contra ellos con tu Espada Escarlata".

"No pidas lo imposible". Cansado de la esbelta doncella principal de pelo castaño, me volví hacia la chica que me vendaba el brazo y pregunté: "Nico, ¿dónde está Jean?".

"Con Mrs. Ellyn", respondió.

"¿Con Ellyn?" Repetí como un loro, perplejo.

Ellyn era la madre de Allen, que se había ganado el apodo de "Cerebro de la Dama de la Espada" por las hazañas que había realizado con mi hermana pequeña Lydia. También era el idiota que había descargado la defensa del Gran Árbol en mi regazo y se había nombrado a sí mismo nuestra retaguardia. Mientras viviera, nunca olvidaría la expresión de Ellyn cuando regresamos e informamos de lo que había hecho. No había creído que alguien pudiera llegar a tales profundidades de desesperación... o de amor. Allen no compartía nada de su sangre, pero daría mi palabra de que era su madre.

"La relación de Jean con su propia madre es bastante tensa, pero está mucho más necesitada de lo que crees", explicó Nico, frunciendo el ceño. "La señora Ellyn atendió amablemente sus heridas, y Jean se ha encariñado con ella desde entonces".

"Oh."

El Cuerpo de Doncellas de Leinster era una estricta meritocracia. Mi casa había suprimido los mayordomos hacía más de una década, después de que el nuestro intentara secuestrar a Lydia. Como resultado, la autoridad de nuestras criadas había crecido a pasos agigantados. En tiempos de guerra, los oficiales del cuerpo tenían precedencia sobre muchos nobles. Y provenían de una mezcla de orígenes: Anna era Yustiniana, como ella misma admitió. Su segunda al mando, Romy, procedía de las islas del sur, y Nico, de la ciudad del agua. Jean era occidental, o eso había oído.

"Joven amo Richard, consideramos al Cuerpo de Doncellas de Leinster como nuestra familia", añadió la doncella principal, sirviendo con gracia una taza de té negro. "Y, con su permiso, sentimos lo mismo hacia su casa".

"¿En serio? Supongo que eso te convierte en mi—"

Una cucharilla guadañó el aire, llevándose algunos mechones de mi flequillo que tuvieron la mala suerte de caer en su camino. "¿Ha dicho algo, señorito Richard?" preguntó Anna alegremente.

Esto requiere la técnica secreta que aprendí en mi juventud.

"No, nada de nada". Me reí, levantando las manos en señal de rendición incondicional.

"El ingenio de su señoría es una lección para todos nosotros", dijo Nico con seriedad, tapando un frasquito de unguento mágico. "Ya está, todo hecho".

Flexioné el brazo derecho. Ni siquiera una punzada.

"Gracias", dije. "Ni siquiera la magia curativa podía tocar ese dolor, y tú lo curaste completamente".

"Me limité a cumplir con mi deber", respondió distante Nico, volviéndose hacia el Gran Árbol. "Llamaré a Jean".

Y solía ser tan encantadora.

Anna se rio mientras me servía el té y comentó: "Ah, la juventud".

"¿Qué pasa con él?"

"Oh, nada. Sólo hablaba solo".

Miré fijamente a la radiante sirvienta mientras levantaba la taza de té y bebía un sorbo. Delicioso.

Una carcajada ahora familiar estalló detrás de mí. "¡Parece que se está divirtiendo, Lord Red! Pero ser tonto no es una virtud".

"Dag", dije, girando en mi silla, "diría que soy tan perceptivo como el que más...".

"¡Whoops!" Anna cogió mi taza de té cuando se me resbaló de la mano.

Detrás de la vieja nutria estaban Bertrand y varios caballeros más veteranos de la guardia real. Alguien parecía haberles prestado los primeros auxilios, pero seguían cubiertos de heridas y sus ropas estaban manchadas con el negro de la sangre seca.

"Bertrand", jadeé, poniéndome en pie. "Todos ustedes."

"Richard", dijo roncamente, "gracias... gracias a Dios que estás a salvo".

Ninguno de los dos pudo pronunciar palabra. Apreté los dientes: pocos de los viejos soldados habían conseguido volver. Aun así, yo era su vicecomandante y tenía mi deber. Chasqueé los talones, saludé y dije, con voz temblorosa: "Señores, de verdad... de verdad les felicito por un deber bien cumplido".

"¡Saluden!" Bertrand ladró, y los aguerridos caballeros me devolvieron el gesto.

"Tengo muchas preguntas", dije, bajando la mano. "Pero primero: ¿Qué pasa con Allen?"

Mi mano derecha era un veterano capitán de compañía. Nunca mostraba debilidad, ni siquiera ante la muerte. Sin embargo, sus hombros temblaban y las lágrimas llenaban los ojos de los demás caballeros curtidos en batalla.

"El Sr. Allen luchó... luchó valientemente", dijo Bertrand. "Estaremos orgullosos de haber estado a su lado hasta el final de nuestros días. Pero... no supimos defenderle. Nos salvó la vida y...." En ese momento, las palabras le fallaron y empezó a sollozar.

¿Allen salvó a Bertrand y a los otros veteranos?

"El antiguo jefe del clan del zorro dijo lo mismo", añadió Dag, masticando su pipa. "Ese imbécil mantuvo la línea hasta el último momento y luego arrojó a los supervivientes al canal. ¿Puede creerlo, Lord Rojo? Sopesó su propia vida no sólo contra la de sus compañeros de armas, sino también contra la de los viejos cascarrabias que no querían saber nada de él, y los eligió sin pensárselo dos veces. Debería haber huido, ¡se había ganado el derecho! Pero... Pero el imbécil fue y....". Las lágrimas rodaron por el rostro de la vieja nutria.

Le puse una mano en el hombro. "Nosotros salvaremos a Allen", dije con firmeza. "¡Y de paso le daremos una buena paliza!".

Dag se secó los ojos y sonrió. "Esa sí que es una idea", dijo. "No estaré contento hasta que le haya dado un buen puñetazo". Dio una calada a su pipa mientras explicaba: "Estaba utilizando las vías de agua subterráneas, explorando a los rebeldes e intentando localizar a nuestros jefes traidores, Nishiki, del clan de los simios, y Yono, del clan de las ratas, cuando localicé a vuestros caballeros. ¿Y a quién crees que encontré con ellos? ¡A la futura esposa de Sui! Ya los he vuelto a juntar, y deberías haberle visto lloriquear. Dice que su hermana perdida la sacó de un calabozo, si puedes creerlo. No pude encontrar a los traidores, pero estoy completamente seguro de que tomaron las vías subterráneas hacia el este".

"¿¿Encontraste a Momiji?!"

Sui dijo que no la ha visto desde el primer día de la insurrección. Y parece que los traidores beastfolk ya están fuera del país.

"¿Qué pasó, Bertrand?" Le pregunté.

"Te pondré al corriente del movimiento", respondió el milagroso superviviente. "Los rebeldes están a punto de lanzar todo lo que tienen contra nosotros. ¡A las defensas!"

Oscuras nubes cubrían el cielo, tapando el sol. Las fuerzas enemigas se concentraban en el extremo opuesto del puente caído. A juzgar por sus estandartes, la Orden Violeta y la guardia de Algren iban en vanguardia.

"Bertrand, sé que has visto a los sanadores, pero ¿de verdad deberías volver al campo de batalla?". le pregunté a mi camarada mayor, que llevaba una armadura ligera prestada por la milicia beastfolk.

"Por supuesto", respondió, acariciándose la barba canosa mientras observaba las filas enemigas. "Los rebeldes estarán desesperados por arrollarnos esta vez. Todos los combatientes capaces deberían estar aquí para enfrentarse a ellos".

Sólo los líderes beastfolk—tanto del clan como de la milicia—conocían nuestras especulaciones sobre la reconquista de la capital real. Si bajábamos la guardia, seríamos aplastados por el mero peso del número.

Más grifos verdes como el mar de los que podía contar volaban alrededor del Gran Árbol, preparados para atacar sin piedad si nuestros enemigos intentaban restaurar el puente y cruzar.

"¿Bestias mágicas cumpliendo una promesa de hace doscientos años?" murmuró Bertrand, mirando al cielo. "Ojalá la gente fuera tan leal".

"Tal vez lo sean", dije. "Si la capital real está de nuevo en manos amigas, entonces las Lebuferas occidentales deben tener..."

"¡Vice Comandante! ¡Movimiento en las filas enemigas! ¡Se acercan!" gritó Valery Lockheart. A pesar de ser la caballero más joven de la guardia, había luchado durante toda esta agitación sin sufrir una sola herida. Últimamente algunos incluso la llamaban "Afortunada".

Caballeros con armaduras violetas de pies a cabeza avanzaban con grandes escudos alzados, mientras los hechiceros usaban magia terrestre para abrirles camino.

"Anna, ¿cómo lees las tácticas enemigas?". pregunté, mirando a la doncella principal, que esperaba con Nico y Jean en la retaguardia de nuestras líneas.

"Un ataque frontal, me atrevería a decir", respondió. "Aun así... hay algo que no me cuadra".

Haig Hayden y Haag Harclay eran generales experimentados; tenían que saber lo expuestas que estarían sus tropas a la magia ofensiva mientras vadeaban el canal. El capitán de la milicia, Rolo, del clan de los leopardos, que había vuelto al frente gracias a las medicinas de Nico, parecía tan perplejo como yo.

"¡Richard! La milicia está lista para cuando nos necesites", gritó Sui, del clan del zorro, corriendo hacia mí.

"¿De verdad deberías estar aquí, Sui?" Le pregunté.

"¿Por qué no? Estoy curado", respondió perplejo el joven vestido con un andrajoso uniforme de artes marciales, que tan recientemente se había reunido con su prometida, Momiji Toretto.

"No me refiero a eso. ¿De verdad deberías haber dejado a Momiji?"

"¡¿Qué?! ¿De qué estás hablando? Yo... yo no...."

"¿Quieres estar con ella?"

"Por supuesto que quiero estar con ella, tú... ¡Ah!"

Su rápida réplica provocó una sonora carcajada entre las filas. El líder de la milicia Toma, del clan de los osos, no cabía en sí de gozo.

Bien. Ahora todo el mundo está bien y relajado.

Le guiñé un ojo a Sui, que respondió con una maldición y un murmurado "Ya te daré una paliza".

Los hechiceros enemigos empezaron a trabajar en serio para restaurar el puente caído. Sería tan fácil atacarlos. Y sin embargo...

Sui movió la nariz y murmuró: "Faltan esos veteranos".

"¿Viejos?" Me hice eco. "Quién te... ¡Maldita sea! ¡Nico! ¡Busca el maná de Zaur Zani!"

"¡Sí, mi señor!" La muchacha de cabellos pálidos se puso inmediatamente en acción. Su falda se agitó mientras movía su bastón en un amplio arco, conjurando una gran bandada de pájaros acuáticos, que lanzó en todas

direcciones. Los que volaban directamente sobre nuestra formación se desvanecieron uno tras otro.

"¡Maldición! ¡Rolo, el asalto frontal es para apoyo y distracción! Su fuerza principal es..."

Tres voces gritaron desde arriba.

"Bien visto".

"¡Pero demasiado tarde!"

"¡A ver qué haces con esto!"

En ese momento, una lluvia de rayos cayó sobre nosotros.

"Madre mía", dijo Anna mientras atravesaba el aluvión con sus cuerdas.

Gruñí al bloquear una estocada de lanza de uno de los tres ancianos que acababan de aparecer. Jean, la número diez del cuerpo de sirvientas, rugió: "¡Parece divertido!" mientras hacía lo mismo.

Saltaron chispas feroces, pero las repelimos tras un breve choque. Los dos viejos caballeros aterrizaron en el extremo roto del Gran Puente, acompañados por un viejo hechicero que llevaba un sombrero de ala ancha y un parche en un ojo y empuñaba una lanza de hechizos desgastada por el tiempo. Eran los famosos Grandes Caballeros de las Alas de Algrens, Haig Hayden y Haag Harclay. El tercer hombre era el conde Zaur Zani, famoso por su profundo conocimiento.

Un momento después, una extraña caja cayó al canal. En lo alto, los grifos que la habían transportado y nuestros tres enemigos giraban frenéticamente, huyendo de sus perseguidores de color verde mar.

Así que cruzaron el canal por el aire mientras un artilugio de Lalannoyan enmascaraba su aproximación.

Hayden y Harclay prepararon sus largas lanzas.

"Lord Leinster y valientes guerreros de los beastfolk."

"Aunque no tenemos nada contra ti, no podemos dar marcha atrás".

El maná de los viejos caballeros se hinchó mientras bramaban al unísono: "¡La victoria será nuestra!".

¿Un ataque suicida de tres hombres?

Levanté la espada y ladré: "¡Caballeros de la guardia real, no dejéis que las tropas enemigas crucen el río! Bertrand, ¡toma el mando! Anna, Jean, ¡nosotros tres nos encargaremos de los viejos! Nico, ¡cúbrenos las espaldas!"

"¡Sí, señor!" rugieron mis caballeros, mientras que las doncellas respondieron: "Será un placer", "¡Déjamelos a mí!" y "Sí, mi señor", respectivamente.

"¡Toma, refuerza nuestra guardia ante el Gran Árbol!" Rolo gritó. "¡Sui, ayuda a la guardia real! ¡Los demás, impedid que más enemigos crucen ese canal! ¡Jefes, mantengan nuestras fortificaciones reparadas!"

La milicia respondió con un cordial "¡De acuerdo!" y los jefes, con un firme "¡Entendido!". La sensación de urgencia aumentaba por momentos.

Tejí un hechizo de fuego en la punta de mi espada. Anna sonrió y extendió los brazos. Jean apoyó una espada de un solo filo en su hombro y enseñó sus caninos puntiagudos. Nico estaba ocupado conjurando una manada de leones de agua.

Entonces, justo cuando la batalla estaba a punto de unirse, un enorme círculo mágico apareció en el cielo sobre el Gran Árbol. Su diseño recordaba mucho a los pétalos de una flor.

Amigos y enemigos por igual miraban hacia arriba, estupefactos ante este increíble espectáculo. Todos menos el Ángel de la Muerte que reía suavemente.

"Oh, qué pena", dijo Anna, lanzando una mirada de lástima a los grandes caballeros y a su acompañante. "Parece que se os ha acabado el tiempo. Pero no os consideréis maltratados, estas cosas pasan a menudo en el campo de batalla".

"Anna", me obligué lentamente a preguntar, con los ojos aún clavados en el cielo, "¿qué demonios es eso?".

La doncella principal apretó las manos y explicó alegremente. "Contemplas la magia que la jefa de los demisprites occidentales, la Sabia de las Flores Chise Glenbysidhe, pasó un siglo ideando para asaltar a la gente demonio: el hechizo estratégico de teletransporte Estrella Fantasmal en Flor. Ahora, observen con atención, damas y caballeros. Este es un espectáculo poco común, ¡y odiaría que se lo perdieran!"

*

Nos sumergimos en el círculo mágico que se cernía sobre la capital real como una flor floreciente. Entonces apareció el Gran Árbol.

"Increíble", murmuré, asombrada.

"¡Nos teletransportamos desde la capital real!" exclamó Ellie, igual de asombrada. Pilotábamos nuestros grifos uno al lado del otro, pero necesitábamos nuestros orbes de comunicación para oírnos.

¿Cómo puede ser real un hechizo así? Parece sacado de un cuento de hadas.

"¡Lynne! ¡Ellie! ¡Stella! ¡Caren! ¡Miren allí!" gritó Tina, señalando hacia el Gran Puente, delante del árbol. Ella había sido la primera en volar hacia el círculo.

Ante nosotros, amigos y enemigos se enfrentaban a través del abismo donde había estado el puente. En el lado del Gran Árbol, tres personas con potente maná se enfrentaban a mi querido hermano Richard, junto con Anna y sus criadas.

Detrás de nosotros, el círculo mágico se desvaneció en una dispersión de pétalos y un parpadeo de luz. Según la jefa Chise, el primer lanzamiento no era más que una prueba para afinar las coordenadas de teletransporte. El segundo sería a mayor escala y requeriría algún tiempo de preparación. Así que, como destacamento de avanzada, ¡tendríamos que ganar tiempo hasta que llegaran mi querida madre, Lily, y el resto de nuestras fuerzas!

"Vamos." gritó Tina, desenganchando la caña que llevaba a la espalda y mirándonos por encima del hombro. "¡Si mi camarada está en lo cierto, Lydia viene hacia aquí!"

La heroína Alice había dicho—una vez despierta—que "la llorona se dirigirá a la capital oriental, destrozando trenes y cualquier otra cosa que encuentre por el camino". Tengo tiempo suficiente para escaparme a tomar un tentempié. Hasta luego".

"¡Sí!" Ellie respondió.

Volviendo al presente, grité: "No necesito que me lo digas... ¡Sobre ti!".

Los grifos verde mar que volaban en círculos batieron las alas y se lanzaron hacia nosotros. Cuando el grifo de Caren avanzó a toda velocidad, sentí que el viento me sacudía.

"¡Luce!" Gritó Caren, desenvainando su daga negra. "¡Soy yo! ¡He vuelto!"

Un grifo blanco en el centro de la bandada lanzó un chillido desgarrador. Pude sentir su alegría. Los grifos que se habían movido para atacarnos se desviaron y volvieron a unirse a la bandada. Entonces, varios centenares de grifos verde mar se lanzaron a la vez contra el ejército de la otra orilla del canal.

Incluso desde esta distancia, podía oír los bramidos y chillidos de los soldados. La magia ofensiva llenaba el aire, levantando ráfagas feroces. Un hombre montado en el centro de la fuerza rebelde—su general, supuse—agitaba locamente su alabarda.

"¡Ahora, a la carga!" gritó Lady Stella con valentía mientras su grifo se abalanzaba sobre el nuestro. Caren la siguió, y ambas saltaron sin esperar a aterrizar. Sus grifos, ahora sin jinete, volaron hacia el Gran Árbol.

Lady Stella sacó su varita y su estoque en el aire y lanzó un hechizo de levitación justo antes de tocar el suelo. Ella y Caren se posaron suavemente justo entre las líneas aliadas y enemigas.

“W-We
teleported
from the royal
capital!”



Ellie

“Now, charge!”



Stella

“Look there!”



Tina

“Luce! It’s me!
I came back!”

Caren



“Incredible...”



Lynne

"Oh, Stella..." Tina murmuró con un grito de admiración.

"La Sra. Caren es muy simpática", añadió Ellie. Ambas tenían brillo en los ojos.

¿Incluso domina la levitación? pensé, disgustado, e indiqué a mi grifo que descendiera.

Tina y Ellie cayeron detrás de mí, gritando: "¡Hey! ¡Lynne!" y "¡P-Por favor, espéranos!".

"¡Querido hermano Richard!" Le llamé. "¡Anna! ¡Todos!"

Gritos asombrados de "¡Lynne!" "¡Lady Lynne!" y "¡Mi señora!" nos saludaron al aterrizar nuestros grifos ante las líneas aliadas. Desenvainé la espada de mi querida hermana.

De las fuerzas enemigas, sólo dos caballeros y un hechicero habían cruzado ya el río. Sin embargo, no cabía duda de que eran guerreros experimentados, imperturbables incluso cuando la principal fuerza rebelde entró en pánico tras ellos.

"Esos dos son grandes caballeros, Haig Hayden y Haag Harclay", nos informó Caren, entrando en Apoteosis Relámpago. "El viejo hechicero detrás de ellos es Zaur Zani. Todos ellos son temibles oponentes, así que no bajéis la guardia".

"En primer lugar, permítanme que me presente", dijo Lady Stella, atrevida, mirando a los ancianos condes a los ojos. Los copos de nieve de color azul pálido comenzaron a danzar a su alrededor, mezclándose con los últimos pétalos de las flores de la Jefa Chise en un espectáculo encantador. "Soy la hija mayor del duque Howard, Stella Howard. Harclay, Hayden, no creo que nos hayamos visto desde aquel baile de palacio de hace tres años. Y supongo que su acompañante es el Conde Zani, reconocido como el mejor erudito del este de nuestro reino. En resumen: ríndete. Ya no tienes ninguna esperanza de victoria".

Me pareció segura de sí misma, imponente, casi sublime. Y estaba seguro de que debía agradecerse a mi querido hermano.

"Vaya, cómo ha crecido Lady Stella", arrulló Anna, deslizándose sigilosamente delante de mí. "¿Podrían mantenerse detrás de mí, mis damas?"

Era una orden formulada como una petición. Bajé la mirada y murmuré débilmente: "Ana, mi querida hermana... mi querida hermana ha...".

"Lady Lynne, Lady Lydia ya no está sola. Os tiene a vosotras, jovencitas, y al señor Allen", declaró Anna muy enfáticamente, con la mirada siempre fija al frente, y extendiendo los brazos de par en par. "Entonces, ¿qué les parece si hacemos esto rápido?"

Hayden y Harclay prepararon sus lanzas.

"Fallamos en anticipar la magia estratégica de teletransportación".

"Aun así, todavía no estamos vencidos".

Ambos grandes caballeros barrieron sus lanzas hacia los lados, conjurando tempestuosos torbellinos.

¡¿Diez lanzamientos del hechizo avanzado Tornado de Tormenta Imperial?!

"¡Estamos firmes en nuestra determinación!" rugió Zani, desplegando un verdadero arsenal de lanzas y hachas relámpago en su lanza-hechizo. "¡Y arrasaremos con todos los que se interpongan en nuestro camino!".

Anna dio otro paso adelante.

Tina y Ellie gritaron "¡Stella!" y "¡Señora Caren!" casi al mismo tiempo.

"¡Déjanos ayudarte!" Grité con ellos.

Pero Lady Stella esbozó una sonrisa intrépida y dijo: "Déjanos esto a nosotros".

"¡Anna! ¡Cuida de las niñas!" Caren llamó, igualmente impávida, y echó a correr. Nunca parecía dejar de ganar velocidad.

Los ancianos grandes caballeros tenían un aspecto sombrío mientras bajaban sus lanzas.

"Así que eliges luchar".

"¡Pero no daremos cuartel!"

Los diez tornados se lanzaron hacia delante para asaltar a nuestros superiores. Pero Lady Stella, que no se había movido ni un paso, blandió su varita y su estoque y conjuró dos pájaros con alas de hielo en el aire ante ella: ¡el hechizo supremo Halcones Escarchados! Disiparon

rápidamente los torbellinos en medio de una confusión de copos de nieve, congelando el puente bajo ellos mientras volaban.

"¿Un hechizo supremo desconocido?!" exclamó Zani con asombro, incluso mientras desataba su propia magia. Un aluvión de lanzas y hachas fulminó a los halcones mientras los grandes caballeros levantaban barreras e intentaban detener su avance.

"¡Notable!"

"¡Magnífico, pero aún no estamos vencidos!"

Caren lanzó su daga hacia el cielo. "¡Stella no es la única a la que se enfrentaran!", gritó, pasando a toda velocidad por delante de los grandes caballeros con una crepitante lanza en forma de cruz en las manos y un manto de relámpagos en forma de cabeza de lobo.

Atacó a Zani con una serie de estocadas asombrosamente rápidas. El anciano hechicero soltó un gruñido de sorpresa, pero rechazó los golpes con su lanza de hechizos y rodó por el suelo para ganar distancia, haciendo caer su sombrero al canal. Era increíblemente ágil para su edad.

Los grandes caballeros bramaron con esfuerzo, concentrando todas sus fuerzas en sus defensas mágicas. Los Halcones Escarcha se desintegraron en una repentina ventisca.

"¿Te lo puedes creer?" Jadeé con admiración. "Cierto, tenían apoyo, pero aun así detuvieron un hechizo supremo".

"¡Entonces seguiremos disparando hasta que caigan!" Tina chasqueó, levantando su vara. "¡Ellie!"

"¡Sí!" Ellie respondió, comenzando a tejer sus propios hechizos.

Delante de nosotros, Lady Stella blandió su varita y su estoque, y sus Halcones Escarcha se rematerializaron. Mientras tanto, Caren lanzaba feroces rayos violetas y empuñaba una lanza de rayos aún mayor. El grifo blanco verde marino volaba directamente sobre ellos.

Oí pasos, y entonces mi querido hermano Richard se puso al lado de Anna. "Hayden, Harclay, Zani", dijo apenado, "es inútil. Bajad las armas y os garantizaré vuestra seguridad. Pero decidme sólo una cosa: ¿Por qué? ¿Por qué el viejo Duque Guido Algren permitió esta farsa de rebelión?"

Los tres ancianos guardaron un lúgubre silencio. En la orilla opuesta, sus fuerzas seguían defendiéndose desesperadamente del asalto de los grifos, maltratados, pero evidentemente decididos a resistir.

Haig Hayden pasó a empuñar su lanza con las dos manos. "Lord Richard", dijo, "de verdad... de verdad apreciamos su oferta".

Haag Harclay levantó su arma larga en posición elevada. "Sin embargo, el duque Guido Algren es nuestro maestro".

Zaur Zani blandió su lanza de hechizos. "Y aunque no olvidaremos vuestra generosidad, nos atenderemos a lo que nos enseñaron".

Los ojos de los tres ancianos brillaron con espíritu guerrero mientras rugían al unísono: "¡Un caballero es un defensor de la voluntad de su señor! ¡Y nosotros somos caballeros del Duque Guido!"

Su maná desbordante me producía un cosquilleo en la piel. ¿Por qué unos luchadores tan consumados se pondrían del lado de los rebeldes?

Mi querido hermano Richard entrecerró los ojos y agarró la empuñadura de su espada. Entonces, sin previo aviso, Anna movió la mano izquierda en un amplio arco. Sus cuerdas invisibles cortaron el borde del Gran Puente, esparciendo fragmentos de hielo.

"Simplemente no soporto el voyeurismo", declaró fríamente la jefa de las doncellas.

"¿Oh? Me sorprende que te hayas dado cuenta". El espacio se distorsionó y apareció un hombre. Vestía una túnica gris con capucha y portaba un bastón y un puñado de talismanes, igual que Racom y Rolog, los inquisidores eclesiásticos a los que nos habíamos enfrentado en Avasiek.

Caren y Lady Stella pusieron mala cara.

Nuestros ancianos oponentes fruncieron el ceño y se dirigieron al intruso.

"Te conozco".

"Sirves a Lord Gregory."

"¡Lev! ¡¿Qué significa esto?!"

"¿Seguro que estabas informado? Estoy aquí para reforzarte... y para realizar algunos experimentos. Después de todo..." Lev miró desconcertado a Lady Stella. "Parece que Lady Howard domina una nueva forma de magia suprema. Fascinante".

La rabia se apoderó de los rayos de Caren. "¿Adónde... adónde os habéis llevado a mi hermano?", exigió, lanzándose hacia delante en una carga salvaje.

Lev lanzó un talismán. Se oyó un estruendo metálico y un crujido de electricidad, mientras un maná siniestro se esparcía a nuestro alrededor. Una espada larga había surgido de un círculo de invocación frente a Lev, bloqueando el golpe de Caren. Lo siguiente que supe fue que había aparecido todo un caballero, completamente armado y blindado con un sable largo, un gran escudo, una placa pesada y un yelmo a través del cual sólo se veía el ojo del guerrero.

"¡Yo... conozco ese ojo!" Caren gritó. "Es igual que el de Gaucher cuando..."

Lanzó un grito cuando el caballero la arrojó hacia atrás. Lady Stella y Anna la cogieron, gritando "¡Caren!" y "¡Señorita Caren!" respectivamente.

Entonces las flores heladas pasaron volando a mi lado en ráfagas turbulentas. Mis amigos habían terminado su hechizo.

"¡Todo el mundo, por favor, atrás!" Ellie gritó.

"¡Probemos!" gritó Tina, y el hechizo supremo Lobo de Ventisca lanzó un aullido desde el interior de la tormenta de hielo que lo envolvía.

¿El hechizo compuesto que lanzaron durante nuestro duelo simulado con Lady Stella?!

El lobo de hielo se lanzó en una furiosa carga hacia el hombre misterioso y su caballero. Al mismo tiempo, los viejos condes tomaron medidas evasivas, murmurando: "¿Puede ser?". "¡Más magia suprema!" y "¿Son estos los frutos de su instrucción?".

El caballero se mantuvo firme, y su único ojo visible brillaba con un extraño color rojo. ¿Por qué no esquivó?

Un instante después, ¡el Lobo de la Ventisca le golpeó de frente! Se desencadenó una tormenta de nieve que congeló el gran escudo que levantó para detenerlo. Pude ver cómo los efectos del choque transformaban el ancho canal de abajo en un río de hielo, y el aire se llenó de niebla fría.

"Tina, ¿le pegaste?" llamé, manteniendo la mirada en su mano derecha mientras avanzaba. La marca de la Grulla Frígida brillaba en el dorso de la

mano y una fórmula de hechizo se veía a través de la cinta azulada de su muñeca.

"¡Definitivamente!", respondió ella. "Pero se siente un poco asqueroso".

Miré a Ellie. Ella tampoco se había relajado. Y tampoco lo habían hecho Lady Stella, Caren, Anna o mi querido hermano Richard. Los inquisidores a los que nos habíamos enfrentado en Avasiek habían sido monstruosos. Era difícil creer que un solo golpe, incluso de un hechizo supremo, pudiera—.

Un aluvión de enormes agujas umbrales irrumpió a través de la niebla helada, ¡dirigiéndose directamente hacia nosotros! ¡¿Qué era este ataque?!

"¡Permíteme!" dijo Anna. Con un movimiento de la mano izquierda, un destello de luz recorrió toda la zona, atravesó todas las agujas y levantó la niebla.

El caballero estaba congelado, pero seguía en pie. Su casco se hizo añicos y lo que había debajo nos dejó atónitos. La mayor parte de la cabeza del caballero estaba cubierta por una retorcida fórmula de hechizo. Pude ver cómo los ancianos guerreros miraban con dureza a Lev, pero el inquisidor se limitó a carcajearse de placer.

"Espléndido, espléndido", dijo. "Estoy impresionado de que hayas conseguido contrarrestar mi nuevo hechizo tan eficazmente".

"Sir Gaucher de los Caballeros del Espíritu Santo utilizó ese hechizo después de convertirse en monstruo", dijo con dureza mi querido hermano Richard. "Lev, creo que se llamaba. ¿Qué le has hecho a ese caballero? Y a menos que me equivoque, esas agujas negras tampoco proceden de magia ordinaria".

Lady Stella murmuró: "Es como la falsa Resurrección incrustada en esos soldados hechizados".

"Esto es un experimento", respondió el hombre, extendiendo los brazos. "Tengo más ejemplares de los que sé qué hacer con ellos: los antiguos caballeros de tu reino".

Nos quedamos helados, conmocionados por esta revelación imprevista.

Tina fulminó a Lev con la mirada mientras tejía un segundo Lobo de Ventisca en su vara. "Te refieres a los hombres del Caballero Negro que

desaparecieron tras el ataque de Gerard, ¿no?", exigió. "¡Les implantaste la Resurrección en contra de su voluntad! Y también te hiciste algo antinatural a ti mismo".

"Precisamente", admitió Lev, mirando a Tina con interés. "Les otorgué un gran poder. Alabada sea Su Santidad. Creo que ya basta de cháchara. Tengo asuntos que tratar en el Gran Árbol. ¡¿Serían tan amables de abrirme paso?!"

Sacó una docena o más de talismanes y los lanzó. Una tropa de caballeros emergió de los círculos de invocación y formó una línea de batalla.

"¿Un ejército de caballeros armados con Resurrección?" Caren gimió. "Esto no será fácil."

"Pero no podemos permitirnos retroceder", dijo Lady Stella con firmeza. "Vamos a hacer entrar en razón a Lydia y rescatar al señor Allen. Y mientras estemos juntas, esto no será un problema para nosotras. ¿No es así, Caren, Tina, Ellie, Lynne?"

No pude evitar mirarla con admiración. Tina y Ellie parecían igualmente prendadas, sonrojándose ligeramente mientras murmuraban: "Es tan mayor" y "Y tan guapa".

Lev se rio burlonamente. "Es usted toda una comediente, Lady Howard. Admito que su magia suprema es poderosa, pero ¿de verdad cree que puede vencer a tantos soldados hechiceros?".

"No por nuestra cuenta", admitió de buena gana Lady Stella, sacudiendo la cabeza con una mirada traviesa que me recordó a mi querido hermano. "Pero contamos con aliados de confianza".

Lev parecía desconcertado. "¿Qué quieres...?"

Luego levantó la vista.

Detrás de nosotros, nuestros aliados empezaron a murmurar.

"M-Mira."

"¿Cómo hay tantos?"

"Son preciosas".

Un campo de flores titilantes colgaba del cielo. Había docenas de ellas, y también flotaban sobre el ejército rebelde de la orilla opuesta. A continuación, grifos y wyverns atravesaron los círculos mágicos. Elfos,

humanos y dragonfolk sujetaban sus riendas, y de sus lomos se apearon más luchadores. ¡Había llegado la segunda oleada!

Por encima de nosotros, dos mujeres gritaron: "¡Bienvenidos!" y "¡Gracias por esperar!", mientras saltaban de sus grifos. Una era una elfa con un precioso y brillante pelo verde jade. La otra, una doncella con trenzas escarlata ondeando tras ella. Eran la duquesa Emerita Leticia Lebufera y Lily. La pareja—que había hecho buenas migas en la capital real—lanzó hechizos de levitación justo antes de tocar el suelo y aterrizó suavemente.

"¡Oh Lily!"

"¡Ya lo tienes!"

Su lanza y sus espadas gemelas atravesaron a varios soldados hechiceros sin piedad. Ni siquiera dieron a los antiguos caballeros la oportunidad de contraatacar.

"Cosas frágiles", comentó la duquesa Leticia. "Y sobre todo..."

"¡Me dan pena!" Lily intervino.

Siguieron con el hechizo avanzado Tornado de Tormenta Imperial y el hechizo supremo Pájaro de Fuego. El mensajero aviario de la perdición envolvió a los soldados hechizados con un poder aún mayor que el habitual, obligándolos a palpar intensamente con la luz de la Resurrección.

Lev chasqueó la lengua irritado y apretó un puño, lanzando otra andanada de agujas negras.

"¡No tan rápido!" gritó Tina, corriendo de repente hacia delante. Ellie y yo estábamos a su lado, gritando: "¡Bien!" y "¡No te olvides de mí!". Nuestra triple barrera de hielo, viento y fuego anuló por completo el ataque.

Los soldados hechiceros restantes se habían reorganizado.

"¿¿Quién eres?!" Lev gritó desde detrás de su línea.

"Qué fórmulas tan azarosas y tan desagradablemente construidas", opinó la ex duquesa. "Me atrevo a decir que la Iglesia del Espíritu Santo tiene algo que ver en esto. Oh Lily, quémalos a todos hasta las cenizas. No paran de parlotear sobre la recuperación de la tierra santa y el advenimiento del Espíritu Santo, como si todo nuestro mundo pudiera explicarse en esos términos. ¡Cuánto más simple sería mi vida si pudiera!"

Los mordaces comentarios de la duquesa Leticia pusieron un tenso rictus en el rostro del encapuchado. La doncella, sin embargo, se rió y dijo cadenciosamente: "¡Me metería en problemas si hiciera eso! Quiero decir..."

"A mí también me gustaría tener ese placer, Letty", dijo una nueva voz, justo cuando un enorme pájaro de fuego escarlata se abalanzó sobre Lev. Los soldados de hechizos levantaron rápidamente sus enormes escudos, desplegando barreras resistentes al fuego y otras defensas mágicas, pero fue en vano. El hechizo supremo los atravesó como si fueran de papel, reduciéndolos a cenizas uno tras otro.

"¡Todos, aléjense!" Lady Stella gritó alarmada.

"¡Y levantar barreras resistentes al fuego!" añadió Caren.

"Señoras, por favor, retrocedan", nos indicó Anna alegremente. Obedecimos de inmediato.

"¿Y yo qué?", preguntó mi querido hermano Richard mientras lanzaba varias docenas de barreras resistentes al fuego.

"Eres lo bastante fuerte como para valerte por ti misma", replicó Lily alegremente mientras hacía lo propio.

Por fin, todos los soldados hechiceros fueron completamente incinerados, y la espantosa ave llameante fijó su vista en Lev.

"Esto no puede ser..."

Antes de que pudiera terminar su grito de incredulidad, ¡el Pájaro de Fuego explotó! Unas llamas inimaginables se tragaron al inquisidor, sacudiendo el aire de toda la ciudad y derritiendo el hielo del gran canal. Miré detrás de mí y vi a la guardia real y a los beastfolk agazapados frenéticamente.

Delante de mí se apeó una mujer. Vestía uniforme militar escarlata y gorra, y llevaba una espada en la mano derecha.

"¡Querida madre!" Grité.

"Veo que llego elegantemente tarde", respondió. "¿Están todos a salvo, espero?"

*

Mi querida madre, la duquesa Lisa Leinster, y la duquesa emérita Leticia Lebufera, el Vendaval Esmeralda, tomaron posiciones delante de nosotros, con sus penetrantes miradas clavadas en el rugiente infierno.

"Escapó", dijo mi querida madre. "Debe haber preparado un hechizo de teletransportación para emergencias".

"Es rápido en la retirada", convino la duquesa Leticia. "Debo elogiarlo por eso, aunque más no sea. Bueno, no importa, por ahora".

Más adelante, pude ver a los grandes caballeros y a su compañero hechicero manteniendo desesperadamente sus defensas mágicas contra el furioso fuego infernal. Mientras tanto, en la orilla opuesta, nuestros repentinos refuerzos estaban sometiendo a las filas enemigas a una feroz embestida. Su antiguo estandarte de batalla, ondeando en la brisa, llevaba una estrella fugaz.

"Madre mía", comentó Anna, ocultando la boca con una mano. "Es la Brigada de la Estrella Fugaz. El jefe de batalla, el jefe Egon Io, lidera la carga. Y el capitán de la infantería pesada enana con la impresionante hacha de combate es el jefe Leyg Vaubel, el 'Asesino de demonios'".

¡¿La Brigada de la Estrella Fugaz, héroes de la Guerra del Señor Oscuro?!

La legendaria fuerza de combate, una vez aclamada como la más fuerte del continente, se había disuelto tras la muerte de su líder, "Estrella Fugaz" Allen. Sin embargo, aquí estaba, acribillando a nuestros enemigos.

Un círculo mágico floral especialmente grande lanzó una hilera de enormes objetos a la refriega. Las tropas enemigas, que se habían aferrado a una cierta apariencia de orden, rompieron filas y entraron en pánico cuando las rocas se estrellaron contra los restos del puente, levantando nubes de polvo. Un anciano gigante, canoso y barbudo, con armadura completa, los siguió a través del círculo mágico, con otra roca colgada del hombro izquierdo.

"¿Dormur Gang, el 'Rompe Montañas'?" murmuró mi querido hermano Richard. "¿Han vuelto todos los viejos soldados al frente?"

Tina, Ellie y yo nos dimos la mano y saltamos de alegría, vitoreando.

"¡Oh, wow!"

"¡Increíble!"

"¡Son tantos!"

Mi querida madre desenvainó de nuevo su espada y soltó un rápido tajo hacia delante, dispersando el infierno y dejando al descubierto a los ancianos condes. Zani parecía herido.

"Ahora", dijo con frialdad, "¿les importaría explicarse?".

Sentí que la piel me chisporroteaba mientras los penachos ardientes llenaban el aire. Estaba furiosa.

"¡Oh Lisa, deja algo para mí!" intervino la duquesa Leticia, haciendo girar su lanza con una sonrisa intrépida. "Tengo una historia con estos cachorros".



Hayden y Harclay habían salido ilesos de las llamas de mi querida madre. Sus ojos se entrecerraron.

"Duquesa Leticia".

"Te recordamos con cariño".

"Oh Haag, Haig, ¿y es ese pequeño Zaur el que veo allí? ¿No habrás olvidado las lecciones que os di a ti y a Guido?", preguntó con tristeza la antigua duquesa. El viento giró en simpatía con su mana.

Los ancianos grandes caballeros no respondieron. En su lugar, Hayden dijo en voz baja: "Ha llegado nuestro momento. ¿Vamos, Haag?"

"Por supuesto que sí", respondió Harclay.

Zani se levantó, apoyándose en su bastón. "Haag, Hayden, ¡os apoyaré hasta el amargo final!", declaró, con sus facciones marcadas por una sombría determinación. Sin embargo, el alcance de sus heridas era evidente. No estaba en condiciones de enfrentarse a mi querida madre.

Hayden y Harclay negaron con la cabeza.

"No."

"Atrás."

"¡Me niego!" insistió Zani, aunque se tambaleaba sobre sus pies. "Aquel lejano día en la capital occidental, juré morir con el duque Guido y contigo. No permitiré que me descartes ahora".

Hayden y Harclay agarraron a su viejo amigo por el cuello. Con un gruñido de esfuerzo y un despliegue de fuerza muscular asombroso, lo arrojaron en medio de la guardia de la Orden Violeta y Algren, que seguían luchando por mantener la línea en la orilla opuesta. Luego, utilizando la magia del viento para amplificarlo, bramaron:

"¡Huguemont! ¡Sandra! ¡Retírense! ¡Cumpliremos nuestro último deber!"

"¡De ahora en adelante, Slavarin comandará la Orden Violeta! ¡Te prohíbo morir en vano! Zaur, aprecio tu espíritu, ¡pero no cuestiones las órdenes de tus mayores!"

Zani negaba furiosamente con la cabeza mientras los jóvenes caballeros y hechiceros lo levantaban. Los caballeros de la Orden Violeta, que habían

luchado incluso cuando la batalla se volvió contra ellos, dieron la señal de retirada.

No me digas que estos viejos planean...

"Bien", dijo Hayden, su rostro se volvió pacífico. "Ya es suficiente".

"Les dejamos el resto a ustedes", añadió Harclay. Luego, con una voz que atravesó el Gran Puente, rugió: **"¡Leales oficiales, caballeros y soldados del este!"**.

Amigos y enemigos por igual se congelaron cuando Hayden retomó el grito. **"¡Hemos perdido esta guerra! ¡Sin embargo, la Casa Ducal de Algren y sus vasallos son la espada y el escudo del este! ¡La próxima batalla del reino les espera!"**.

"¡Este no es el campo de batalla en el que debes morir! ¡Defiendan un reino renovado en una nueva era! ¡Que toda la culpa de esta estúpida guerra caiga sobre nuestras viejas cabezas!"

"¡No confundas lo que debes proteger! ¡Y nunca, nunca, vuelvas a olvidarlo!"

"¡Ni pedimos perdón ni nos disculpamos!"

Hayden y Harclay bramaron mientras blandían sus lanzas, conjurando docenas de tornados para bloquear el hueco entre los extremos del puente caído.

"¿Qué?!" Tina gritó asombrada.

"A-Asombroso..." Murmuró Ellie.

"¿Cómo pueden lanzar tantos hechizos avanzados a la vez?". Me pregunté.

¡Este es el poder de las Alas de Algrens!

Lady Stella y Caren nos lanzaron miradas de advertencia. Su mensaje era claro: "¡No se descuiden!".

Nos apresuramos a volver nuestra atención a los grandes caballeros, que hicieron una profunda reverencia.

"Pedimos disculpas por el retraso".

"Y me siento verdaderamente agradecido por su paciencia".

"Hayden, Harclay", dijo mi querida madre morosamente.

"Oh cachorros, ¿puede Guido haber olvidado todo lo que aprendió de mí?" preguntó la duquesa Leticia con una mirada sombría. Una repentina y salvaje ráfaga sacudió no sólo las fortificaciones, sino las ramas del propio Gran Árbol. Su maná era increíble.

Los grandes caballeros levantaron la cabeza y respondieron:

"Asumimos toda la responsabilidad de este desastre".

"Estábamos descontentos con la política de la familia real".

"Mientes", pronunció mi querida madre.

"¿Esperas que nos creamos esas tonterías después de todo lo que ha pasado?", preguntó la duquesa Leticia.

Nos pusimos tensos, al igual que la guardia real y la milicia. Entonces los viejos caballeros rompieron a sonreír.

"Lo recuerdo como si fuera ayer, duquesa Letty", dijo Hayden, mirando nostálgicamente a lo lejos. "Éramos todos tan jóvenes cuando el antiguo duque y nuestros padres nos llevaron, junto con el duque Guido, a aprender lo que significa ser un caballero y a escuchar de tus labios el relato de la última batalla de Estrella Fugaz".

"De no ser por aquellos días y por sus enseñanzas", continuó Harclay en la misma línea, "hace tiempo que habríamos dejado nuestros cadáveres en algún campo de batalla. El duque Guido siempre lo decía".

"Sus ojos son tan claros", murmuró Tina para sí misma. "Pero parecen tristes".

Hayden y Harclay miraron al cielo y cerraron los ojos.

"Qué tontos hemos sido, arrastrando a los jóvenes a esta guerra absurda, a morir por nada e incluso... a matar a los beastfolk que deberían haber defendido".

"Hemos caído de la caballería y merecemos ser juzgados como criminales. Sin embargo, aunque el duque Guido fue envenenado y encarcelado en su lecho de enfermo, ¡su preocupación siempre fue el futuro del reino! Mi vida no tiene importancia", nos reprochó cuando intentamos salvarle. Esta insurrección ya no puede detenerse, la enfermedad es demasiado profunda. He tardado demasiado en buscar ayuda. Pero aunque el nombre

de Algren sea arrastrado por el fango y nuestra línea fracase, debemos defender a nuestro rey, a nuestro país y a su pueblo de las malvadas garras de la iglesia".

Un silencio de estupefacción acogió esta revelación.

Yo... ¡No puedo creerlo! ¿El viejo duque Guido Algren ordenó a sus grandes caballeros y a Zani unirse a la rebelión?

"¿Quieres decir que utilizó a la propia Casa Ducal de Algren como cebo para los nobles y otras fuerzas aliadas con la Iglesia del Espíritu Santo?", preguntó Lady Stella. "¿Y alistó a sus Alas para dar credibilidad militar a la rebelión?".

El sacrificio que supuso nos dejó sin aliento.

"Por mucho que me avergüence admitirlo", respondió Hayden apenado, esforzándose por sacar las palabras, "no conseguimos transmitir sus enseñanzas a la siguiente generación".

"No podemos ofrecer excusas a los caídos ni a los beastfolk", continuó Harclay en el mismo tono desolado. "¡Pero aun así!"

"Nosotros... ¡Queremos que sepas esto, al menos!"

"Esta es nuestra propia decisión. El duque Guido nos prohibió terminantemente hablar de ello".

Los grandes caballeros lloraron al hacer su sentido llamamiento a mi querida madre y a la duquesa Leticia.

"Nuestro único señor, Su Alteza, el duque Guido Algren, es un vasallo leal tanto al reino como a la corona. ¡Nunca se rebelaría!"

"No tenemos derecho a pedir esto a Sus Altezas, pero por favor, por favor... por favor, cuando todo esto termine, informen a Sus Altezas, a los tres duques y—aunque dudo en sugerirlo—también a Su Majestad".

Juntos, concluyeron: "¡Te lo suplicamos, concédenos esto a cambio de nuestras viejas cabezas!".

Se hizo el silencio en el Gran Puente.

Podría... Podría ser esto realmente...

Al final, mi querida madre dijo: "Muy bien".

"Entiendo", añadió la duquesa Leticia. "Tienes mi palabra".

Hayden y Harclay sonrieron con serenidad, como si ya no tuvieran nada que hacer.

"Oh, gracias. Ahora, por fin, el peso ha caído de mis hombros".

"¡En agradecimiento, permítanos mostrarle el orgullo de los caballeros de Algren!"

Todos nos sobresaltamos ante la intensidad de su espíritu de lucha.

La duquesa Leticia negó con la cabeza. "¿No han hecho bastante, cachorros? No sean obstinados".

"Lo sabemos", dijo Hayden.

"No tenemos ninguna posibilidad de ganar", añadió Harclay.

"¿Entonces por qué?", preguntó la ex duquesa.

Ambos viejos caballeros sonrieron complacidos.

"¡Nos limitamos a seguir órdenes!"

"¡Y esas órdenes incluyen nuestra derrota!"

El amable héroe de guerra dudó. "Aun así..."

Mi querida madre, Anna, Lady Stella y Caren eran igualmente reacias, al igual que nosotros.

"¡Un caballero defiende a su señor hasta las últimas consecuencias, incluso dando su vida si las circunstancias lo exigen! ¡Y un caballero no reconoce a ningún señor indigno de tal lealtad!" Hayden recitó a todo pulmón.

"¡Nos lo dijiste de niños con el duque Guido!" gritó Harclay. "¡Y la lección aún está fresca en nuestras viejas mentes! No necesitas detener tu mano por nuestra culpa".

La duquesa Leticia parpadeó con sus hermosos ojos verdes y levantó la lanza. "Bien dicho", dijo, y lo dijo en serio. "Leticia Lebufera se enorgullece de que los cachorros que una vez dormitaron en su regazo hayan alcanzado la verdadera caballería. Muéstrame cómo luchan los caballeros del este".

"¡Sí, señora!"

"Hayden, dime sólo una cosa", intervino mi querida madre, extendiendo su espada. Cuatro pájaros de fuego se materializaron en rápida sucesión.

"¿Qué desea saber?", respondió el gran caballero.

"¿Dónde está Allen? He oído que se lo llevaron al Mar de los Cuatro Héroes".

¡Mi querido hermano!

Tragué saliva y mi corazón latió más deprisa.

"Creo que Gregory Algren conoce su paradero".

La suave respuesta de Hayden quedó flotando en el aire durante un momento. Por fin, mi querida madre dijo: "Ya veo. Gracias".

Gregory Algren es el tercer hijo del duque. No recuerdo su cara, pero aun así... Me encontré con las miradas de Tina y Ellie, y asentimos entre nosotras. ¡Debemos capturar a ese hombre!

La duquesa Leticia hizo girar su lanza y se detuvo bruscamente. "Sabía que preguntarías por Allen", dijo. "¡He empezado a tener ganas de conocerle!".

Violentas ráfagas esmeralda soplaron, y luego se transformaron, remodelándose en cuatro del hechizo supremo Dragón Vendaval. La punta de la lanza de la duquesa Leticia se tornó de un verde intenso, y una abrumadora ráfaga de viento esmeralda se reunió en torno a su cuerpo.

Los grandes caballeros se prepararon para cargar y gritaron sus nombres.

"¡Soy Haig Hayden, vasallo de Su Alteza, el Duque Guido Algren!"

"¡Y yo, Haag Harclay, también juré servir a ese mismo duque!"

Al unísono, gritaron: "¡Veremos cumplido nuestro deber!".

"Soy Lisa Leinster", respondió mi querida madre.

"Leticia Lebufera", dijo la ex duquesa.

Entonces, como una sola, cuatro voces gritaron: "¡A por ellos!".

Ante nuestros ojos, las Dos Alas de los Algren hicieron uso de todo el maná que poseían y lanzaron su carga final contra la Dama Manchada de Sangre y el Vendaval Esmeralda. Lo único que podía hacer era mirar, apretando con fuerza las manos de Tina y Ellie.

*

"¡Imposible!" bramé, espoleando locamente a mi caballo. "¡Absurdo! ¡Esto no puede estar pasando!"

"¡Grant Algren ha huido!", gritó una voz desde el orbe de comunicación de mi montura.

"¡Tras él!", espetó otro. "¡No le dejen escapar!"

Ni un solo noble o caballero cabalgaba a mi lado; los asaltos de la infantería élfica y los ataques aéreos de wyverns y grifos los habían dispersado a todos. Las últimas órdenes de Hayden y Harclay también habían asestado un duro golpe a nuestra moral. Unidades enteras parecían rendirse en masa.

"¡Malditos sean!" Grité, temblando de rabia. "¡Malditos sean! ¡Malditos y malditos sean todos!"

¿Cómo pudieron esos viejos pomposos hacer semejante vergüenza?!

La torre del reloj de la Estación Central hacía sonar la alarma con constantes campanadas. Ya me había alejado de los distritos de los beastfolk para adentrarme en un barrio residencial humano, pero aun así cabalgaba solo. Ni un alma movió un dedo para ayudarme, ¡el gran Duque Algren! Todos estaban demasiado ocupados cargando carros con suministros de socorro "para la gente del Gran Árbol".

"¡Aquí el Duque Grant Algren!" Ladré en mi orbe de comunicación. "¡Todavía no estamos vencidos! ¡Todas las fuerzas reúnanse en la casa Algren! ¡Enviaremos a estos insolentes invasores!"

¿La respuesta? El silencio.

¡Maldición! ¡Maldición y a volar!

Agarré con fuerza a Violeta Profunda, atormentándome con una retahíla de preguntas que no podía responder.

"¿Qué demonios ha pasado aquí?" Pregunté débilmente.

Había cabalgado duro hasta la finca de los Algren, sin detenerme a descansar mi corcel. Mi viaje me había llevado a través de muros derruidos, y ahora que estaba ante la entrada, descubrí que la propia casa también

había sufrido daños. Levanté la vista y vi a los wyverns volando: ¡la caballería dragonfolk!

Abandoné a mi caballo agotado y entré corriendo con Deep Violet y mi orbe de comunicación. "¿Hay alguien aquí?! ¡Soy yo, Grant Algren!"

No hubo respuesta. ¿Todos se habían vuelto locos y huido sin siquiera pelear?!

"¡Gregory! ¿Dónde estás?! ¡Muéstrate!"

De nuevo, silencio. ¿Incluso él había abandonado su puesto?!

Apreté los dientes y, con un rugido salvaje, estrellé Violeta Profunda contra una pared. En manos de mi insensato padre, un solo golpe de la alabarda encantada había abatido a decenas de bandidos con una ráfaga de relámpagos. En las mías, simplemente dejó un tajo en la decoración. La rabia me nubló la vista.

¡Yo... yo soy el Duque Algren! Aquí no puede ser donde yo—

Entonces, se me ocurrió algo. Tiré de Violeta Profunda y subí las escaleras. La casa temblaba sin cesar, probablemente a causa de los ataques de los wyverns. El tiempo apremiaba. Mataría a mi descerebrado padre, Guido Algren, con mis propias manos.

Llegué al último piso y salí al pasillo, donde me esperaba una persona de lo más inesperada. Llevaba una coleta de color violeta pálido y vestía una túnica de hechicero en lugar del uniforme militar. Sus manos empuñaban una alabarda y una daga colgaba de su cadera.

"Ya has tardado bastante, Grant", dijo, reconociéndome con una mirada penetrante.

"Gil", gruñí a mi hermano menor, que debería haber sido confinado en una villa. "¿A qué estás jugando?! ¡Hazte a un lado!"

"Vas de camino a matar a papá, ¿verdad? Bueno, mala suerte. No está aquí".

Lo fulminé con la mirada, preparando un hechizo a punto de Violeta Profundo, y le dije: "Explícate". Gil aún era un estudiante de la Universidad Real. Sin la daga que albergaba Escudo Radiante, no sería rival para mí.

"Le pedí a nuestros viejos criados que lo llevaran a un lugar seguro y envié a Konoha para guiarlos. No es que papá estuviera despierto para nada de eso".

"¿Konoha? ¡Es absurdo! Esa mujer sirve a mi..."

"No es una de las tuyas".

Gil se abalanzó para golpear con su alabarda, y yo levanté apresuradamente Violeta Profunda para bloquear.

¡Qué velocidad!

"¡Gil! ¡¿Te atreves a desafiar a tu hermano mayor?!" le espeté mientras luchábamos por dominarnos. Aunque este imbécil compartía mi sangre, su madre había sido una simple plebeya.

"¡Nunca he pensado en ti como en mi hermano, y estoy seguro de que el sentimiento es mutuo!", replicó, y ambos retrocedimos de un salto.

La cadena de oro de la Iglesia del Espíritu Santo tintineó en mi cuello cuando activé el hechizo avanzado que había preparado: la Danza del Rayo Imperial. Pero Gil sacó la daga de su cinturón y repelió mis furiosos rayos con un escudo de luz.

"¿Escudo Radiante?! Pero le ordené a Gregory que lo recuperara de... ¡Por supuesto! ¡Ustedes estaban juntos en esto!"

"Gregory no es amigo mío. Ya se había ido cuando llegué. Pero si tanto quieres esta daga, toma". Gil arrojó descuidadamente la hoja a mis pies, donde aterrizó de punta en el suelo. "Úsala, Grant Algren. El viejo Haag probablemente quería que la usara para acabar contigo y con Greck. Pero no la necesito".

"¿Qué?" Dije despacio, cogiendo la daga con la mano izquierda.

Gil sacudió la cabeza con tristeza. "Su Gran Locura estaba condenada al fracaso desde su concepción. Los Howards, los Leinsters y los Lebuferas se han pasado los últimos doscientos años afilándose los colmillos, empeñados en una revancha con el Señor Oscuro incluso en estos días de decadencia mágica, mientras los Algrens dormitaban en el este. Incluso si ganabas el primer enfrentamiento, nunca tuviste oportunidad. Pero papá, Haig y Haag te permitieron intentarlo de todos modos". Dejó que esas palabras flotaran en el aire por un momento. Luego, "Sabe por qué, Alteza, ¿Lord Grant Algren? Por supuesto, parece que los ancianos subestimaron

lo que las otras casas ducales podían hacer cuando se trataba de la guerra."

Tras un prolongado silencio, gruñí: "¡Tonterías!".

"Te utilizaron como cebo", continuó Gil, alzando su alabarda por encima de su cabeza. "Cebo en una trampa para acabar con todos los nobles radicales vinculados a la Iglesia del Espíritu Santo. Papá pensó que valía la pena arruinar nuestra casa".

"¿Has perdido el juicio?!"

¿Llevar a la Casa Ducal de Algren a la ruina? Era absurdo. Sabía que era absurdo, y sin embargo...

"Así que, por lo visto, me toca a mí arreglar el desaguisado", dijo el tonto de mi hermano mientras el maná convergía en su arma. "Mala suerte, ¿verdad? No te contengas, Grant, porque no lo haré. Tengo un asunto pendiente contigo". Hizo una pausa y luego explotó. "¿Cómo te atreves?! ¿Cómo te atreves a hacerme daño?! ¿Hacerme lastimar a Allen?!"

Todo el pasillo crepitó con electricidad y los cristales de las ventanas se hicieron añicos uno tras otro.

¡Yo... conozco este hechizo!

Agité la daga, tratando de invocar el poder de Escudo Radiante, pero nada se materializó.

"¡Pedazo de chatarra defectuosa!" grité, cediendo a la ira y clavando la espada en una pared justo cuando Gil completaba su hechizo.

Con un trueno, tomó forma: el hechizo supremo Tigre Señor del Rayo, símbolo de la Casa Ducal de Algren.

"¿Cómo? Pregunté, temblando de rabia. "¿Cómo alguien como tú, con tu vil sangre, puede blandir ese hechizo?"

"¿No es así como te gustaría salir? Además, no tengo derecho a lanzar los hechizos de Allen".

"Gil, espe—"

"¿Quién te esperaría?!"

El Señor Tigre Relámpago se abalanzó sobre mí, destrozando paredes, suelo y techo a su paso. Me apresuré a dispararle lanzas de rayos, pero

fue en vano: simplemente las absorbió. La bestia crepitante abrió sus fauces. Grité.

Entonces, justo antes de devorarme, el tigre dio un gran salto, derribando el tejado al pasar sobre mi cabeza. Caí de espaldas, presa del terror.

Gil avanzó hacia mí por el pasillo, sacando la daga de la pared.

"¡Basta!" Grité, retrocediendo. "¡Para! ¡Para esto!"

Choqué contra una pared. Gil bajó su daga y me rozó la oreja al hundirse en la madera.

Antes de que pudiera recuperar la cordura, dijo: "¿Dónde está Allen? ¿Dónde lo has llevado?! ¿Qué le estás obligando a hacer?!"

"Está en una ruina en un islote del Mar de los Cuatro Héroes", respondí, luchando por encontrar las palabras. "¡E-Eso es todo lo que sé! Pregúntale a Gregory si quieres más".

"Muy bien, entonces... ¡Salta!"

Sin previo aviso, Gil me golpeó con una ráfaga de magia de viento. Violeta Profundo se estrelló contra una ventana y salió de la casa. Un momento después, vi una gran espada que chorreaba agua oscura y se elevaba desde el suelo.

¿Dónde he visto esa espada antes?

Antes de que pudiera pensar en la respuesta, yo mismo salí despedido por una ventana. Me golpeé contra el tejado y perdí el conocimiento.

*

Salté hacia atrás y lancé un hechizo de viento contra Grant. La gran espada que atravesaba el suelo se detuvo y se erizó de espinas acuosas. Las espinas atravesaron todo a su paso mientras se acercaban a mí. Giré la daga, activé el Escudo Radiante y aceleré la retirada.

El suelo se derrumbó alrededor del enorme agujero abierto. A través de la nube de polvo, algo saltó desde el piso inferior y aterrizó en el pasillo. Oí el ruido metálico de una armadura, el silbido de una espada que destrozaba la nube de polvo y, a continuación, un aplauso.

"Me impresiona que hayas sobrevivido a eso", dijo una nueva voz. "Pero no lo haría de otra manera."

"Gregory", dije lentamente.

Allí, en el pasillo, estaba mi tercer hermano mayor, Gregory Algren, vestido con una túnica gris con capucha y portando un báculo eclesiástico. Delante de él había un caballero con espada, vestido de negro de pies a cabeza, con el rostro invisible bajo el yelmo. Detrás de él, una vieja hechicera, también vestida de gris. El hombre llamado Lev no estaba con ellos.

"No me importa lo que estés maquinando en las sombras", dije, sacando mi alabarda. "¡Sólo dime dónde está Allen!"

"¿Allen? Oh, te refieres a esa falsa bestia", respondió. "Está muerto".

"¿Qué?" Podía oír mi propia voz entrecortada volverse fría. ¿Allen estaba muerto? ¿El mismo Allen que me había salvado el pellejo? Apreté dolorosamente mi alabarda y mi daga mientras gruñía: "¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?"

"Sí, perfectamente. Ahora, ya que estoy a punto de convertirte en uno de mis sujetos de prueba de todos modos, bien podría decírtelo: esa falsa bestia es una llave."

"¿Una llave?" repetí, mientras sus palabras me producían un escalofrío. ¿Un "sujeto de pruebas"? ¿Eso era también el caballero negro que había entre nosotros?

"Sí, una llave, aunque defectuosa. Lev le marcó con una maldición que lo mataría en diez días y lo arrojó a la torre del Demonio de Fuego, pero nunca regresó. Eso fue hace dos semanas".

Tras una larga pausa, dije: "Oh".

"¿Qué? ¿No te molesta esa noticia? Creía que le tenías mucho cariño a esa falsa bestia".

En silencio, comencé a desplegar al Señor Tigre del Rayo en mi alabarda.

"¡Dios mío! ¿Un segundo hechizo supremo? Maravilloso. ¡Siempre supe que eras el mejor de ellos, Gil! ¡Nada como esos imbéciles, Grant y Greck! Serás un sujeto de prueba aún mejor que el Caballero Negro, William Marshal aquí presente".

¡¿Eso es lo que fue del Caballero Negro después del complot de Gerard?!

"Eres una vil criatura, Gregory", escupí, estremeciéndome. "¡Por el nombre de Algren, acabaré contigo aquí y ahora!".

Imbuí mis pies con magia de viento y esprinté hacia delante. Un aluvión de siniestros escudos grises apareció frente al Caballero Negro: ¡la imitación de Escudo Radiante y Resurrección de los informes de Konoha!

Balanceé mis dagas, conjurando mis propios Escudos Radiantes, y seguí cargando. Gregory abrió los ojos, sorprendido, cuando se activó el Tigre del Señor del Rayo de mi alabarda.

"¡Mi señor!", gritó la hechicera. Su voz sonaba joven.

El Caballero Negro bajó su gran espada y el aura de rayo de mi alabarda la atravesó. Era el Hacha Violeta, el arte secreto de mi casa y mi arma secreta. Al igual que el Señor del Rayo Tigre, había tenido que conocer a Allen y dedicarme a un entrenamiento constante e intensivo para dominarla. Di la vuelta a mi espada, hiriendo al Caballero Negro en el pecho con mi golpe de vuelta, y seguí hacia Gregory.

Justo cuando la hechicera intentaba interponerse entre nosotros, sentí un repentino estallido de animosidad a mis espaldas y me arrojé por una ventana rota al vacío. Vislumbré una oleada de zarcillos de color rojo oscuro que se dirigían hacia mí desde el brazo derecho del Caballero Negro.

"¡¿Q-Qué demonios?!" exclamé, esquivándolos con mi alabarda mientras caía. Una ráfaga de viento mágico me permitió caer de pie en el jardín.

El Caballero Negro salió de la casa, su brazo derecho ya no era ni remotamente humano. Percibí un maná extraño cuando Gregory y la hechicera aparecieron también en el jardín.

¿Magia de teletransporte?

Podía sentir las gotas de sudor frío resaltando en mi frente. Había utilizado Escudo Radiante, el Señor Tigre del Rayo e incluso el Hacha Violeta. Tanto los hechizos supremos como las artes secretas consumían maná, y el mío se estaba agotando. ¿Pero qué más daba? Allen había seguido luchando hasta que su maná se agotó por completo. Había perdido el derecho a llamarme su compañero de clase, pero seguía estudiando con él. ¡No podía convertirme en una vergüenza!

"Eso fue toda una hazaña", dijo Gregory. "Pero ahora debes estar al límite. Deja de luchar".

Oí el chasquido de sus dedos y gruñí al sentir un dolor punzante. Caí de rodillas, agarrándome el pecho. Sentí como si tuviera mi corazón en una prensa.

¿La marca de maldición que tomé de Konoha?

"Sé lo amable y cariñoso que eres" continuó Gregory, "así que estaba seguro de que te transferirías mi marca en cuanto supieras de su existencia. Y estaba en lo cierto. Ito, átaló".

"Sí, mi señor". La vieja hechicera avanzó hacia mí.

Tienes razón, todo va según lo previsto.

Me levanté de un salto y me abalancé sobre Gregory, manteniéndome pegado al suelo.

"¡No! ¡Mi señor!" gritó la hechicera.

"¿Cómo eres inmune a mi maldición?!" Gregory exigió.

"¡Demasiado lento!" espeté mientras mi alabarda cortaba su bastón en dos. Inmediatamente volví a golpear, pero la hechicera detuvo el golpe con una hoja de oscuridad que había formado en su bastón, gritando: "¡Nunca!".

El brazo derecho del Caballero Negro salió disparado, desatando otra oleada de zarcillos.

"¡Maldita sea!" Maldije, corriendo alrededor del jardín para esquivar.

"¿Cómo levantaste mi maldición?!" se lamentó Gregory. "¡Yo tejí múltiples formas de encriptación en esa marca! Era mi obra maestra".

"¡Sí, me hizo pasar un mal rato!" jadeé, conteniendo al Caballero Negro y a la hechicera con rápidos disparos de rayos. Mis ojos se encontraron con los de Gregory. "¡Pero comparado con las fórmulas de Allen, tu marca fue pan comido!".

"¡Mátalo, William!" chilló Gregory, con la cara enrojecida de rabia. "¡La vida de Gerard depende de ello, y también la de tus hombres!".

Ahora, ¿cuál es mi próximo movimiento?

En ese momento, la hechicera y yo levantamos la vista sorprendidos. Incluso el Caballero Negro se quedó inmóvil. Algo se acercaba, algo aterrador.

"¿Qué estás esperando?!" Gregory gritó. "¡Ahora es tu oportunidad! Termina—"

"¡Mi señor!", gritó la hechicera mientras innumerables espadas llameantes llovían desde arriba.

Activé apresuradamente Escudo Radiante, pero las barreras de luz caían como moscas. El bombardeo había pillado desprevenido a Gregory, pero Ito lo recogió y se retiró a un lugar seguro. El Caballero Negro, que era el objetivo del ataque, levantó sus escudos de carbón para defenderse, pero había demasiadas espadas. Aunque detuvo la primera oleada, empezaban a abrumarle...

Entonces, para sorpresa de todos, una joven de llamas rojo oscuro cayó en picado sobre el caballero. Dejó tras de sí una estela de luz ominosa mientras sus dos espadas le seccionaban sin piedad el brazo y la pierna derechos.

Reconocí a este "demonio".

La luz de la Resurrección parpadeó mientras el brazo del Caballero Negro intentaba volver a crecer. Entonces, las ocho alas de fuego de la mujer se transformaron en cuchillas y una tempestad cortante lo lanzó contra la casa. El estruendo fue demasiado fuerte para ser real.

"¿Qué?" preguntó Gregory, y entonces volvió su rabia. "Yo... ¡nunca planeé esto! Es exasperante. Ito, ¡nos reuniremos con Lev! ¡Ya he ganado todo lo que podía aquí! ¡Nuestro negocio está hecho!"

"¡Espera! ¡Gregory!" Grité, pero la hechicera me ignoró. Ella blandió un talismán, y los dos se desvanecieron.

Un momento después, el Caballero Negro salió de entre los escombros. Parecía incapaz de mantener su forma humana: parecía un animal de cuatro patas con zarcillos retorciéndose donde debería haber estado su pata delantera derecha. Lo que le habían hecho era imperdonable. Pero en ese momento, estaba más preocupado por...

"¡Lydia!" Grité con todas mis fuerzas. "¡Por favor! ¡Vuelve a tus cabales!"

La fuente de este maná siniestro, que incendiaba toda la zona por mera proximidad, era Lydia Leinster, la Dama de la Espada. No había luz en sus ojos carmesí, y su pelo escarlata estaba deshilachado y sin brillo. Una extraña marca cubría su brazo derecho y su mejilla, y ocho ominosas alas

de fuego se extendían desde su espalda. ¿Qué le había sucedido? Eso era obvio: debía de haber oído lo que le había ocurrido a Allen.

¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo hacer?

"Lydia..."

Nunca pude terminar la frase. El Caballero Negro soltó una salvaje andanada de lanzas de carbón acuoso de todo su cuerpo, todas dirigidas a la Dama de la Espada. Sus alas las interceptaron sin piedad, remodelando el paisaje con duros golpes y sombrías llamas carmesí.

"¡Lydia!" Volví a gritar. Luego gruñí de dolor cuando una onda expansiva me estampó contra el muro de piedra que rodeaba la finca. El Caballero Negro estaba conjurando una segunda descarga, esta vez de enormes orbes de agua gris oscuro, mientras Lydia engendraba una horda de zarzas serpenteantes y retorcidas.

No es bueno. A menos que haga algo...

Estiré la mano, luchando por avanzar, pero mi cuerpo se negaba a moverse. Siempre, siempre era inútil cuando más importaba. Las lágrimas me nublaron la vista.

"Allen", murmuré, "lo... siento".

Otra enorme onda expansiva me lanzó por los aires. Indefenso, surqué los aires y caí en picado en un canal cercano. La alabarda y la daga resbalaron de mis manos. El agua estaba fría y yo me hundía, con la mente cada vez más en blanco.

Oh. Me voy a morir. Y todavía estoy tan en deuda con Allen que nunca pude hacer nada por él.

Me pregunto... si Konoha logró escapar.

Oí algo por encima de mí. Entonces alguien me agarró del brazo y empezó a arrastrarme hacia la superficie.

¿Quién está ahí?

Justo antes de desmayarme, vi a una joven de pelo negro que subía con dificultad por el agua y me rodeaba con el brazo.

Es tan tonta como yo. ¿Por qué no me abandonó? Aun así...

Con lo que me quedaba de maná, lancé un hechizo de viento para impulsarnos.

"¡Señor Gil!" gritó Konoha, balbuceando cuando salimos a la superficie. Aunque estaba empapada, me di cuenta de que estaba llorando.

Me lo imaginaba. Allen habría sido mucho más suave con esto, pensé, tratando de sonreír mientras perdía el conocimiento.

Capítulo IV

"¡Todos los maestros de la magia botánica, ayuden a reparar el Gran Puente! ¡No tiene por qué ser lujoso!"

"¡Especialistas en agua, echen una mano para combatir los incendios en la ciudad!"

"¡Traten a todos los heridos, amigos o enemigos!"

"¡Gigantes! ¡Enanos! ¡Muevan estos escombros!"

"¡No dejen a las mujeres y a los niños fuera del Gran Árbol todavía!"

"¡Adviertan a las fuerzas que aún luchan que se rindan! ¡Greck Algren es un prisionero, y Grant Algren es un fugitivo!"

Tras la breve y feroz batalla, la plaza ante el Gran Árbol se había convertido en un caos. Aparte de los dragonfolk, que seguían eliminando a los rezagados; la Sabia de las Flores y sus semidioses, que serían los últimos en teletransportarse; y el director, casi todo el mundo estaba presente. Anko y los alumnos del profesor permanecerían en la capital real para sellar lo que había bajo la Real Academia. Lo primero que me llamó la atención de esta reunión fue la ausencia de divisiones raciales.

"Richard, he terminado de reorganizar a nuestros caballeros", informó Bertrand. "Lords Hayden y Harclay están gravemente heridos, pero vivirán para... ¿Qué tienes en mente?"

"Oh, bueno, no es lo más fácil de expresar con palabras", respondí, con un guiño. "Sólo estaba pensando que me alegro de que nos hayamos peleado".

El experimentado caballero sonrió. "No podría estar más de acuerdo".

Si el futuro del reino estaba en alguna parte, era aquí. Por eso valía la pena luchar.

En voz baja, le dije: "Tráeme los nombres de los caídos".

"Sí, señor."

En medio de nuestro momento solemne, la duquesa Leticia y mi madre llegaron desde la dirección del Gran Árbol, donde acababan de conversar con Luce. Anna, Romy y una contrariada Lily las seguían.

"Richard".

"Madre", le dije. "¿Estás segura de esto? ¿Dejar que Lynne y las otras chicas vayan solas?"

Las hermanas Howard, Ellie, Caren y mi hermana pequeña Lynne Leinster estaban ausentes. Habían detectado emanaciones de maná extraño y salieron corriendo hacia la finca de los Algren.

"Lisa no puede matar a su propia hija", declaró la duquesa Leticia, agitando su hermosa cabellera verde jade. "Esta dama es demasiado gentil para su propio bien; en verdad preferiría ser degollada antes que clavarle una espada a su hija. Pero tal vez sea así como debe ser una madre. Esa mujer, Ellyn, es igual".

Tras salir victoriosa de su duelo con Hayden y Harclay, mi madre había ido directamente a ver a Ellyn, que estaba atendiendo a los heridos dentro del Gran Árbol. En cuanto se reunieron, abrazó a su amiga con lágrimas en los ojos.

"Perdóname, Ellyn", había dicho. "Dejaste tu Allen en mi cuidado, y sin embargo ..."

"Lisa, por favor, no llores", la había tranquilizado Ellyn. "Así es él. Es el orgullo de Nathan y mío. Aun así... ojalá hubiera podido ocupar su lugar".

Nunca había visto llorar a mi madre.

Lily levantó la mano, aún con cara de enfado, y gimoteó: "¡Señora! ¡Me ponen nerviosa las señoritas solas! Debería..."

"Desde luego que no", interrumpió Ana alegremente.

"Eres una doncella, Lily, y deberías dejar este asunto a las jóvenes damas", añadió su segundo al mando, con las gafas brillando. "¿Quieres que Maya, que se quedó en la capital real, o las criadas Howard, que nos permitieron teletransportarnos antes que ellas, se rían de ti? ¿O también te apetece el señor Allen... Lady Lily?"

"¡Oooh! R-Romy, ¡gran malvado!" Lily se enfurruñó.

"Madre", intervine, "los tres duques y Su Alteza Real no pueden abandonar la capital real por el momento. ¿Qué hay de Allen...?"

Antes de que pudiera decir "rescate", un wyvern aterrizó frente a nosotros. En su lomo iba el jefe de batalla, el jefe Egon lo de los dragonfolk. Junto a

él había una joven de piel oscura y pelo negro vestida con un atuendo masculino y un joven vestido con ropas de hechicero, ambos inconscientes. El jefe lo nos saludó, levantó a los dos con una mano, desmontó y los tendió suavemente junto a nosotros.

"Una chica salió corriendo delante de nosotros. "Gritó: '¡Este caballero necesita un sanador! Gregory ya ha huido. El Sr. Allen está...' Y en ese momento, sus fuerzas se agotaron".

"Lily", me dijo mi madre.

"¡Claro que sí!" contestó Lily, y enseguida comenzó el tratamiento.

Reconocí al joven de ojos fríos de un baile en la capital real unos años antes. Su nombre era...

"Gil Algren", murmuré.

La multitud lanzaba miradas gélidas. "Algren" se había convertido en una mala palabra.

Entonces, una mujer de pelo negro y vestida con kimono—Momiji—se acercó. "¡Konoha!", gritó.

"¡M-Momiji! ¡Espera!" Gritó Sui, pisándole los talones.

Eso despertó un recuerdo. Así que la hermana pequeña de Momiji había salvado a Gil Algren.

Un nuevo conjunto de círculos mágicos florales apareció en el cielo sobre el Gran Árbol. La oleada final había llegado. Y si había que creer a Lynne, el Héroe estaba con ellos.

Inquietantes ráfagas de maná salieron disparadas en dirección a la finca de los Algren. Una disminuía rápidamente, pero la otra era inconfundiblemente... mi hermana.

"Allen", recé, aunque aún no sabía si mi amigo estaba vivo o muerto, "por favor, mantén a Lydia... mantén a salvo a mi hermana pequeña".

*

"¡Ellie, Lynne, ya puedo verla!" Tina gritó desde el grifo líder, señalando hacia adelante.

"Oh, está q-quemando..." Ellie murmuró asustada mientras volaba a mi lado.

"¿Qué demonios?" murmuré casi en el mismo momento.

No podía distinguir la casa a través del humo negro. De las dos poderosas fuentes de maná que había percibido tan recientemente, sólo quedaba una.

"Las tropas enemigas pueden estar al acecho", advirtió Lady Stella.
"¡Tengan cuidado, todos!"

"¡Lo haremos!", respondimos a coro mis dos amigos y yo.

"Stella, yo tomaré la delantera", dijo Caren, instando a su grifo verde mar a ganar velocidad y lanzarse a la cabeza del grupo.

Entonces nos encontramos por encima de la casa, que se retorció con espinosas serpientes de fuego. La escena que se desarrollaba debajo nos dejó sin aliento. La casa en sí era un montón de escombros ardiendo, y la mayor parte de sus muros perimetrales también estaban en ruinas. Mirando a mi alrededor, vi a un caballero vestido con una armadura negra y un casco igualmente oscuro estrellarse contra la puerta principal y caer completamente inmóvil. Le faltaba el brazo derecho.

De repente, sopló un viento feroz que esparció llamaradas. Desvié frenéticamente a mi grifo, entrecerrando los ojos contra la explosión. Entonces la vi: una joven con un uniforme negro como el hollín, de pie sobre los escombros con sus dos espadas clavadas en el suelo.

"¿L-Lydia?" Tina jadeó, atónita.

Mi querida hermana no mostró ningún interés por nosotros mientras se acercaba con la mano izquierda a un hombre uniformado que yacía a su lado: Grant Algren. Lo levantó por el cuello y el color empezó a desaparecer de su rostro.

¡Oh, no!

Caren saltó del lomo de su grifo y desenvainó su daga negra mientras caía en picado hacia mi querida hermana. "¿Qué crees que estás haciendo?", rugió como un trueno, y en sus manos se materializó una lanza relámpago con forma de cruz.

Mi querida hermana levantó la vista y arrojó descuidadamente a Grant al borde del tejado. Luego desenvainó sus espadas.

La lanza y la espada chocaron. El aire tembló y se llenó de un torbellino de penachos ardientes y chispas violetas.

Lady Stella nos hizo una señal con la mano. Nuestros grifos se lanzaron y saltamos al suelo. Caren gruñó al ser impulsada hacia atrás, aterrizando a nuestro lado.

Mi querida hermana nos miró y un escalofrío me recorrió la espalda. Sus ojos carmesí estaban vacíos. Sus alas llameantes se negaban a posarse, moviéndose constantemente como si tuvieran vida propia.

Ellie tembló y se aferró al brazo izquierdo de Lady Stella. Yo... necesitaba decir algo. Pero justo cuando me disponía a hablar con voz temblorosa, todos nos sobresaltamos y levantamos la vista al unísono. Estaba aquí.

"No tengo nada que hacer con un hipócrita que protege un mundo como éste, un mundo sin él", dijo mi querida hermana. Su voz era casi un susurro, pero la oí con claridad. Sus alas se convirtieron en cientos de hojas de fuego carmesí oscuro, preparadas para interceptar a la chica que se dirigía hacia ella a una velocidad vertiginosa.

"Llorona escarlata", dijo una voz clara. "Ahora sólo eres una llorona perdida".

Un destello cegador de luz hizo añicos la hueste de espadas en llamas oscuras, desintegrándolas de un solo golpe. Entonces, una muchacha rubia platino se posó sobre los escombros. Llevaba un bollo en la mano y se lo metió en la boca antes de chuparse los dedos, avanzar unos pasos y poner las manos en la cadera.

Una emoción entró por primera vez en los ojos de mi querida hermana al decir: "Héroe Alice Alvern".

"Llorona perdida", respondió Alicia. "¿Olvidaste cómo caminar cuando perdiste de vista tu estrella? Despierta".

"Hipócrita. Voy a unirme a él. Y si te interpones en mi camino, te reduciré".

"En tus sueños. Nunca estarás a mi altura así".

Mi querida hermana me fulminó con la mirada, y miles de serpientes espinosas brotaron de sus alas de fuego.

"¡Tina, Ellie, Lynne, retrocedan y levanten una barrera!" Lady Stella ordenó, sacando su varita y su estoque. "¡Caren! ¡Retírate por ahora!"

"¡Correcto!", respondimos las tres.

"Bien", añadió Caren a regañadientes.

Todos nos replegamos con Lady Stella y empezamos a erigir defensas mágicas de muchas capas.

Alice observó la marea ardiente y serpenteante que se dirigía hacia ella y suspiró. "Lamentable. ¿Es esto lo mejor que puedes hacer sin él? Hay que darle unos azotes".

Su mano izquierda salió disparada, y todo a su alrededor se convirtió en un asombroso y crepitante relámpago. Entonces, el gran Héroe susurró:

"Rayo".

Otro destello cegador aniquiló innumerables serpientes espinosas en un instante. Las barreras que habíamos construido se derrumbaron en rápida sucesión. Los fuertes vientos llenaron el aire de detritus, oscureciendo nuestra visión.

¿Cómo puede un hechizo ser tan poderoso?

"Ellie, levanta viento", ordenó Lady Stella.

"¡Sí!" Ellie obedeció, su magia haciendo un poco más fácil ver.

¡¿Dónde está mi querida hermana?!

"Lo hice demasiado fuerte", dijo Alice, frunciendo el ceño. "Pequeña llorona perdida, despierta... ¿Hm?" Ella esquivó el camino como cuchillas en llamas rasgó a través de la nube de polvo, lloviendo desde arriba.

Las ocho alas de mi querida hermana se habían vuelto afiladas como espadas, y la marca de Qilin Ardiente se había extendido hasta su mejilla. Flotando allí, era la viva imagen de... un demonio.

Alice retrocedió, mirándola con odio. "Hace cuatro años, te dije que te aferraras a él. Ni siquiera puedes caminar sola sin él, pero seguiste haciéndote la dura, y este es el resultado". La Héroe apuntó su mano derecha hacia el cielo, y sentí otra oleada masiva de mana. "¡Ahora estoy molesta!"

Mi querida hermana blandió ligeramente sus espadas, y ocho Pájaros de Fuego tomaron forma.

"No", jadeó Lady Stella.

"Son horribles", murmuró Caren.

Aunque los Pájaros de Fuego de mi querida hermana mantuvieron por poco su forma aviar, sus cuerpos y alas se retorcieron con serpenteantes zarzas de llamas, y el propio fuego era del espantoso carmesí oscuro de la sangre. Tina y Ellie se quedaron sin habla, mientras yo no podía evitar temblar.

Este... ¿Este es el Pájaro de Fuego de Lydia Leinster?

Ante nuestros ojos, Alice y mi querida hermana desataron sus hechizos la una contra la otra.

"Triple Rayo", entonó el Héroe, y tres destellos y ondas de choque golpearon con una fuerza aún mayor que la primera.

"Desaparece", escupió la Dama de la Espada en el mismo instante. Los restos de la casa se derrumbaron, al igual que las plantas supervivientes del jardín.



¿Qué puedo hacer ante todo esto?

Cuando mi visión se aclaró, murmuré: "Mi querida hermana... ¿se ha ido?".

"¡Está en la pared!" Tina gritó con fuerza, la marca en el dorso de su mano derecha brillando azul.

Mi querida hermana estaba en lo alto del muro. Sus ocho alas se agitaron, dispersando más serpientes de fuego espinosas para propagar el fuego. Sus ocho Pájaros de Fuego también se rematerializaron.

De repente, Tina dio un paso adelante. Pronto, ella había pasado Alice.

"¿Camarada?"

"Gracias, Alice", dijo Tina, poniéndose recta. "¡Nosotros nos encargamos a partir de aquí!"

"¡¿Qué?!" Ellie y yo exclamamos al unísono, agarrándonos las manos.

¿Nosotros, detener a mi querida hermana en ese estado? ¿Sin mi querido hermano?

Entonces la Héroe parpadeó con sus ojos preciosos y sonrió. "Ese es mi camarada. No esperaba menos de un cachorro de lobo. Es toda tuya. Buena suerte".

Con eso, Alice saltó a la parte trasera de nuestro grupo.

¡E-Eso es ridículo! ¡Ni siquiera nosotros cinco juntos podemos hacerle frente a mi querida hermana! Sólo bloquear a esos Firebirds es más de lo que podríamos... Espera.

Intercambié una mirada con Ellie. Cuando mi querida hermana iba en serio, su Firebird era realmente un infierno que lo consumía todo. Y sin embargo...

Alice nos palmeó la espalda desde atrás. "Aguanta, Piolín Rojo. Esta lucha aún está en el aire", dijo. "Enemigo, no te molestes en intentarlo. Tu pecho ya es escandaloso, y ni siquiera ha alcanzado todo su potencial. Deplorable".

"¡De acuerdo!" respondí.

"¡Oh, eres horrible!" Ellie lloriqueó mientras Alice seguía comiendo dulces.

Entonces, con la espalda recta, marchamos hacia delante. Lady Stella y Caren parecían haber sido más rápidas, porque ya estaban junto a Tina.

"¡Ya no te tengo miedo, Lydia!" gritó Tina, apuntando con su vara a mi querida hermana. "¡Tomaré tu lugar al lado del Sr. Allen!"

"Si te metes en mi camino, no me contendré", entonó mi querida hermana. Su voz era llana, pero fruncía el ceño, evidentemente molesta.

"Sí, sí. Amenazas de la llorona Lydia..."

"No nos asustes mucho", cortó Lady Stella.

Lo siguiente que supe fue que mi querida hermana estaba rodeada por más proyectiles helados de los que podía contar: ¡los Disparos de Hielo Divino de las hermanas Howard!

Caren se lanzó hacia delante, entrando en Apoteosis del Rayo mientras se abría paso entre los escombros y saltaba por los aires.

Mi querida hermana convirtió sus alas en cuchillas para interceptar la gélida descarga. "Qué descaro tienes", murmuró sin voz, dirigiendo a Tina y a Lady Stella una mirada iracunda.

"¡Lo siento!" gritó Ellie cuando su hechizo avanzado, Tornado de Tormenta Imperial, golpeó desde arriba a mi querida y distraída hermana. Y en el corazón del vórtice estaba Caren, ¡con su lanza en forma de cruz preparada!

"¡Te has abierto de par en par!", rugió, atravesando un pájaro de fuego perezoso tras otro en su golpe descendente. Y aunque mi querida hermana bloqueaba con su espada izquierda, Caren la empujaba hacia atrás. "¡Demasiado lenta!"

Antes de que mi querida hermana pudiera hacer valer su otra espada, tres voces gritaron: "¡No en nuestra guardia!". Los disparos de hielo de Tina y Lady Stella y las cadenas de viento de Ellie la acribillaron, transformándose en lianas heladas que la sujetaron. El rostro de mi querida hermana se torció de sorpresa cuando mis sospechas se convirtieron en certezas.

Ahora mismo, mi querida hermana está... ¡mucho más débil de lo normal!

A pesar de su asombrosamente potente maná, su construcción era descuidada, muy lejos de sus fórmulas de hechizo adecuadas, que habían estado a la altura de las de mi querido hermano.

"¡Querida hermana! Entra en razón". grité, azotando mi espada de una mano a un lado y lanzando mi propio Pájaro de Fuego hacia ella. Para su mayor asombro, mi hechizo atravesó las alas que lo interceptaron.

"¡Vete a refrescarte!" gritó Caren en el mismo momento, ganando su enfrentamiento y estampando a mi querida hermana contra un montón de escombros cercano. Se levantó otra nube de polvo.

Espero que esto sea suficiente para sacarla de sus casillas, pero lo dudo.

Caren aterrizó junto a Lady Stella. Todos los demás seguían alerta y tejían los hechizos más poderosos que podían reunir.

"Hm. No está mal", opinó Alice. "Aun así..."

Dimos un respingo cuando los escombros se desintegraron en un millón de pedazos finamente cortados y mi querida hermana resurgió. "¿Por qué?!", gritó enfadada. "¿Por qué te metes en mi camino?! Sólo quiero estar con él. Si intentas detenerme..."

"¡Idiota!" Caren soltó un chasquido mientras ella, Lady Stella y Ellie se lanzaban al alcance cuerpo a cuerpo de mi querida hermana. Su lanza destelló en una serie de estocadas demasiado rápidas para que mis ojos pudieran seguirlas.

"Si el Sr. Allen te viera ahora..." Lady Stella atrapó el desesperado golpe de espada de mi querida hermana con su Escudo Azul. Su Espada Azul congeló la hoja en la mano izquierda de mi querida hermana y la apartó.

"¡Estaría tan triste!" ¡Ellie se deslizó dentro de la guardia de mi querida hermana, sus puños y pies blindados con viento mientras golpeaba, golpeaba, golpeaba!

Les costó a los tres, pero poco a poco se fueron imponiendo. Estaban dominando a la Dama de la Espada, cuya fuerza normalmente desafiaba toda razón.

Tina se arrancó la cinta blanca como la nieve del pelo y se la ató a la caña. "¡Lynne!", llamó, levantándola por encima de su cabeza.

"¡Concéntrate en tu reparto!" Le respondí.

Mi querida hermana apenas había comido desde que mi querido hermano había desaparecido. Y noche tras noche, se oía un llanto ahogado en su habitación. Ni su mente ni su cuerpo podían soportar mucho más...

Lady Stella y Ellie salieron volando hacia atrás con un gruñido y un chillido. Caren seguía resistiendo, pero su partida permitió a mi querida hermana blandir ambas espadas con renovado vigor. Las ocho alas llameantes de

su espalda se convirtieron en serpientes cubiertas de espinas que se abalanzaron sobre Caren.

"¡Necesitaremos más que eso!" gritó Caren, acribillándolas con su lanza relámpago. Pero esquivar las cuchillas de mi querida hermana había dejado un amplio espacio entre ellas, suficiente para que mi querida hermana levantara el pie del suelo y cargara contra Tina.

"¡Lynne!" Tina llamó de nuevo.

"¡Déjame a mí!" Me lancé contra mi querida hermana, bloqueando de frente su golpe de dos hojas. Su golpe fue rápido, pero ligero.

¡No! ¡No, no, no! ¡La Dama de la Espada no es tan débil!

Había pánico en sus ojos. Pude verla preguntándose: "¿Cómo pueden dominarme estas niñas?".

¿Cómo no íbamos a poder? La Dama de la Espada siempre ha tenido a su Cerebro—mi querido hermano—a su lado. Pero ahora mismo, está presa de una profunda tristeza... ¡y de su terror a perderlo! No... No...

"¡Ninguna llorona Dama de la Espada sacará lo mejor de mí! ¡Yo—nosotras—aprendimos de mi querido hermano!" Mi segundo Pájaro de Fuego fluyó hacia mi arma. La hoja enrojeció mientras realizaba el arte secreto de mi casa, ¡la Espada Escarlata! "¡Por favor, vuelve a tus sentidos!"

La espada encantada de un solo filo de la mano izquierda de mi querida hermana se hizo añicos. El impacto me arrancó la gorra de la cabeza y la hizo volar hacia atrás con una expresión de asombro en el rostro.

"¡Tina, ahora!" Grité por encima de mi hombro.

"¡Solo! ¡Despierta! ¡Despierta! ¡Yayy!", bramó mi compañera de pelo platino mientras dos alas de hielo se desplegaban tras ella. Unas flores heladas se arremolinaron mientras ella acumulaba tanto maná que podía verlo con mis propios ojos. Bajó su vara y, con una ráfaga de nieve, tomó forma un colosal Lobo de Ventisca. El hechizo supremo lanzó un aullido y comenzó su carga.

Mi querida hermana recuperó el equilibrio e intentó levantar la espada que tenía en la mano derecha, pero...

"Se acabó." Caren lanzó su lanza.

"¡Te detendremos!" Lady Stella blandió su Espada Azur, y entre las dos rompieron la hoja de mi querida hermana.

"¡Srta. Lydia!" Ellie ató las alas en llamas con cadenas de viento.

Entonces, por fin, ¡el Lobo de Ventisca atacó! En ese momento, me pareció ver sonreír a mi querida hermana.

Una feroz ventisca azotaba todo el edificio, borrando nuestra vista con un blanco interminable. Mientras tanto, Caren, Lady Stella y Ellie se apresuraron a venir a mi lado. Todas seguíamos en guardia.

Por fin, la ventisca amainó y los restos de la casa se convirtieron en un enorme bloque de hielo.

"Te has pasado, Tina", dije, lanzando una mirada sucia detrás de mí a la Señorita Primer Puesto.

"¡Yo... no pude evitarlo!", protestó. "¡Y usaste la Espada Escarlata! ¿Eso estaba en tu cuaderno del Sr. Allen?! ¡Él no escribió nada así en el mío!"

"Mi querido hermano debe haber decidido que no estabas listo para ello, a diferencia de mí."

"¡No finjas que no sollozabas por nosotras en la capital real! ¡Oh, Tinaaa, Ellieeee!"

"¡Yo... no estaba sollozando!"

"¡Tú también!"

La Señorita Primer Puesto y yo estábamos enfrentadas, prácticamente tocándonos mientras nos mirábamos fijamente, cuando intervino una nerviosa Ellie.

"L-Lady Tina, Lady Lynne," se lamentó. "No deben pelear".

Cómo había echado de menos estas conversaciones. Tina también sonreía.

Entonces el glaciario en miniatura se desmoronó, partido por un golpe de espada. Me preguntaba si habíamos fracasado, mientras volvíamos a nuestras posiciones de combate.

Lentamente, mi querida hermana apareció sobre el pico del tejado helado. Sus alas y su marca se habían desvanecido, y su mano izquierda sujetaba

su reloj de bolsillo parado. Mi gorra perdida volvió a la tierra y ella, sin decir palabra, la cogió del aire. Se quitó el polvo de la falda y luego...

"Se te ha caído esto". En un susurro, añadió: "Te has vuelto más fuerte".

"¿Qué?"

Volví a ponerme la gorra en la cabeza. Una fracción de segundo después, oí el silbido de un tajo de espada de otro mundo. Hermosos penachos escarlata danzaban en el aire.

"¿Estás despierta ahora, llorona escarlata?"

"Ojalá te murieras", se quejó mi querida hermana. Había pasado a nuestro lado antes de que pudiéramos reaccionar y golpeó a Alice. La Héroe no había desenvainado su espada antes, pero ahora estaba a medio camino de su vaina e irradiaba una luz de color violeta intenso.

Cuando se separaron, la espada de mi querida hermana se desintegró por completo.

"Yo soy más fuerte", replicó Alice, volviendo a envainar su espada con una risita de suficiencia.

Mi querida hermana la miró con amargura y luego se abalanzó sobre nosotras. "Chicas, aún les queda mucho camino por recorrer", pronunció con altanería. "Y Pequeña, ¿crees que me vas a quitar el puesto? Ni en un millón de años".

Era la de siempre: mi querida hermana, Lydia Leinster, la Dama de la Espada. No pude evitar taparme la boca con las manos.

Gracias a Dios. ¡Oh, gracias a Dios, gracias a Dios!

"Lady Lynne". Ellie me envolvió en un suave abrazo, y yo le devolví el abrazo.

"¡Mira quién lo dice!" La Señorita Primer Lugar gritó. "¡Ni siquiera podías controlarte hace un momento! Le contaré al Sr. Allen todo sobre..."

De repente, Tina y mi querida hermana se giraron para mirar fijamente en la misma dirección. Sigilos azules y escarlatas resplandecían con hermosa luz en el dorso de sus respectivas manos derechas.

Un momento después, todos lo sentimos también y nos volvimos hacia el noreste.

"¿Esto es mana...?"

"¡Estoy segura de ello!"

"Sr. Allen."

"¡Es Allen!"

El maná de mi querido hermano había aparecido de la nada en las afueras de la capital oriental.

"Allen", murmuró Alice suavemente. "Me alegro. Pero..."

La puerta principal voló por los aires y el Caballero Negro caído se levantó. Le volvieron a crecer los brazos y las piernas.

¿Por qué precisamente ahora?

"¡Lydia, Tina, vayan! Está llorando", ordenó Alice, con voz tensa. "El caballero ha sido atiborrado con una burda mezcla de Resurrección, Escudo Radiante y Serpiente de Piedra. Llevará tiempo derribarlo. Así que..."

"Es hora de que demuestre lo que puedo hacer", dijo Lady Stella, sonriendo mientras cruzaba su varita y su estoque. Puros copos de nieve de color azul pálido brotaron a su alrededor y rodearon al Caballero Negro.

¡¿Un hechizo de purificación?!

"En marcha", dijo Caren con un gesto de la mano.

"¡Iremos justo detrás de ti!" Ellie intervino.

Mi querida hermana y Tina asintieron, desplegando ocho alas de escarlata y dos de azur, respectivamente.

"¡Caren, Stella, Ellie, Lynne, cuento con ustedes para manejar las cosas aquí! ¡Pequeña!"

"¡Estoy contigo! ¡Iremos con el Sr. Allen!" Tina fue la primera en ir, flotando del suelo y alzando el vuelo con la torpeza de la inexperiencia.

Mi querida hermana hizo ademán de seguirla, pero se detuvo para abrazarme fuerte. "Lo siento, Lynne. Y gracias", me susurró al oído. Oí el tic-tac de un reloj.

"Querida hermana..."

El calor de sus ardientes alas me rozó la mejilla cuando despegó, cogió la mano de Tina en el aire y aceleró. Tina gritó algo que no pude distinguir cuando desaparecieron de mi vista.

El Caballero Negro, ahora completamente restablecido, soltó un largo aullido, casi un canto fúnebre, pensé.

Preparamos nuestras armas, mientras Lady Stella daba los últimos toques a su hechizo. "Descansa en paz", dijo con valentía. "¡Ahora, a por ti!"

*

"Llega tarde. ¿Qué demonios está haciendo Lev?! ¡lto! ¿Se ha puesto en contacto contigo?!"

"No, amo Gregory", respondí. "Por favor, cálmese".

Maldijo y pateó una piedra al borde del acantilado con indisimulada irritación. Mientras tanto, yo permanecía alerta, manteniendo una guardia de ocultación mientras buscaba maná.

Este acantilado con vistas a las Cataratas de la Separación, en las afueras de la capital oriental, era nuestro punto de encuentro designado. Nuestros alrededores estaban desolados, una rareza en esta tierra verde. Y ese dudoso y demasiado orgulloso fanático aún no había llegado.

Las comunicaciones enemigas interceptadas revelaron que, aunque Lev había ido al Gran Árbol, se había retirado casi de inmediato, como no podía ser de otro modo, dado que tenía que enfrentarse a la Dama Manchada de Sangre y al Vendaval Esmeralda. Incluso la legendaria Brigada de la Estrella Fugaz se había unido a la batalla. No tenía ninguna posibilidad contra ellos.

Las fuerzas rebeldes ya estaban siendo derrotadas. Era el Día de la Luz, así que... sólo habían durado un mes.

A pesar de las múltiples protecciones y de los talismanes de teletransporte, no podía estar tranquilo. Teníamos que escapar, y rápido. En el peor de los casos, dejaría inconsciente al Maestro Gregory para asegurarme de que lo hiciéramos.

Ajeno a mis preocupaciones, se despeinó con una mano y murmuró: "Mis predicciones eran perfectas. Conseguí experimentar con caballeros del Espíritu Santo, y logré que esos animales sacaran con espíritus textos antiguos del Gran Árbol y luego del reino. Incluso planeé la pérdida de la

capital real. ¿Pero el oeste en marcha? ¡¿Cómo hicieron un hechizo de teletransporte estratégico en tan poco tiempo?!"

La noticia de la captura de la capital real había llegado temprano esa mañana. Ni siquiera Chise Glenbysidhe, la Sabia de las Flores, conocida como la hechicera más poderosa de Occidente, con la ayuda de sus compañeros demisprites y de los mejores hechiceros de tres ejércitos ducales, podría haber realizado semejante hechizo en un solo día. Era como si entre nuestros enemigos hubiera múltiples maestros del control mágico.

El espacio se contorsionó y volví a adoptar la apariencia de una anciana instantes antes de que se materializara un grupo de hombres con túnicas grises encapuchadas.

"¡Lev!" gritó el Maestro Gregory.

"Pido sinceras disculpas por mi tardanza", dijo el hombre que iba en cabeza, quitándose la capucha e inclinándose respetuosamente. Parecía haber perdido su bastón. Su séquito permaneció en silencio, con rostros ilegibles bajo sus profundas capuchas.

Subrepticamente, preparé hechizos para hacer frente a todas las contingencias. No era ningún simplón. Pero el maestro Gregory negó con la cabeza: confiaba en Lev, aunque no en su iglesia.

"He obtenido lo que necesitaba", dijo. "Y mi experimento con el Caballero Negro fue un éxito. Es posible imbuir a un soldado de hechizos con Resurrección, Escudo Radiante y Serpiente de Piedra. Lamentablemente, no pude recuperar a Gil".

"¿Gil Algren? El Caballero Negro era prescindible, pero él no". Lev frunció el ceño. La Iglesia del Espíritu Santo había incluido al más joven de los duques entre las "necesidades" que exigía que recuperáramos.

"Estamos demasiado cerca de la capital oriental", continuó el maestro Gregory, sin prestar atención a la reacción de Lev. "Partamos. Ya he contactado con los Caballeros del Espíritu Santo".

"Tienes razón. Tampoco tengo noticias de la bestia de pega. Debe haber fracasado".

"Así que, o la inanición o la foca se lo llevaron. Lamento oírlo".

El Cerebro de la Dama de la Espada era un hijo adoptivo del clan de los lobos. Muy apreciado por las casas ducales de Leinster y Howard y por aberraciones como el profesor y el Archimago, empezaba a hacerse notar en el escenario de la historia. Incluso en medio de esta insurrección, había luchado hasta el amargo final. ¿Podría un hombre de su calibre haber muerto tan fácilmente?

"Lev, una vez que descifre estos últimos textos antiguos y prohibidos, ¡seré el mayor hechicero vivo!". exclamó el maestro Gregory, con los ojos brillantes como los de un niño mientras cogía la mano del hombre. "¡Gregory Algren será famoso en todo el continente! Que nuestra asociación sea larga y fructífera".

Lev no respondió. Algo iba muy mal. Intenté apartar al maestro Gregory.

"Mi señor... ¡Sobre ti!" grité, activando el hechizo avanzado que había tejido —Lanza Imperial del Trueno—cinco veces en rápida sucesión. Cada una de ellas se desintegró justo antes de golpear al agresor, que no tardó en aparecer.

Cabalgaba a pelo, a horcajadas sobre un grifo salvaje, un joven vestido con una túnica hecha jirones y armado con una espada y una vara. Con él iba sentada una niña vestida de blanco. ¿Cuántos hechiceros poseían la habilidad de infiltrarse en mis barreras de ocultación sin ser vistos?

"Allen, el Cerebro de la Dama de la Espada", murmuré, estremeciéndome ante el asombroso silencio y la delicadeza de su hechicería.

Mientras tanto, acarició la cabeza del grifo y se volvió para susurrarle algo a la chica.

("Atra, quédate—Oh, está bien. Pero escóndete detrás de las rocas. ¿Entiendes?")

Hecho esto, volvió a mirar hacia delante y saltó de su montura. La chica hizo lo mismo y el grifo salió volando.

El maestro Gregory lanzó un grito ahogado.

"¡Tú!" exclamó Lev con amargura.

La pareja aterrizó y la muchacha corrió a esconderse detrás de una roca. Los hombres sacaron dagas, pero el joven hechicero puso a trabajar su espada encantada y su vara. Capté gruñidos de dolor y gritos de "¡Mi espada!" y "¡Hace que parezca fácil!" mientras los acribillaba.

"¡M-Maldición!" Gritó el maestro Gregory, haciendo disparar flechas relámpago a quemarropa. Sin embargo, su hechizo se desintegró cuando un golpe horizontal de la espada encantada se abatió sobre él.

Abandoné mi disfraz, conjuré una hoja de oscuridad en la punta de mi bastón y me lancé frente al maestro Gregory, que se quedó helado de asombro. Bloqueé el golpe, pero aunque alteraba constantemente la fórmula de mi hechizo para evitar que nuestro asaltante se entrometiera en ella, mi hoja sombría se desvanecía.

¡Es mejor de lo que imaginaba!

"¡Muere!" chilló Lev, sacando una daga de la cintura y lanzando el hechizo avanzado Encadenamientos Imperiales Umbrales.

El joven saltó hacia la roca, barriendo su vara hacia un lado. Las cadenas de Lev estallaron, se congelaron y se fundieron en el aire vacío. La niña asomó la cabeza desde detrás de la roca, dando saltitos. Sus peludas orejas blancas y su cola proclamaban que era una bestia.

"¿Supongo que sois los artífices de esta insurrección?", dijo el Cerebro de la Dama de la Espada, clavando una mirada penetrante en Maese Gregory y Lev. "En ese caso, no puedo dejaros marchar. Y como prefiero no tomarme las cosas a la ligera, también aprovecharé esta oportunidad para devolveros el favor por vuestra hospitalidad en el Mar de los Cuatro Héroes."

*

"¡¿Cómo te atreves?! ¡No eres más que una falsa bestia!" se lamentó desesperadamente Gregory Algren, vestido con las túnicas grises de la Iglesia del Espíritu Santo.

Lev miraba en silencio a Atra, con una daga en la mano derecha. Me moví para bloquearle la vista. La luz del anillo seguía apuntando directamente al fanático religioso, lo que significaba que era el hechicero que buscaba.

El problema era la diminuta hechicera que se erguía protectora frente a Gregory. No había que subestimarla.

Por fin, Lev dijo: "Bestia burlona, has roto el sello del demonio del fuego. Esa criatura detrás de ti es el gran elemental Zorro del Trueno". Rugió de risa. "¡Qué golpe de fortuna! Hágase la voluntad de Su Santidad".

"¡Apártate, Ito!" Gritó Gregory, empujando a la hechicera. "Falsa bestia, ¿qué es eso del Zorro del Trueno?! ¿Llegaste al laboratorio que se dice está en las profundidades de la torre?! ¿Dónde está la investigación?!"

Los hechiceros que creía vencidos empezaron a levantarse uno tras otro, brillando con una luz espantosa. A todos les habían implantado ese burdo simulacro de Resurrección.

"No pudiste con ello", respondí. "No cogí ningún papel de la torre, y el sello se cerró tras de mí".

"¿Qué?" balbuceó Gregory, tambaleándose conmocionado. "¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?"

Lev le puso una mano en el hombro.

"¡Lev! La investigación del demonio del fuego debe... ¿Qué?"

"Vete", dijo Lev, mientras su daga ensartó a Gregory Algren.

La sangre brotó de la boca de Gregory. Débilmente, preguntó, "¿Por qué?"

"¿Por qué si no?", respondió fríamente el fanático, mirando su daga ensangrentada. "Eres una de mis 'ofrendas' a Su Santidad. ¿Cómo pudiste no recuperar al más joven Algren? Sólo agradece que me digne a usar tu sangre diluida, ¡incompetente!".

"Lev...."

"¡Traidooor!", gritó la hechicera—Ito, con el rostro convertido en una máscara de rabia, mientras disparaba una Lanza Imperial del Trueno contra Lev. Los hechiceros de túnica gris respondieron lanzando sus propios hechizos.

¡No está bien!

Hice volar a Gregory e Ito a un lado con un hechizo de viento. La hechicera atrapó al noble en el aire. Mientras caían en picado hacia las cataratas de abajo, su sombrero salió volando para revelar dos pequeños cuernos en su cabeza.

¿Un demonio?!

"Impresionante. No muchos podrían haber respondido con tanta rapidez", dijo Lev, y sus elogios sonaron vacíos. "Eres peligroso, incluso una amenaza para nuestra gran ambición".

Fórmulas de hechizos reflectantes que nunca antes había visto tomaban forma ante los hechiceros. Esta fuerza de inquisidores eclesiásticos debía de ser especialista en combatir a los hechiceros.

"Así, aunque Su Santidad lo prohibió, yo, su apóstol, ¡te quitaré la vida!". Lev rio sombríamente. "Las casas ducales de vuestro reino tienen sangre Wainwright. Así que, hermanos míos, ¡ha llegado la hora de vuestro martirio!"

La docena de figuras con túnica lanzaron una ovación ensordecedora. Luego formaron tres filas y se arrodillaron como si rezaran. Lev me apuntó con su daga manchada de sangre mientras una enorme fórmula de hechizo empezaba a aparecer ante él. Era de un carmesí vivo y venenoso. El suelo se agrietó y las ramas de los árboles se balancearon salvajemente.

Intenté intervenir, pero...

"¿No puedo usar magia?!"

Ante mis ojos, la daga de Lev absorbía el maná de los hombres, convirtiéndose en un conducto de poder. Lev sacó un pequeño frasco de cristal de su túnica y engulló el líquido verde que contenía. Su maná creció de forma explosiva.

"¡Magnífico!", exclamó. "¡Así que este es el poder del Árbol del Mundo! Mientras tenga esto, podré arreglármelas con sangre débil. Ahora, sufre el Sello Divino Óctuple, el estratégico conjunto vinculante que capturó los grandes hechizos... ¡y muere!".

Ocho horribles cadenas ensangrentadas se abalanzaron sobre mí. Detrás de mí, Atra gritó con todas sus fuerzas.

"No te preocupes", le dije. "Pase lo que pase, ¡te protegeré!".

Un instante después, levanté la espada que tenía en la mano derecha y me enfrenté al hechizo de atadura estratégica. Fue una de las cosas más dolorosas que jamás había experimentado, como innumerables cuchillas cortando mi brazo. Sin la espada encantada de Linaria, mi resistencia habría terminado allí mismo.

Los hechiceros continuaron rezando, con sangre fresca brotando de cada parte de sus cuerpos. Uno tras otro, morían porque sus heridas superaban incluso el poder curativo de la Resurrección.

Tras lo que me pareció una eternidad, las ocho cadenas de sangre se hicieron polvo. La espada resbaló de mi mano derecha y aterrizó con la punta por delante en el suelo, con el maná gastado.

Lev soltó una risita desdeñosa, totalmente despreocupado por sus camaradas, que yacían inmóviles ante él. "No creí que pudieras resistirlo, aunque el hechizo fuera incompleto y su activación, breve. Ahora..." Una vez más, una intrincada fórmula apareció en la punta de su daga. "¿Lo intentamos de nuevo?"

El hechizo carmesí se reactivó. Empujé la vara con la mano izquierda para defenderme. Entonces, un escalofrío me recorrió la espina dorsal y di un brusco salto hacia atrás, con todo el cuerpo atormentado por la agonía. Apreté los dientes y reprimí un grito mientras me volvía hacia mi enemigo.

Los ocho grilletos sanguíneos se habían transformado en lanzas, listas para atravesarme.

"El demonio del fuego creó este hechizo", alardeó Lev. "Evoluciona, así que no te imagines que puedes resistirlo igual dos veces".

¡Es lo último que quiero oír!

Mi mano derecha era inútil, no podía lanzar hechizos y no podía entrometerme con la de Lev a menos que la tocara de verdad. Lo único para lo que podía usar mi maná era para mejorar físicamente. Exhalé.

Conclusión: Bloquearía las ocho lanzas y las dismantelaría directamente.

El primero salió disparado hacia delante para empalarme, pero lo vi venir y lo golpeé con mi vara, desviándolo hacia el segundo. Luego esquivé el segundo, mientras me apresuraba a dismantelar el hechizo antes de que me alcanzara su corrosión.

El paisaje a mi alrededor se transformó, el propio suelo adquirió un tono sanguinolento mientras los árboles se marchitaban. Los hombres que se habían derrumbado durante la primera activación se desintegraron en cenizas, y la mayor parte de la segunda fila cayó. Si estaba presenciando un "milagro", entonces estaba decidido a rechazar todo lo que representaba la Iglesia del Espíritu Santo.

Por fin cesó la segunda activación. La vara resbaló de mi mano izquierda y se clavó en el suelo, su vástago quedó sobre la hoja de la espada. Todo mi cuerpo gritó de dolor. La sangre se acumuló a mis pies. Pero había cumplido mi promesa de proteger a Atra.

Miré fijamente a Lev. Solo la última fila de túnicas grises seguía viva.

"Qué desperdicio. Habrías sido un magnífico animal de laboratorio", dijo.
"¡Pero ya es hora de que encuentres tu final!"

Su daga, cuya sangre se había secado, se levantó por tercera vez.

No sentía las manos y tenía las piernas cubiertas de arañazos de lanza. La evasión ya no era una opción. Pero teniendo en cuenta cuántos hombres habían caído, este sería el lance final.

Atra empezó a correr hacia mí alarmada.

"¡Atrás!" Ladré.

Tenía grandes lágrimas en los ojos.

"No te preocupes", dije, sonriendo mientras avanzaba. "Todo va a salir bien".

El rostro de Lev se torció de ira. "¡Desgraciado!", gruñó. "¡Llora, póstrate y pide clemencia a Su Santidad!".

"Jamás. ¡Le di a una joven mi palabra de que mantendría a esta chica a salvo!"

"¡Entonces perece!"

El hechizo se activó por tercera vez. Apareció su fórmula carmesí y lo siguiente que supe fue que me había estrellado contra el suelo. Una presión inmensa pesaba sobre mí desde lo alto, una gravedad elevada que se limitaba a mi entorno inmediato. Gemí, mis huesos crujieron y mis heridas se ensancharon. La infección mágica se extendía rápidamente, privándome de libertad de movimientos.

Fuera de la barrera, la niña dio un grito de alarma.

"No, Atra", dije débilmente. "Huye ahora, mientras aún hay tiempo".

Sacudió la cabeza frenéticamente, con lágrimas corriéndole por la cara.

Qué canalla debo ser, haciendo llorar a una chica.

Haciendo caso omiso de la sangre que manaba de mis labios,forcé la ya demasiado familiar corrosión y me puse en pie.

El miedo en los ojos del fanático era inconfundible mientras chillaba: "¡Monstruo! ¿C-Cómo puedes soportar tres Sellos Divinos Óctuples y seguir en pie?".

"Tratas a la gente como si fuera desechable", repliqué entrecortadamente. "El único monstruo aquí eres tú".

"¡C-Cuida tu lengua!"

La magia de Lev se intensificó. Sin embargo, la fórmula carmesí se hizo añicos cuando el último de los hechiceros rezadores se convirtió en cenizas. Habían llegado a su límite, igual que yo. Me quedé clavado en el sitio, incapaz de moverme.

Atra se acercó corriendo y se aferró a mí. Intentaba desesperadamente lanzar hechizos curativos, pero se negaban a activarse. Al parecer, gran parte de la barrera seguía vigente.

"No", murmuré débilmente. "Corre".

Lev se repuso del susto, me miró con ojos inyectados en sangre y lanzó una cadena de tinta.

Su objetivo era Atra. Sólo tuve un momento para arrojarla detrás de mí antes de que la cadena me atrapara y me tirara al suelo, donde yací demasiado dolorido como para hablar.

Lev se acercó a mí, respirando agitadamente. "Esto es por hacerme perder el tiempo", jadeó, clavándome el pie en las tripas una y otra vez.

Gruñí, incapaz siquiera de defenderme.

"¡Grita! ¡Grita! ¡Suplica por tu miserable vida!"

Entrecortadamente, murmuré: "Atra, corre".

La chica se quedó quieta, temblando y sacudiendo la cabeza.

"Parece que ni tú ni el Zorro del Trueno pueden blandir magia tras la barrera. En ese caso..." Gemí cuando Lev me tiró del pelo, mirándome con locura a los ojos, y dijo: "Mira cómo lo atormento y lo capturo. Una vez hecho esto, me tomaré mi tiempo para matarte".

"Como si te diera la oportunidad. ¡Te lo dije, di mi palabra!"

Lev soltó un grito de sorpresa cuando, ignorando mi agonía, toqué con la mano derecha su cadena y utilicé el último maná del anillo para disiparla.

A continuación, empleé todo mi maná en lanzar a bocajarro el hechizo intermedio Lanza de fuego divino.

"Impos—"

Lev ni siquiera tuvo tiempo de terminar su exclamación antes de salir volando hacia atrás, ensartado por la jabalina en llamas.

Me levanté jadeando. Entonces vi por casualidad mi propia muñeca: la marca de la maldición seguía allí. La alarma sonó en mi cabeza. No podía olvidar que Lev era tan fanático como sus hombres.

Efectivamente, se levantó de un salto y cargó hacia mí, cerrándose la herida de las tripas.

¡Resurrección!

Ya no pude contrarrestar el ataque. La hoja de su daga brilló dulcemente... y se enterró en Atra, que se había lanzado frente a mí.

El tiempo se congeló. Las palabras me abandonaron. Mis emociones llegaron al punto de ebullición.

Atra miró hacia atrás, posó una mano temblorosa sobre Silver Bloom y me dedicó una fugaz sonrisa. "A Atra le gusta Allen. Me gusta mucho. Gracias", dijo. Luego, "Vive".



Mientras luchaba por alcanzarla, el cuerpo de Atra se desvaneció. Atrapé su cinta violeta, que bailaba en el aire, y un grito largo y tendido brotó de mis labios ensangrentados. La cinta se estaba manchando con mi sangre.

¡Le prometí a esa amable bruja que la mantendría a salvo! ¡Le di mi palabra!

Lev se quedó atónito, con los ojos apagados y de un rojo oscuro. "¡Imposible!", gritó salvajemente. "¿Un gran hechizo que protege a alguien por sí mismo?! No tiene sentido".

Apreté los dientes, sin hacer caso del dolor, mientras deslizaba la cinta en el bolsillo y apretaba los puños.

Lev hizo una pausa en su delirio para volver hacia mí sus ojos inyectados en sangre. "¿Qué crees que estás haciendo, desgraciado?"

"¿Tienes que preguntarlo?" repliqué, corriendo hacia él y golpeándole la mandíbula con el talón de la palma de la mano izquierda. Un paso más y le clavé el puño derecho en las tripas. Las rodillas de Lev se doblaron, su daga cayó al suelo y dos pequeños frascos de cristal—ambos vacíos—se desprendieron de su túnica. Vislumbré una luz espeluznante procedente de la insignia eclesiástica que llevaba en el cuello.

"¡Te voy a ganar!" grité, propinándole una patada giratoria en la cabeza mientras se sacudía hacia abajo. Sentí el repugnante crujido de los huesos rotos.

El fanático salió volando y se desplomó en el suelo sin pegar ni un grito. Todo mi cuerpo me gritaba, pero seguí ignorándolo y recogí su daga.

"Levántate", le dije. "Unos golpes duros no te mantendrán abajo, no con la Resurrección trabajando dentro de ti".

Lev se levantó, gruñendo: "Hasta el final...". Su cráneo destrozado ya se había curado, al igual que el enorme agujero de su estómago. No quedaba ni rastro de sus heridas. "¡Insistes en convertirte en una molestia! Puede que no haya conseguido recuperar el gran hechizo, pero al menos te reclamaré como experimento—"

"Su nombre es Atra", interrumpí. "¡Nunca lo olvides!"

Acortando de nuevo la distancia entre nosotros, apuñalé sin piedad a Lev con su propia daga y lancé en silencio un hechizo.

"Desgraciado sin valor", gimió Lev mientras la luz abandonaba sus ojos.
"¿Cómo puedes... seguir moviéndote?".

Con mis últimas fuerzas, tiré de la daga y lo aparté de un puntapié.

"¿Cómo puedo seguir moviéndome?" Me llevé una mano al corazón agonizante. Una persona puede arreglárselas con magia, si está dispuesta a recortar años a su vida.

Caí de rodillas. Mi mano izquierda perdió la fuerza de agarre y la daga cayó al suelo. Mi visión se nubló. Mi cuerpo se tambaleó.

Luego, risa burlona. "Oh, ya veo cómo es. Recurriste a tu propia fuerza vital, aunque no te sirvió de nada". Lev se levantó y conjuró una espina negra en su mano.

Conozco este maná. Pertenece al Mar Ardiente.

El fanático empezó a caminar hacia mí, con una sonrisa de regodeo en los labios. Entonces tuvo una violenta arcada, vomitando vómito carmesí.

"¿Estoy sangrando?", tartamudeó. "¿Yo, un apóstol? ¡Mi Resurrección es más cercana a la original! ¡Tengo el poder del Mar Ardiente y del Árbol del Mundo! ¡Desgraciado! ¿Qué has hecho para...?"

Lev gritó mientras innumerables espinas incontrolables brotaban de su propio cuerpo. El fanático tropezó sin rumbo hasta que su pie resbaló en el borde del acantilado y, con un último grito espeluznante, se precipitó hacia la cascada.

Cuando lo había apuñalado, también había hecho algunas revisiones a sus fórmulas de hechizos. La resurrección no lo protegería contra un ataque desde dentro.

"Por una vez sufres, fanático", le espeté. Luego cerré los ojos. Mi cuerpo se derrumbaba y mi mente se oscurecía.

Mamá, papá, perdónenme. Lo siento, Caren. Linaria, soy un fracaso. Rompí mi palabra contigo.

Chicas, ojalá las hubiera visto crecer.

Lo siento, Lydia.

Tenía la nuca caliente. Alguien me pasaba suavemente los dedos por el pelo. Unas gotas golpearon mi cara.

¿Lágrimas?

Abrí los ojos lentamente y, de algún modo, conseguí sonreír a una chica de pelo escarlata con un uniforme negro hecho jirones. Apoyaba mi cabeza en su regazo y se inclinaba sobre mí mientras me colmaba de hechizos curativos.

"Hola, Lydia", dije débilmente. "Veo que has vuelto a tu antiguo peinado".

"Increíble. Completamente increíble". Lydia estalló. "Eres un tonto, Allen." Tomó mi mano derecha con las dos suyas y la apretó contra su pecho. Su agarre era intensamente tierno, y me miró directamente, con lágrimas en los ojos. "Me las arreglé... muy bien sin ti, ¿entiendes?"



“Hi, Lydia.
I see you’ve gone
back to your old
hairstyle.”

“Unbelievable.
Just completely unbelievable!
You’re such a fool, Allen.”

"Mm-hmm."

"Sabía que estarías bien. Nunca lo dudé ni un segundo".

"Mm-hmm."

"Incluso sin ti... sin ti, yo..."

Eso fue todo lo que consiguió antes de que se le cayera la cabeza y empezara a sollozar. Creo que no la había hecho llorar así desde nuestra batalla contra el dragón negro.

Estaba ocupado acariciando la cabeza de Lydia con la mano izquierda cuando sentí que se acercaba el maná de otra persona. Era Tina.

La luz curativa cesó, así que me incorporé y dije: "Lydia...".

"Si te disculpas, me pondré furiosa. Lo digo en serio", interrumpió Su Alteza mientras levantaba la vista, con los ojos enrojecidos.

Extendí la mano y le alisé el pelo escarlata chamuscado. "Gracias. Estoy tan contento de que hayas venido por mí".

"Tonto. Qué descaro". Lydia apretó mi mano derecha contra ella con más fuerza que nunca.

Quería decirle algo, lo más ordinario que pudiera. Pero antes de que abriera la boca, una colosal columna de agua salió disparada hacia el cielo, distrayéndonos a los dos.

Una titánica cabeza de serpiente surgió de la cuenca de la cascada. Fórmulas de hechizos grises se retorcían por todo el cuerpo de la criatura, canalizando un maná ominoso. En su rostro surgieron más ojos de los que me importaba contar. La criatura abrió las fauces y gritó:

"¡OH, LA AGONÍAAA! ¿POR QUÉ, SANTIDAD? ¡¿POR QUÉ?! ¿POR QUÉ HAS AÑADIDO SERPIENTE DE PIEDRA A MI MARCA?!"

¡¿Lev?!

"Cállate. Estás arruinando el momento". espetó Lydia, lanzando sin piedad un pájaro de fuego de ocho alas contra el coloso serpentino.

Otro grito siguió, y un Lobo de Ventisca bajó de los cielos. Ambos hechizos dieron en el blanco en un estallido de fuego infernal y tormenta de hielo. Entonces, una joven noble de pelo platino se lanzó hacia nosotros con un par de alas heladas desplegadas sobre su espalda.

Lydia chasqueó la lengua y refunfuñó: "Creía que la había dejado en la estacada".

Lancé un hechizo de levitación sobre Tina para ralentizar su descenso y guiarla suavemente hacia abajo.

"¡Señor!", gritó, saltando para abrazarme en cuanto sus pies tocaron el suelo.

"No tan rápido", dijo Lydia, agarrándola por el cuello. "Ahora me toca a mí, y para siempre".

"¿Perdón?!" Tina protestó acaloradamente, con la frente erizada. "¡Se supone que siempre es mi turno a partir de ahora!"

"No puedo estar de acuerdo con eso".

"¡Pues yo puedo!"

"Ustedes dos", intervine, "no creo que aprecien la gravedad de—".

Una punzada de dolor en las muñecas atrajo mi atención hacia la marca de la maldición, que desprendía un extraño resplandor.

No me digas...

Un aluvión de espigas de tinta, cada una más alta que un hombre, atravesó la tormenta de fuego y hielo. Lydia sacó la espada encantada y la vara del suelo y empezó a apartarlas.

"¡Pequeña!", ladró.

"¡Lo sé!" gritó Tina, cogiéndome en brazos y lanzándose al aire. Lydia pronto nos alcanzó.

"Señor, qué... ¿qué es esa cosa?", preguntó la noble de pelo platino, temblando y aferrándose con fuerza a mi brazo derecho.

De un tronco del tamaño de una colina, parecido al cuerpo de una tortuga titánica, se extendían ocho cabezas de serpiente. Un bosque de espigas y árboles marchitos coronaba la espalda de la criatura.

Lydia me entregó a Silver Bloom. "Me está llamando", dijo, mostrando la marca parpadeante en el dorso de su mano derecha. "Y esa cosa parece..."

"Sí", murmuré. "Creo que tienes razón".

Una vez, en el Sagrado Mar del Sur, frente al Ducado de Leinster, habíamos matado a un monstruo milenario: el sinuoso Mar Pica. Y ahora, recurriendo al gran hechizo Resurrección, al Gran Árbol de la Real Academia y a la gran Serpiente de Piedra elemental, Lev lo había arrastrado pateando y gritando de vuelta a la tierra de los vivos. Aunque sus palabras sugerían que esto no había formado parte de su plan.

"¡Señor! ¡Aquí viene!" Tina gritó.

El monstruo espinoso nos ignoró. "EL ÁRBOL DEL MUNDO SERÁ MÍO", rugió mientras innumerables ojos se abrían en sus ocho cabezas. "¡SU SANTIDAD LA SANTA ASÍ LO QUIERE!"

Las aves y las bestias mágicas huían en masa del bosque cercano. El monstruo empezó a avanzar no hacia nosotros, sino hacia la capital oriental. Por "Árbol del Mundo", ¿se refería al Gran Árbol?

Ya tiene mucho maná a su disposición. ¡Si consume el Gran Árbol, toda la ciudad estará condenada! A menos que lo detenga pronto—

Sentí firmes apretones en mis dos brazos. Lydia y Tina apelaban a mí en silencio con los ojos llorosos.

Eso me recordó la advertencia de la bruja oficiosa, su consejo sobre cómo evitar compartir su destino. Silver Bloom parpadeó como para animarme mientras cerraba los ojos e imploraba a las dos nobles.

"Lydia, por favor, usa esa espada", le dije. "Se llama Cresset Fox y, aunque en este momento no tiene maná, es una de las mejores espadas encantadas jamás forjadas. Y necesitarás una buena arma para detener a ese monstruo".

"B-Bueno. ¡Parece que has adquirido un poco de sentido común!"

"¿Nos ayudarías, Tina?" Le pregunté. "¡No tenemos tiempo que perder! Ah, y ¿me das un orbe de comunicación?"

"¡Sí! ¡Sí, señor! ¡Aquí!"

A ambos se les iluminaron los ojos y salimos a toda velocidad hacia la ciudad. Acepté el orbe de Tina y apreté con fuerza a Silver Bloom. Luego cerré los ojos y recé.

Atra, dame fuerzas.

Hecho esto, empecé a hablar al orbe.

*

"Toda la gente de la capital del este, este es Allen del clan del lobo. Por ahora, algunos de ustedes deben ser capaces de ver una terrible criatura. Es el monstruo resucitado Mar Pica, y se dirige al Gran Árbol".

Estaba en la biblioteca del Gran Árbol, preparándome para salir—ya que había oído que la guerra había terminado—cuando sonó la voz de un hombre desde el orbe de comunicación que la señora Mizuho, del clan del zorro, me había dado para casos de emergencia. Chiho e Ine, las dos chicas del clan del zorro con las que había pasado el último mes, me abrazaron, gritando de alegría.

"¿Escuchaste eso, Lotta?!"

"¡Es el buen hombre!"

"Vamos fuera", dije.

"¡Sí!", coincidieron ambas.

Llevé a las más jóvenes de la mano. Mientras caminábamos, la voz continuaba:

"Repito, está destinado al Gran Árbol. Si el monstruo consume el árbol, puede arrasarlo toda la ciudad. Evacuen a los ancianos, mujeres y niños lo antes posible. Envíenlos a los canales subterráneos si no pueden sacarlos de la ciudad a tiempo".

Cuando salimos del Gran Árbol, vi que todos los demás también tenían las orejas pegadas a sus orbes. Toneri, el hijo del jefe Ogi, del clan de los lobos, estaba fuera, acobardado. Kaya, del clan de las ardillas, y Koko, del clan de los leopardos, iban cogidos de la mano.

"Tengo la intención de detener a la criatura. En este momento, estoy corriendo hacia el Gran Árbol con Sus Altezas, Lady Lydia Leinster y Lady Tina Howard".

"¡Ese imbécil!" Toma del clan oso gritó en el nivel por debajo de nosotros. "Está mordiendo más de lo que puede masticar..."

"Calla, Toma", dijeron Shima, del clan de las liebres, y Shizuku, del clan de las cabras, tapándose la boca.

Aun así, sabía cómo se sentía. Los otros milicianos también parecían frustrados, al igual que la guardia real.

¡Ojalá fuera mayor! pensé, apretando las manos de Chiho e Ine.

El siguiente mensaje sonó en mi orbe.

"Pero tal y como están las cosas, no llegaremos a tiempo".

Todos levantamos la vista a la vez. Mi corazón latía con fuerza.

"Así que, por favor, por favor... ¡prestadme vuestra ayuda! Ayudadme a salvar nuestra ciudad, nuestros hogares y, sobre todo, a nuestra familia".

Los orbes de comunicación dejaron de parpadear y se hizo el silencio. Entonces el señor Dag—el antiguo jefe adjunto del clan de las nutrias, que nos había transportado desde Ciudad Nueva hasta el Gran Árbol—dejó caer su pipa sobre una mesa y miró a su alrededor. Tenía los ojos enrojecidos.

"Espero que todos ustedes, bribones, sepan lo que esto significa", dijo, llorando. "Ya nos salvó el pellejo una vez. Y ahora el idiota—el maldito bufón—intenta mantenernos a salvo a nosotros y a toda la ciudad. Ese chiquillo al que herimos por nuestras propias razones egoístas y al que nos negamos a llamar bestia está luchando por nosotros. ¿Por qué? Porque, a pesar de lo desesperados que estamos, él cree sinceramente que somos... ¡somos su familia! Los Beastfolk nunca dan la espalda a la familia, ¡especialmente a nuestros jóvenes! Ese es... ¡Ese es el último pedazo de orgullo que nos queda!" Se secó los ojos con la manga y atronó: "¡Es hora de jugarse la vida! ¿Quién está conmigo?"

Los adultos estallan en vítores y levantan los puños.

Ogi, del clan de los lobos, que era el jefe del consejo, también empezó a dar órdenes. "A menos que puedas lanzar magia botánica o dirigir un barco, entra en el Gran Árbol. Pase lo que pase, ¡levantaremos la barrera estratégica! Ancianos, mujeres, niños, heridos graves y prisioneros de guerra, ¡seguid a los jóvenes milicianos a los canales subterráneos! ¡Envíen mensajes urgentes a los residentes humanos de la ciudad! Rolo, ¡toma el mando en primera línea!"

"¡Inmediatamente!", corearon los demás jefes.

"Entendido". El capitán de la milicia, el Sr. Rolo del clan leopardo, asintió.

Y así, todos los beastfolk se pusieron a trabajar.

Una elfa increíblemente guapa de pelo verde brillante, la duquesa Emérita Leticia Lebufera, salió al paso de los occidentales que se habían agrupado

bajo su estandarte. Vi elfos, enanos, dragones, gigantes y demisprites. En el viejo estandarte de batalla había un dibujo de una estrella fugaz.

"Confío en que todos estaban escuchando", preguntó en voz baja.

Todos asintieron.

La duquesa Leticia miraba a lo lejos, hacia el oeste. "En Río Sangriento, aquel día que nunca olvidaremos, nuestro comandante Estrella Fugaz habló así: 'Retiraos, y vivid vuestras propias vidas'".

Oí sollozos. Los viejos enanos, gigantes y dragones de la primera fila lloraban a lágrima viva.

La duquesa Leticia se volvió hacia ellos. "Sabía que tal sería la orden de Allen. Era el hombre más bondadoso... el más bondadoso que jamás haya existido. Y como su teniente, podía entender la orden. Y aun así..." El legendario elfo—al que yo conocía de los cuentos de hadas—se estremeció y miró al cielo. "Aquel día, yo... deseé de verdad oírle decir: 'Únete a mí y muere a mi lado'".

Los sollozos se hicieron más fuertes.

¿Quería que le pidiera morir con él? Debía de quererle mucho.

"¡Aún... aún!" La duquesa Leticia se secó los ojos y esbozó la sonrisa más bonita. "¡Ahora, ese muchacho—la nueva Estrella Fugaz—suplica nuestra ayuda! 'Préstame tu fuerza', dice. 'Luchen a mi lado'. Oh, mis viejos compañeros de armas, ¿qué dicen?".

Los occidentales eran todo sonrisas, incluso entre lágrimas. Sacaron sus armas y rugieron:

"¡A la batalla! ¡Estamos con Estrella Fugaz!"

La duquesa Leticia asintió, satisfecha. Levantó su lanza y gritó: "¡Entonces, batalla! ¡Estamos con Estrella Fugaz! ¿Y qué hay de ti, Lisa?", preguntó a la otra gran dama, que había permanecido a un lado escuchando su discurso.

La duquesa Lisa guiñó un ojo y respondió: "Qué pregunta más tonta. Les debo a ese muchacho y a Ellyn más de lo que jamás podré pagarles. No olvides que salvó la vida y el corazón de mi hija, y ¿qué mayor obligación puede haber? Me reuniré contigo. Anna."

"El cuerpo de sirvientas está listo para la acción", dijo la sirvienta de la duquesa, la Sra. Anna, dando palmas.

Lily, la simpática señora con el pecho enorme que nos había estado dando caramelos hacía un momento, también parecía tener muchas ganas. Tenía los puños apretados y parte de su flequillo sobresalía y se agitaba. "Supongo que no puedo rechazar una petición de Allen", dijo. "¡Una criada tiene que escuchar a su amo!"

"¿Maestro? Celenissa".

"Sí, Sra. Romy, señora. Lo tengo grabado".

"Lily, me gustaría hablar contigo más tarde."

"Sabes, en realidad nunca he conocido al tipo."

Ser asistenta parecía muy divertido. No quería admitirlo, pero podría haber encontrado el trabajo de mis sueños.

La duquesa Leticia y la duquesa Lisa se pusieron en marcha. Entonces bajó del cielo un grifo blanco verde mar con una cría de grifo a la espalda. Enseguida se oyeron muchos más gritos.

"¡Jefe lo! ¡Jefe Vaubel! ¡Jefe Gang!" El Sr. Rolo llamó a los líderes occidentales. "¡Tomen a mis hombres como guías!"

"Tienes mi gratitud", dijo el dragonfolk.

"Gracias por el ofrecimiento, pero no nos movemos exactamente al mismo ritmo", dijo el enano.

"Prefiero atrincherarme en terreno elevado", dijo el gigante.

"¡Pongan a sus enanos en botes!" interrumpió el Sr. Dag. "Pongan trampas, ¿verdad? Oí cuentos sobre eso cuando era pequeño".

"¡Ha! ¡Esta nutria tiene una buena cabeza sobre los hombros!" retumbó el enano. "¡Te tomo la palabra!"

Mientras hablaban, todos se dirigieron hacia el Gran Puente y el gran canal bajo el árbol. Quedaba Lord Richard Leinster, que tenía la mano en la frente.

"Ya escapó por su cuenta y salvó a Lydia, ¿y ahora toda la ciudad es la siguiente en su lista?", gimió. "Esta es la razón por la que nunca..."

"Richard", llamó un caballero con barba.

Su Alteza se alisó el pelo y dijo con naturalidad: "Los caballeros de la guardia real son la espada y el escudo del reino, y han jurado ayudar a los débiles. Pero saben" sonrió a sus caballeros "que Richard Leinster se considera amigo de Allen, del clan de los lobos. Y cuando yo era niño, me enseñaron que cualquiera que le da la espalda a un amigo es escoria. Y lo más importante, aún no he tenido la oportunidad de darle a Allen ese puñetazo que le debo".

¿Van a darle un puñetazo?

Chiho, Ine y yo nos miramos.

Pero entonces los caballeros rieron, y Su Alteza se irguió y gritó: "¡Caballeros de la guardia real, marchen! ¡Vamos a apoyar a Allen, nuestro hermano de armas!"

"¡Sí, señor!"

"¡Esperen! ¡Por favor, esperen!", gritó un anciano. Era un enemigo, todo atado, y había otros prisioneros mirando desde detrás de él. Parecían importantes.

"¿Zani?", dijo Su Alteza. Parecía confuso.

"Lord Richard, perdone nuestra desvergonzada petición. ¡Deseamos unirnos a la batalla!"

"Yo no—"

"¡Hemos perdido el rumbo! Nuestra conducta ha sido inexcusable. Sin embargo..." El anciano apretó la cara contra el suelo y gritó: "¡La capital oriental es el hogar del duque Guido! ¡Haag, Hayden, yo mismo y todos los que estamos aquí pertenecemos a esta ciudad! Nosotros también hemos mirado al Gran Árbol todos los días de nuestra vida. Por favor, ¡se lo imploro!"

"¡Te lo suplicamos!" gritaron los andrajosos caballeros y hechiceros detrás del anciano. Todos ellos apretaron también la cabeza contra el suelo.

"Desaten a los prisioneros", ordenó Su Alteza con severidad. "¡Y rápido! ¡Nos estamos quedando sin tiempo!"

"Oh, gracias", sollozó el anciano mientras la guardia real desataba a un prisionero tras otro y los ayudaba a levantarse.

Mi pecho se sintió muy, muy caliente de repente. Todo el mundo se estaba uniendo para salvar la ciudad, para salvar a Allen. Chiho e Ine también estaban llorando.

Todo el mundo se había ido, excepto unas docenas de demisprites, un hechicero elfo con un bastón en la mano—el Archimago—y el grifo blanco. Y el bebé grifo, que sostenía una niña demisprite.

"¿Qué hacemos, jefe Chise?", preguntó a una dama demisprite, que acariciaba al grifo adulto.

La señora no respondió a la pregunta, pero murmuró: "Esa nutria tiene razón. Lo he pensado mucho. Nos salvó y murió, mientras nosotros seguíamos viviendo. A veces estoy casi loca de celos porque Luna Creciente pudo morir con él. Y apuesto a que ese elfo siente lo mismo".

La chica se quedó callada.

"No lo negaré", dijo el Archimago.

La Sabia de las Flores bajó el ala de su gorro de flores y se levantó de la silla. En voz muy baja, confió: "Pero por fin, por fin, lo entiendo". Las lágrimas de la jefa Chise dejaron manchas en el suelo. El grifo blanco levantó la cabeza. "¡Sobreviví a Río Sangriento para poder estar hoy aquí! ¡Sólo por esto! Para este momento en el que puedo dar un buen uso a mi vida, ¡a toda mi vida desde que nos dejó! Ando, Rodde, Luce, prestadme vuestra ayuda. Este es un trabajo demasiado grande para que esos jóvenes beastfolk lo manejen solos. Vamos a levantar la barrera estratégica del Gran Árbol en un tiempo récord".

*

El desbocado Caballero Negro gimió mientras, en medio de una ráfaga de copos de nieve de color azul pálido, empezaba a convertirse en cenizas ante nuestros ojos. Lady Stella cruzó su varita y su estoque mientras completaba su hechizo.

"William Marshal, has luchado lo suficiente", declaró en voz baja. "Descansa en paz."

"¿No es increíble Lady Stella?" Le susurré a Ellie, que estaba a mi lado. "No tenía ni idea de que dominara la purificación".

"¡Sí!" Ellie susurró con entusiasmo. "¡Pero su Espada Escarlata fue increíble también, Lady Lynne!"

Con timidez, murmuró: "Gracias".

"Mm-hmm. Santa Loba ha crecido. Ojalá no tuviera ese maldito pecho. Qué pena", comentó Alice, asintiendo mientras, con un pequeño "Hup", movía un enorme trozo de escombros con una sola mano. Dejó al descubierto una alabarda negra encantada incrustada en la tierra. Sacó el arma y gritó: "Violet Growly".

"Supongo que es demasiado tarde para cambiar ese apodo", respondió Caren con pesadez, levantando la vista de asegurar a Grant Algren. "¿Para qué me necesitas?"

La Héroe lanzó la alabarda hacia ella. La vicepresidenta del consejo estudiantil atrapó el arma con su mano izquierda sin inmutarse.

"¿Qué es esto?", preguntó.

"Violeta Profundo. Úsala. Es una buena arma para un lobo del rayo, aunque no tan buena como esa daga del dragón del trueno".

"¡P-Pero esa es el arma hereditaria de los duques Algren!" Jadeó e intercambié una mirada con Ellie.

¿Y qué quiere decir con "dragón del trueno"?

Caren apretó con fuerza la alabarda encantada, que se volvió violeta. La blandió hacia el muro exterior. El rayo cortó la gruesa piedra como un cuchillo caliente la mantequilla.

Mientras Ellie y yo nos deleitábamos con la exhibición, los últimos rastros del inquietante maná del Caballero Negro se desvanecieron. Su yelmo se desmoronó para revelar el rostro tuerto de un hombre aún en la flor de la vida.

"Perdóname las molestias que te he causado", murmuró entrecortadamente, llorando lágrimas amargas. "Oh, cómo he metido la pata. Una última petición: salva las vidas de mi señor, Gerard Wainwright, y de mis hombres, verdadero Santo".

El Caballero Negro se convirtió en cenizas y desapareció. Lady Stella envainó sus armas y exhaló.

"Lo lograste, Stella", dijo Caren, acercándose rápidamente a ella. "Ese fue uno de los hechizos de Allen, ¿no?"

"Sí", respondió Lady Stella con orgullo. "¡Casi he terminado mi segundo cuaderno!".

"No me digas".

Mientras que la presidenta del consejo estudiantil estaba claramente encantada, su segundo al mando parecía un poco disgustado. Estaba a punto de expresar mi propia opinión cuando, para nuestra sorpresa y el enfado de Alice, un enorme temblor sacudió toda la ciudad. Le siguió un maná anormalmente potente que se dirigía hacia... ¿el Gran Árbol?!

Alice saltó sobre el muro exterior.

"¿Qué pasa?" Pregunté nervioso, mientras Ellie balbuceaba.

"¡Rápido!" Caren gritó. "¡Tenemos que reunirnos con Allen!"

"Todo el mundo en calma", ordenó Lady Stella con compostura. "La Duquesa Lisa está en el Gran Árbol. Deberíamos empezar por alertarla".

Justo entonces, nuestros orbes de comunicación sonaron:

"Toda la gente de la capital del este, este es Allen del clan del lobo."

Era la voz que habíamos estado esperando durante un mes: ¡la voz de mi querido hermano!

Cuando terminó su mensaje, estábamos temblando. ¿De miedo? No, en absoluto. Esto... ¡Esto era alegría! Alegría de que mi querido hermano estuviera sano y salvo y, sobre todo, ¡de que hubiera pedido nuestra ayuda! No pude contener mi euforia, e incluso Lady Stella murmuró: "Señor Allen..." con las mejillas sonrojadas.

Nuestros orbes de comunicación parpadeaban sin parar. Parecía que todas las fuerzas amigas se movilizarían para interceptar al monstruo. Por mucho que ansiara hablar con mi querido hermano, sabía que llamarle todos a la vez sólo podría provocar el caos. De momento, ¡nos necesitaban en el campo de batalla!

"¡Stella! ¡Deberíamos unirnos a la lucha! ¡Tenemos que hacer algo por Allen!" gritó Caren, elevando a Violeta Profunda e invocando a nuestros grifos aéreos. Un vistazo a su cara reveló lo extasiada que estaba.

Los temblores se intensificaron sin cesar, y la campana de la estación de tren empezó a hacer sonar una alarma incesante. Alice saltó de la pared al

suelo y dijo con rotundidad: "Sé a qué nos enfrentamos: al monstruo Mar Ardiente, arrastrado pateando y gritando de vuelta a la vida. Tiene Resurrección, un poco de la gran Serpiente de Piedra elemental, e incluso poder del Árbol del Mundo mezclado en su interior. Incluso a mí me costaría matarlo: mi poder no funciona tan bien con los elementales ni con el Árbol del Mundo".

Ellie y yo nos miramos. Luego sonreímos.

"Eso no será un problema. Después de todo..."

"¡Tenemos al Sr. Allen de nuestro lado!"

Caren acarició el cuello de su grifo verde mar mientras sacaba el reloj de bolsillo de mi querido hermano y declaraba: "Nunca perderé mientras Allen esté conmigo. Ni siquiera con Lydia... o contigo, Stella".

"Yo no estaría tan segura", respondió Lady Stella, con una sonrisa intrépida. "Me dio una pluma de grifo y dos cuadernos enteros".

Los tres gruñimos de dolor.

Alice intentó—sin éxito—silbar y dijo: "Bien hecho, Santa Loba".

Lady Stella se ha convertido en una enemiga formidable. ¡Y debo estar a la altura del desafío!

Con una digna sacudida de su precioso cabello platino, la futura Duquesa Howard ordenó: "¡Cabalga! ¡En ayuda del Sr. Allen!"

*

Para cuando saltamos a horcajadas sobre nuestros grifos y miramos hacia la ciudad, ya se elevaban lenguas de fuego desde muchos lugares. Entre el humo negro, contemplé una silueta corpulenta. Aunque serpentina, me recordó a una tortuga de ocho cabezas.

Salva tras salva de magia ofensiva lanzada desde detrás de la cobertura de los edificios e impactó contra la criatura, levantando nubes que oscurecían mi visión. Parecía que algunas fuerzas ya estaban atacando al monstruo.

"Lynne, confío en que sepas cómo están las cosas", llamó mi querida madre a través de mi orbe de comunicación. "Una fuerza de avanzada de las casas del este ya está en combate con la criatura".

¿Las casas del este luchan por nosotros?

"¡Ah!" grité mientras Alice me arrancaba el orbe del pelo. "Q-Qué has..."

"No creo que ni yo, ni la dama bruja, ni la Dama del Viento podamos matar del todo a esa cosa", anunció en voz baja. "Dejemos que Allen le dé el golpe final".

Oí un grito ahogado del orbe, y luego mi querida madre respondió: "Oigo y obedezco, Gran Duquesa Alvern. Pero aunque no podamos matarlo, podemos desgastarlo".

"Mm-hmm. Yo también me prepararé". Alice me devolvió mi orbe.

Supongo que realmente es la Héroe, aunque no siempre actúe como tal.

Sin previo aviso, una nueva voz retumbó desde mi orbe, rebosante de vigor marcial. "¡Todas las fuerzas aéreas y las que atacan a la criatura! ¡Aquí Dormur Gang de los gigantes! ¡Mirad bien! ¡Están a punto de presenciar las artes hereditarias de mi pueblo!"

Decenas de rocas colosales atravesaron la densa capa de nubes y se precipitaron hacia el Mar Ardiente, que seguía avanzando y aplastando edificios a su paso. Al parecer, los gigantes occidentales se habían apostado en la cima de una colina del distrito de la Ciudad Nueva. Apenas podía creer lo que veía: su asalto a la capital real no había sido nada comparado con aquello.

El Mar Ardiente chilló cuando las piedras lo bombardearon, deteniendo su avance y, de paso, demoliendo los edificios cercanos. Sin embargo, la lluvia de rocas no cesaba. Tantas golpeaban al monstruo que apenas podía verlo a través del polvo.

"¡Cuidado, todo el mundo!" Lady Stella gritó.

"¡Ahí viene!" Ellie se hizo eco de su advertencia.

"¡Retrocedan!" Iadró Caren mientras una andanada de enormes espinas atravesaba la nube de polvo y salía disparada hacia el cielo. Los proyectiles golpearon las rocas que se acercaban, destrozándolas antes de que pudieran alcanzar el cuerpo del Mar Ardiente, y la criatura reanudó su avance. Incluso detenerla sería inimaginablemente difícil.

Caren sacó varias placas metálicas de un bolsillo interior y nos lanzó una a Lady Stella, a Ellie y a mí. Cogí la mía y vi que su superficie mostraba un intrincado sigilo.

"¿Caren?" pregunté, casi al mismo tiempo que Lady Stella hacía lo mismo. El "¿Qué es esto?" de Ellie sonó igual de desconcertado.

"Las inventó mi padre", explicó Caren. "Pueden protegerte de una herida mortal. Nuestros hechizos no tendrán mucho efecto sobre ese monstruo, así que tendremos que acercarnos y cortarle la cabeza. No necesito..."

"Caren, no aceptaré esto", interrumpió Lady Stella. "Ellie, Lynne, quédense con ellos".

"No soy rival para usted, señorita Presidenta", cedió Caren, tocándose la boina floreada.

"Podría decirte lo mismo".

Entonces, la voz de un hombre resonó en nuestros orbes de comunicación.

"¡Soy Leyg Vaubel de los enanos! Tengo un plan".

Los jinetes wyvern rodearon el Mar Ardiente, lanzándose en ataques de ataque y fuga. A los pies del monstruo, la milicia, la guardia real y la Brigada de la Estrella Fugaz mantenían un flujo constante de hechizos ofensivos desde la cobertura de los edificios, luchando por frenar su avance. La criatura, mientras tanto, llenaba el aire a su alrededor de enormes espinas afiladas como cuchillas, que desgarraban cualquier edificio o persona que tuviera la desgracia de interponerse en su camino y hacían caer en picado del cielo a wyverns y grifos.

Luchando contra nuestro deseo de unirnos a la refriega, nos centramos en tejer hechizos en el aire e imbuirlos de maná. Por suerte, pudimos oír gran parte de lo que pasaba en tierra, gracias a la magia de viento de Ellie.

La propuesta del jefe Leyg Vaubel había sido simple y directa: "Ese monstruo va tras el Árbol del Mundo, ¿verdad? Entonces, todo lo que tenemos que hacer es elegir un lugar en el camino para atraparlo y martillarlo".

El Mar Ardiente se encontraba a poca distancia de la gran plaza ante el Gran Árbol cuando, de repente, detuvo su avance. Al observarlo más de cerca, vi que sus enormes patas se habían hundido en la tierra y se habían atascado. ¡Estaba atrapado en una trampa enana!

"¡Ahora! ¡Golpéalo con todo lo que tengas!", ordenó mi querida madre desde su grifo, que volaba junto al mío. Los hechizos convergieron sobre el monstruo desde todos los lados.

"¡BASTA DE TRUCOS!", rugió el Mar Ardiente. Pero aunque devolvió el fuego con innumerables espinas y agitó la cola, los ataques siguieron llegando.

Una sombra oscura cruzó el cielo, y colosales masas de piedra se estrellaron directamente sobre las ocho cabezas de la criatura. Era el jefe gigante, Dormur Gang. A pesar de estar plagado de espinas, se mantuvo firme y agarró la cabeza más cercana a él, bramando: "¡Leyg! ¡Egon!"

"¡En ello!"

"¡Estoy aquí!"

Los jefes enano y dragonfolk levantaron sus enormes hachas y espadas y se lanzaron sobre una roca destrozada para atacar al monstruo. La cabeza que el gigante tenía agarrada emitió un chillido ensordecedor, que se apagó bruscamente cuando sus espadas la cortaron. Quedaban siete más.

El muñón se retorció, pero una rápida descarga de hechizos impidió su intento de regeneración. Sin embargo, finalmente se deshizo del Jefe Gang, que cayó a un canal. Una mancha de sangre se extendió por la superficie del agua. Los jefes Vaubel e lo cayeron también, ensangrentados de pies a cabeza.

Aun así, los tres viejos héroes de guerra lanzaron un rugido para levantar la moral de nuestro ejército.

"¡¿Vieron todos eso?!"

"¡La cosa puede morir!"

"¡Si nos unimos, podemos matarlo!"

Así que, ¡estas son las personas que estuvieron al lado de la legendaria Estrella Fugaz!

"Creo que somos los siguientes", anunció alegremente Anna desde la azotea de un edificio cercano.

"Permíteme", añadió Romy.

"Sí, señora", respondió una de las otras criadas mientras Jean gritaba: "¡Justo ahí contigo!" y se unía a sus dos superiores para saltar hacia el Mar Ardiente.

El monstruo levantó la cabeza y lanzó agujas por la boca. Sin embargo, Anna se limitó a decir: "Romy, Jean, tal como están", y agitó las manos. Unas cuerdas invisibles destrozaron hasta el último de los erráticos proyectiles, abriendo paso a las doncellas.

La segunda al mando empuñó su martillo de guerra de mango largo con ambas manos y, con un grito agudo, ¡lo hizo caer sobre la coronilla de una cabeza monstruosa! La cabeza se desplomó y Jean gritó: "¡Te tengo!", mientras, en medio del bombardeo mágico, lanzaba un tajo con todas sus fuerzas y...

¡Clang!

La cabeza vecina bloqueó su golpe con las mandíbulas. ¡Estaba en peligro!

"Eres demasiado descuidada", comentó Celenissa, hendiendo los colmillos del monstruo y rescatando a Jean con un golpe de su guadaña. Más atrás, Nico conjuró leones de agua para repeler nuevos ataques. Pero la cabeza seguía...

El aire se llenó de risas engreídas y cadenciosas, seguidas de una alegre declaración: "¡La estrella siempre llega tarde!". Lily corría por los tejados, con su pelo escarlata ondeando tras ella. Un aluvión de espinas la asaltó, pero ella lo resistió con el apoyo de Anna y sus propios escudos de flores ardientes. Lanzó un grito desgarrador mientras sus espadas gemelas brillaban una, dos veces, y una segunda cabeza cortada caía al suelo.

Mientras el Mar Ardiente chillaba, dos de los Pájaros de Fuego de Lily alzaron el vuelo. La criatura aún intentaba regenerar la cabeza que había perdido cuando el infierno que sobrevino envolvió su herida abierta. Quedaban seis más.

"¡No se guarden nada!", llamó mi querido hermano Richard a sus caballeros.

"¡Disparen con todo lo que tengan!" ladró Rolo a su milicia.

Sus tropas desataron un cañoneo mágico, obligando al monstruo a centrar su atención en el suelo.

Mi querida madre nos hizo una señal y saltó de su grifo sin dudarle un instante. La duquesa Leticia se echó a reír y le pisó los talones, exclamando: "¡Oh, qué emoción! Lisa, déjame mi parte de presa".

Lancé una mirada significativa a Ellie, Lady Stella y Caren. (Luego solté las riendas, desenvainé la espada y todos nos lanzamos hacia el Mar Ardiente.

Ellie usó su magia de viento para ganar velocidad. Yo concentré mi Pájaro de Fuego en mi arma, mientras Lady Stella hacía lo propio con sus Halcones Escarchados: yo invocaba la Espada Escarlata, y ella, la Espada y el Escudo Azules. Caren, por su parte, sostenía su lanza en cruz en la mano derecha y la Violeta Profunda en la izquierda.

Debajo de nosotros, vi a mi querida madre y a la duquesa Leticia reclamar una cabeza cada una, viento y fuego incinerando y destrozando sus objetivos hasta el olvido. ¡Qué hazaña sobrehumana!

"¡CONOCE TU LUGAR!", rugió el Mar Ardiente mientras su cuerpo se hinchaba... ¡y luego soltó una andanada de espinas que empequeñeció cualquiera de sus ataques anteriores! Edificios y árboles se convirtieron en alfileros, y la zona que rodeaba al monstruo empezó a petrificarse.

Incluso mi querida madre y la duquesa Leticia se vieron obligadas a retroceder, y el resto de nuestras fuerzas detuvo su asalto. Las espinas también volaron hacia nosotros, pero fueron interceptadas por brillantes barreras de color azul pálido: ¡el Escudo Azul de la Dama Stella! Aun así, algunas las atravesaron, y tanto Caren como yo perdimos nuestros amuletos.

El monstruo se liberó de la trampa y entró en la plaza, convirtiendo en piedra todo lo que le rodeaba. Estábamos en apuros.

Justo delante de mí, Ellie levantó las manos sin una pizca de miedo. "¡Yo... yo... yo también he crecido!", gritó, destrozando las patas delanteras del Mar Ardiente con una descarga de fuego, agua, tierra, viento, hielo, luz y magia oscura.

¡¿Hechizos avanzados de siete elementos?!

"Bien hecho, Ellie", dijo Caren. "Pero..." ¡Explotó una cabeza con ocho hechizos relámpago avanzados, luego la empaló con su lanza y Violeta Profundo! "¡No renunciaré a mi lugar al lado de Allen!"

"No estoy de acuerdo. Gritó Lady Stella mientras un barrido de su Espada Azul lanzaba una cabeza congelada por los aires. Sólo quedaban dos.

Lancé mi Espada Escarlata contra la séptima cabeza con todas mis fuerzas, pero me vi frustrado por la repentina aparición de varios miles de espinas pétreas. Mientras me tambaleaba, la octava cabeza, la más grande, se volvió hacia mí y abrió las fauces. La luz brillaba en más colmillos de los que podía contar.

Pero justo cuando creía que estaba acabado, el Pájaro de Fuego de mi querida madre, el Dragón Vendaval de la duquesa Leticia y las cuerdas de Anna atravesaron el bosque de piedra que protegía al monstruo. Una gran espada y una espada larga se clavaron en la boca abierta. ¡Eran Lily y mi querido hermano Richard!

Grité con todas mis fuerzas, canalicé todo mi maná hacia mi espada... ¡y finalmente corté la séptima cabeza!

La última cabeza me fulminó con una mirada llena de odio y lanzó una lluvia de agujas desde sus fauces. Una figura solitaria se interpuso entre la embestida y yo, gritando: "¡Lady Lynne!".

"¡Ellie, no!" Grité mientras mi mejor amiga me cogía en brazos, protegiéndome mientras se retiraba de la plaza. "¿Ellie?!"

"¡Estoy bien! Gracias a esto". Me mostró una placa de metal rota y petrificada: ¡el amuleto del padre de mi querido hermano!

"Mmm. Buen trabajo, Ellie. No eres del todo mala", comentó Alice a través de nuestros orbes de comunicación. "Lo han hecho bien, todos. Ahora es mi turno. Cien Rayos."

"¡Gracias a todos por aguantar tanto tiempo!" La voz de Ogi retumbó. "¡Estamos listos para activar la barrera del Gran Árbol!"

Ocho pilares de relámpago blanco puro se materializaron. Entonces se activó la magia botánica más allá de lo que jamás había visto, conteniendo el Mar Ardiente mucho más eficazmente que el intento anterior de Ellie. Aun así, la petrificación seguía extendiéndose lenta pero constantemente.

"¡Tina! ¡Querida hermana!" Murmuré, seguro en los brazos de Ellie. "¡Querido hermano! ¡El resto depende de ti!"

*

Atravesamos los distritos de los beastfolk, que se estaban convirtiendo rápidamente en un amasijo de rocas debido, supuse, al poder de la Serpiente de Piedra. Al parecer, nuestros aliados habían acabado con siete

de las ocho cabezas del monstruo. Aún me costaba creer que la Casa Ducal de Lebufera hubiera acudido en nuestra ayuda.

"¡Señor, es el Gran Árbol!" gritó Tina, señalando con su vara. "¡Y el monstruo está detenido en la plaza!"

El Mar Ardiente estaba atrapado en algo parecido a una telaraña de innumerables raíces de árbol e inmovilizado por ocho pilares de relámpago blanco. La primera era la barrera estratégica del Gran Árbol, mientras que la segunda... Miré hacia arriba y vi a la Héroe, Alice Alvern, con su espada desenvainada y sus pálidas alas desplegadas.

"Lydia, Tina", dije, "llevadnos al Gran Puente, por el lado más cercano al árbol".

"Muy bien."

"¡Sí, señor!"

Nos apeamos en el puente y nos volvimos para observar al monstruo en la plaza. Aunque no había conseguido regenerar las cabezas perdidas, tampoco mostraba signos de abandonar el fantasma.

Puede resistir la magia del Héroe, lo que significa que debe rivalizar con el dragón negro. Y si también absorbe el Gran Árbol...

Intenté empujar la barra hacia delante, pero vacilé. Los ojos de Lydia se abrieron alarmados mientras ella y Tina me sujetaban.

"Señor", murmuró Tina con evidente preocupación, "no está en condiciones de luchar".

Recordando una vez más los consejos de la bruja reclusa, me volví hacia la nerviosa noble de pelo platino y le dije: "Tina, ¿me echas una mano? Y por favor, ata esta cinta a mi vara".

Sus ojos se abrieron aún más. "Sí, señor. ¡Por supuesto!", respondió, asintiendo con alegría mientras aceptaba la cinta violeta, la ataba a mi vara encantada y tocaba la suya con ella.

"Yo te apoyo", añadió Lydia malhumorada, apretándome la mano y uniéndose con su espada.

Cerré los ojos y vi la cara sonriente de Atra.

Lo sé. Viviré.

Levanté mi vara ante mí. Su punta enjoyada resplandeció de esplendor cuando liberé el hechizo que Atra me había dejado. Capas y capas de fórmulas geométricas sumamente intrincadas tomaron forma, crepitando con chispas de electricidad de todos los colores del arco iris.

"¿Q-Qué es esto?!" Tina jadeó sorprendida.

"Es precioso", suspiró Lydia.

"Espero que nunca olvides este hechizo", dije. "Esta hermosa magia fue un regalo de despedida de ella... de esa amable gran elemental. Su nombre es..."

Un rugido ensordecedor asaltó mis oídos. El viento arreció y el suelo tembló cuando la barrera estratégica y las barras de relámpagos volaron por los aires, y el Mar Ardiente reanudó su avance. Ahora estaba sobre el Gran Puente.

Alice se retiraba temporalmente en el cielo por encima del Gran Árbol.

El rostro de Lev apareció entonces, duplicado innumerables veces en la cabeza de serpiente restante. Nos miraron y gritaron: "¡SU SANTIDAD QUIERE LA MUERTE DEL MUNDO!".

A la monstruosidad le brotaron espinas por todo el cuerpo, anclándose en su sitio. Sus fauces se abrieron de par en par y empezaron a acumular luz cenicienta.

Sentí como si una pequeña mano agarrara la mía. "¡Tina! ¡Lydia!" Llamé.

"¡Sí, señor!"

"¿A qué esperas?"

Liberamos nuestra magia en un solo estallido cuando por fin pronuncié su nombre:

"Relámpago".

Una luz cegadora atravesó el puente caído. Lev disparó también su rayo gris y ambos chocaron. El choque levantó altísimas columnas de agua, mientras la plaza y el otro lado del puente empezaban a petrificarse.

Me mordí el labio. Mi cuerpo no podía seguir el ritmo del hechizo. A menos que pensara en algo...

Lydia puso su mano sobre la mía y la apretó con fuerza. "¿Quién crees que está a tu lado?", preguntó. "¡No te quedes en la ceremonia!"

"¡Tienes razón!" Concedí y establecí un vínculo de maná verdaderamente profundo con el llorón de alta cuna. La alegría pura casi me abrumba.

Lydia soltó una risita mientras sus alas de fuego se volvían de un blanco brillante. "¡Claro que sí! Deberías haber hecho esto desde el principio". Me dedicó una sonrisa intrépida y mi producción mágica se estabilizó de inmediato.

Nuestro hechizo comenzó a empujar hacia atrás contra la viga de Lev. Pero no pudo atravesarlo.

"¡Señor!" gritó Tina, apretando mi mano con todas sus fuerzas. "¡Yo también estoy aquí! ¡Y no lo estaría si no fuera por ti! Así que... ¡Así que...!"

"Gracias. Prepárate". Respondí, estrechando también mi vínculo con ella. Las alas heladas de la joven noble se volvieron blancas como la nieve.

"Señor, debería cuidarse más", murmuró Tina, con lágrimas brotando de sus ojitos y congelándose antes de caer. Debí de hacer que nuestra conexión fuera demasiado fuerte, permitiéndole ver lo que yo había experimentado.

"¡Pequeña!" Lydia chasqueó. "¡Si sólo vas a llorar, apártate!"

"¡No necesito que me digas eso!" replicó Tina, sacándola de su melancolía. "Por favor, préstame tu fuerza, ¡el poder de proteger a todos!"

Las marcas de Qilin Ardiente y Grulla Helada empezaron a brillar con intensidad. Rayos escarlata y azul se mezclaron con el Relámpago, aumentando su poder en varios órdenes de magnitud.

"¡Basta!", gritamos los tres a una.

An anime-style illustration depicting a magical battle. On the right, three characters are shown in a dynamic, shouting pose. The character in the foreground is a young girl with short, spiky white hair and blue eyes, wearing a white dress with a blue bow. Behind her are a boy with brown hair and red eyes, and a girl with long red hair and blue eyes. They are surrounded by glowing purple and white magical symbols, including circular diagrams with intricate patterns and lines. A large, swirling energy burst of red, blue, and white light dominates the left side of the frame. The background is dark with some green foliage visible on the right.

“Enough!”

Streaks of scarlet and
azure mingled with Lightning Flash,
magnifying its power by orders of magnitude.
Our spell tore through Lev’s ashen ray...
and struck him!

Los numerosos ojos de Lev se abrieron aterrorizados cuando nuestro hechizo atravesó su rayo ceniciento. Sólo alcanzó a rugir un último "¡SU SANTIDAD!" antes de que el rayo lo alcanzara. Una tremenda onda expansiva hizo crujir el puente, y el estruendo debió de ser audible en toda la capital oriental. Nuestro estallido de luz se prolongó hasta donde alcanzaban mis ojos, atravesando las nubes antes de desvanecerse finalmente.

Bajé la vara y me volví hacia Lydia y la llorosa Tina. "Gracias a las dos", dije, rompiendo mis lazos con ellas. "Nunca podría haberlo hecho sola".

"Ni lo menciones", respondió Lydia, clavando su espada en el Gran Puente y abrazándose a mi brazo izquierdo.

"Señor", murmuró Tina, abatida. "S-Señor, era... era magia..."

"Fue un gran hechizo, ¿no?" Lydia terminó por ella. Después de lo profundamente que había enlazado con ellos, el gato estaba más o menos fuera de la bolsa.

"Sí", admití, "aunque no exactamente como los que hemos leído en los cuentos. Te contaré más una vez... Lydia, suéltame".

"No", chirrió Lydia.

"Tina, ayuda."

"No puedo", respondió Tina distraídamente. "Ahora mismo, ésa es la menor de mis preocupaciones. Por favor, espera un poco más. Sí, por favor. Te prometo que te lo diré con palabras". Y se calló.

El hechizo que acabábamos de lanzar había sido el último legado que Atra me había dejado: uno de los verdaderos grandes hechizos utilizados por ella y otros seres como ella. ¡Y qué poder! Me volví para mirar al frente y gemí. No quedaba rastro del Mar Ardiente ni de ningún edificio en nuestra línea de fuego.

Lydia apoyó la cabeza en mi hombro. "¡Vaya!", chistó jactanciosa. "Después de esto, todo el mundo en el reino también sabrá tu nombre".

"¿Por qué sueñas tan contento por eso? Santo cielo".

Este fue probablemente el primer uso bélico de un gran hechizo desde la era de las luchas. Había soñado con lanzar uno desde que era un niño pequeño. Y sin embargo...

"Ahora, prefiero tenerte aquí con nosotros, Atra."

Sin previo aviso, el mundo cambió. Tina y Lydia desaparecieron de mi vista, al igual que todo lo que me rodeaba. Me encontraba en un mundo blanco. Conocía esa sensación, era justo lo que había experimentado cuando Tina había descontrolado a Grulla Frígida.

"Sí. Este es mi—nuestro—mundo", me informa una chica vestida de blanco. Hermosas plumas de ave se entremezclaban con su larga cabellera azul pálido.

"Gracias por salvar a nuestra hermana, Atra", añadió otra chica, vestida de forma idéntica, pero con radiantes cabellos escarlata. Sus orejas de bestia y su cola temblaban mientras se inclinaba. "Siento lo que pasó antes. Algo horrible se apoderó de mí. Y.... no pude ayudar a Lydia".

Ambas habían perdido maná desde la última vez que las vi, durante mi batalla con Gerard. Y lo más sorprendente era que sus voces eran más maduras de lo que jamás las había oído.

"Debería ser yo quien te diera las gracias", dije, sonriendo. "Has estado protegiendo a Tina y Lydia, ¿verdad? Se lo agradezco. ¿Podrían decirme sus nombres, Srta. Grulla Frígida y Srta. Qilin Ardiente?".

"¿Nuestros nombres?", preguntó uno lentamente.

"Nos quitaron nuestros verdaderos nombres", dijo el otro.

"¿Tomado?" Repetí.

Quién podría—

"Ya veo. Entonces los grandes hechizos usados en la Guerra Continental, que usted llama 'imitaciones', son realmente..."

"Poder que nos fue robado y retorcido, modelado en la magia del Héroe".

"Poder que mató a muchas personas y otras criaturas".

"Pero Atra es diferente, ¿no?" le pregunté.

Las chicas asintieron, haciendo que sus mechones brillaran y relucieran.

"Estaba protegida".

"Cielos Gemelos nos capturó, pero también nos cobijó".

"Ya veo", volví a decir. "Tengo muchas más preguntas para usted, pero parece que tenemos poco tiempo".

El mundo blanco ya empezaba a desmoronarse. Me agaché hasta quedar a la altura de los ojos de las niñas, que extendieron sus manitas para rozarme las mejillas.

"Diste parte de tu vida por ella", dijo uno.

"No podemos deshacerlo. No es posible", continuó el otro.

"Pero..."

"Atra no querría eso".

"Eres una llave".

"Una llave para romper la maldición eterna que nos une a nosotros y a los campeones. Nuestra esperanza".

"Pero por favor".

"No desperdicies tu vida. Esta vez has tenido suerte".

"Tina lloró, ¿sabes?"

"Y también Lydia. 'Waaah, waaah.'"

Grulla Frígida y Qilin Ardiente me miraron a los ojos.

"Tina es simpática pero testaruda", dijo el primero. "Lloraba sola por la noche, cuando nadie la vigilaba".

"Sí, tienes razón", respondí.

"Lydia es una llorona", añadió Qilin Ardiente. "Lloraba todos los días".

"Lo sé.

"Ambas se preocupan tanto, tanto por ti", insistieron las chicas al unísono. "Así que no mueras. Vive".

Con timidez, le dije: "Gracias".

Las chicas me llegaron entonces al corazón y empezaron a cantar.

"Yo— nosotras somos..."

"Inmortal. Eterno".

"Pero nuestros recuerdos..."

"Desaparecen para siempre una vez que se han ido".

"Aun así, sus sentimientos son..."

"Muy, muy fuerte".

Atónito, murmuré: "No querrás decir..."

Un rayo de luz brilló y una joven del clan del zorro bajó flotando de los cielos. Era pequeña y tenía el pelo, las orejas y la cola largos y blancos. Sus ojos, sin embargo, eran dorados.

"¡Atra!" La llamé por su nombre. "¡Atra!"

Al instante, me abrazó con alegría. Sus muñecas y tobillos estaban libres de cualquier marca.

Las otras dos chicas, aún de la mano, parecían contentas.

"Trabajamos juntos..."

"Para romper esa horrible maldición".

"Y Atra rellenará los trozos de vida que has perdido".

"Eso no debería funcionar. Rompe las reglas".

"Al mismo tiempo, Atra ha perdido gran parte de su fuerza".

"Necesitará tiempo antes de poder usar su poder, y...."

"Hasta que vuelva..."

"Tendrá problemas para tomar forma humana".

Atra cambió de forma, convirtiéndose en un pequeño cachorro de zorro en mis brazos.

Las chicas me miraron.

"Allen, nuestro querido niño."

"Vivir con ella, el único de nosotros libre. Nuestro más querido deseo".

"¿Y qué será de ti?" pregunté lentamente.

"No perderemos la esperanza".

"Pero el mundo es vasto, y las vidas fugaces. La maldición no se romperá fácilmente".

Acaricié al cachorro de zorro, saludé a las chicas con la cabeza y les dije: "En ese caso, juro que también os salvaré a vosotras". Usaste mucho de tu poder para mantener a salvo a Tina y a Lydia y para levantar la marca de la maldición, ¿verdad? Tienes mi palabra. Y esta vez, la mantendré".

La pareja parpadeó con sus grandes ojos. Luego sonrieron de oreja a oreja.

"Gracias.

"Te lo agradezco. Hasta que nos volvamos a ver".

"Sí", le dije. "Volvamos a vernos".

Hecha la promesa, cerré los ojos... y el mundo blanco se desmoronó.

"¡Eek! ¿De dónde has salido?"

Cuando abrí los ojos, Atra seguía en mis brazos y seguía siendo un cachorro de zorro, y Lydia nos miraba boquiabierta, sobresaltada por su repentina aparición.

"Lydia, ella es Atra", le dije. "Deberías reconocerla, ya que enlazamos mana".

"¿En serio?" Lydia preguntó. "Espera un momento. ¡No te vayas!"

Recogió a Atra, se alejó un poco, depositó al pequeño zorro en el suelo y empezó a susurrarle ("Te agradezco que lo salvaras. Te lo agradezco. Pero escucha: ¡es mío! Su abrazo está reservado para... ¿Qué? ¡¿Han dormido en la misma cama?!")

Estaba suspirando por sus payasadas cuando recibí un abrazo inesperado.

"¿Tina?" Le pregunté.

"Señor", murmuró, con el pelo suelto y los grandes ojos llenos de lágrimas. Temblaba como una hoja.

"Por favor, perdóname. No debería haberte hecho pasar por algo tan aterrador".

"¡No es eso! Yo... Yo..." Tina se puso de puntillas y me tocó la mejilla, trazando las manchas de sangre. "Me dije a mí misma que estarías bien. Que lo arreglarías todo enseguida y que no tendría nada de qué preocuparme. Nunca soñé que estarías tan malherido, que podrías haber muerto". Se le escapó un sollozo. "A-Allen, pensé que lo entendía, pero

yo... yo..." En ese momento, a Tina se le acabaron las palabras. Se aferró a mí y rompió a llorar.

Justo cuando correspondí ligeramente al abrazo de la joven noble, aparecieron varios grifos. Sobre sus lomos cabalgaban Stella, Caren, Ellie y Lynne, listas para saltar en cualquier momento.

"Por fin ha terminado, ¿verdad? Gracias por todo", le dije a Lydia, que había vuelto con Atra. El cachorro de zorro se posó en mi hombro. "Ah, y estoy preparado para una charla".

"Está bien, entonces", respondió Lydia. "Bueno, no, no lo está, pero... está bien. Allen..." Dio la vuelta delante de mí y sonrió con la sonrisa más radiantemente alegre. "Bienvenido a casa."

"Sí", dije, "es bueno estar de vuelta".

La noble de pelo escarlata soltó una risita alegre. Su compañera de pelo platino levantó la vista, moqueó y dijo entrecortadamente: "Señor, será mejor que lleve a Lydia ante la justicia por todas sus maldades".

"¿Y qué hechos serían esos?" pregunté. Aunque habíamos enlazado maná, había estado demasiado preocupada para obtener más detalles.

"¡Tina!" gritó Lydia frenéticamente y apartó a la chica—que por fin había dejado de llorar—de mí. "¿De qué estás hablando?!"

"Perdiste el control peor que nadie", insistió Tina.

¿Se han acercado un poco más desde la última vez que las vi?

Atra frotó su cabecita contra mí.

"¿Hm?" Dije, girándome para mirar por encima de mi hombro. "Que—"

Me quedé mirando el Gran Puente, teñido por los rayos del sol poniente. Una mujer del clan de los lobos fue la primera en cruzar, y corría hacia mí. Llevaba el kimono desordenado y era evidente que el paso le resultaba agotador... pero no se detuvo en ningún momento.

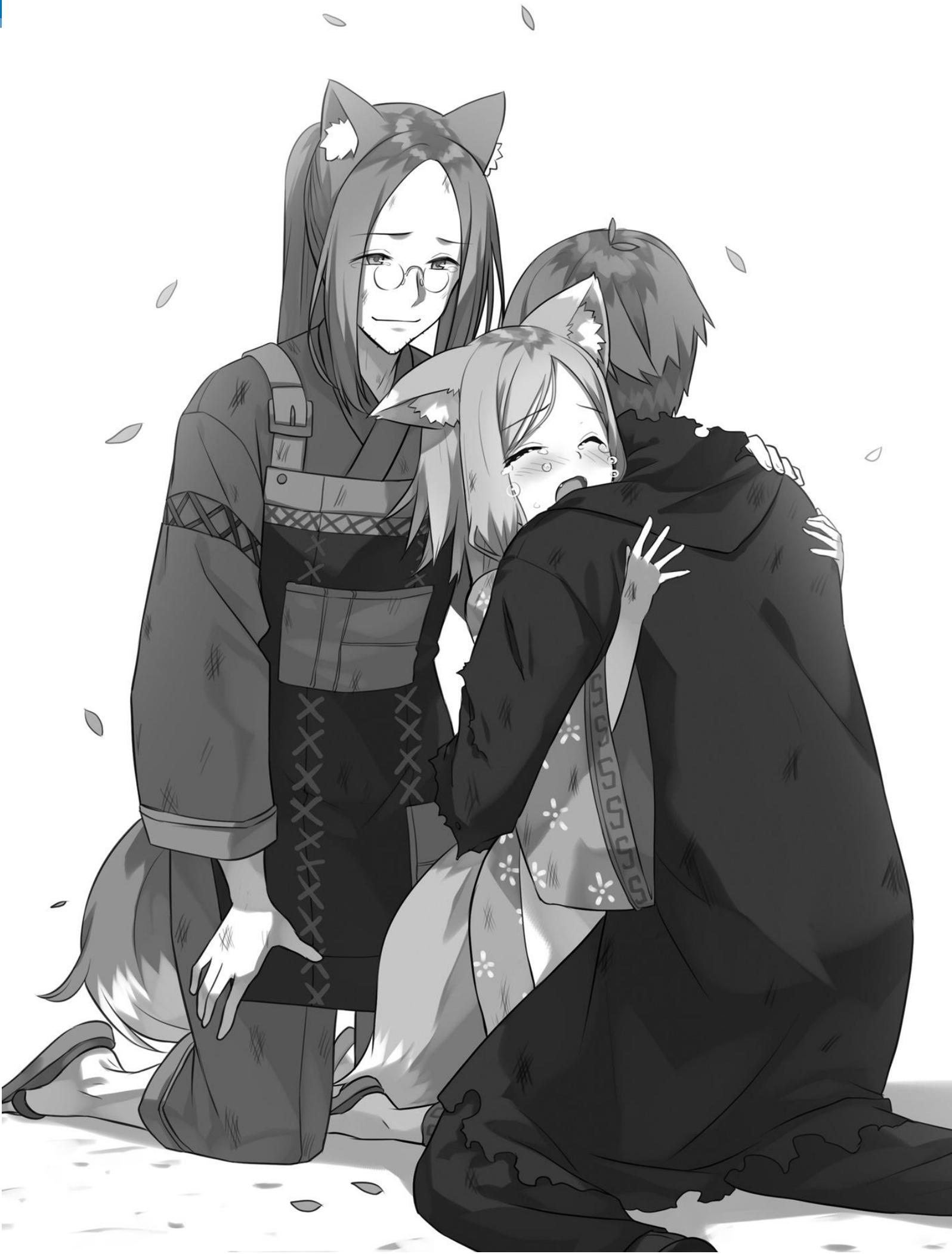
Yo también necesitaba correr hacia ella, pero mis pies se negaban a moverse. Las lágrimas me nublaron la vista mientras murmuraba: "Mamá".

Entonces la mujer—mi madre Ellyn—abrió mucho los ojos, llorando profusamente, y gritó: "¡Allen!".

No aflojó el paso hasta que se arrojó sobre mí y me estrechó en su más firme abrazo. "¡Santo cielo! ¿Cómo has podido ser tan imprudente?", me preguntó. Luego, entrecortadamente: "Oh, Gran Árbol, gracias. Muchas gracias por haberme devuelto a mi único hijo en todo el mundo. Gracias. Gracias. Estoy tan contenta. Muy contenta".

"Mamá", dije vacilante, "lo siento".

Mi padre Nathan llegó un poco más tarde, todavía con su ropa de trabajo manchada. Mientras mamá se aferraba a mí y lloraba, me encontré con su mirada. Los ojos de papá también se llenaron de lágrimas y me saludó con la cabeza una y otra vez.



"Um... Madre", llamó Lydia nerviosa.

"Discúlpenos", añadió Tina, igual de tensa.

Mi madre me soltó y les cogió las manos. "Lydia, Tina, queridas", dijo. "¿Están bien las dos? No están heridas, ¿verdad?"

Sus sentidas palabras les hicieron llorar. Lydia ni siquiera podía hablar, mientras Tina prácticamente sollozaba: "Madre".

Cogí a Atra en brazos y le dije con convicción: "Me alegro de tenerte de vuelta. Juro que salvaré a los demás".

A lo que ella respondió con un aullido musical.

Epilogo

"Ahora, si me disculpa, Sr. Allen, voy a pedirle prestada a Lady Lydia un momento", dijo Anna, con su voz tan musical y ágil como siempre.

La petición provocó un resentido "¡Hey!" de Lydia, que estaba sentada en una silla junto a mi cama, vestida con su camisón y abrazando la espada y la vara encantadas. Su mirada entrecerrada fue más elocuente. "¡No quiero ir!", dijo. "¡Dile que no!"

Estábamos en una habitación del hospital más grande de la capital oriental. Varias lámparas de maná colgaban de las paredes. Más allá de la ventana abierta, había caído la noche y la luna y las estrellas se ocultaban tras las nubes. Aprecié la suave brisa.

Tras matar al Mar Ardiente, me habían traído aquí contra mi voluntad y a pesar de mis protestas. Esperaba unirme a los esfuerzos de reconstrucción, pero la oposición universal me había relegado a una cama de las que ya quedaban muy pocas. Las miradas que había recibido habían sido... algo aterradoras. Al parecer, había pasado más de medio mes desde mi secuestro.

Mis padres me habían acompañado al hospital. Sin embargo, no hacía mucho que habían vuelto a casa a por ropa limpia y otros artículos de primera necesidad.

Atra—aún en forma de cachorro de zorro—había terminado su cena y estaba acurrucada en mi regazo, profundamente dormida. Qué adorable.

Le di a Lydia una palmada en la cabeza y le dije: "Vamos. Seguro que Lisa quiere hablar contigo. No le has hecho la vida fácil, recuérdalo".

"¿No irás a ninguna parte?", preguntó dubitativa.

"No. Me quedaré donde estoy", respondí, encontrándome con la mirada de la noble. Lydia parecía estar agotada: no sólo se había cortado el pelo lamentablemente, sino que se mostraba emocionalmente frágil, negándose a separarse de mí siquiera un momento desde la batalla. También parecía estar realmente resentida por el anillo de Linaria.

Nos miramos en silencio. Entonces Lydia se levantó bruscamente, depositó la espada y la vara en su silla y dijo: "Bien. Admito que hice sufrir mucho a mi madre. Dicho esto..." A pesar de que Anna estaba mirando, me cogió

suavemente de las manos y acercó su cabeza a la mía. "No puedes volver a irte de mi lado. Jamás. No podría soportarlo en absoluto. Si vuelve a ocurrir algo así, llévame contigo. Si alguien intenta separarnos, renunciaré a mi casa y a mi país. ¿Prefieres ir a la ciudad del agua o a Lalannoy?".

"De acuerdo", respondí lentamente. "Te lo prometo".

"¿De verdad? ¿Lo dices en serio?" Lydia me miró con los ojos llorosos. Las estrellas emergieron de las nubes y un rayo de luna brilló en la habitación.

"Me he vuelto dolorosamente consciente de lo lejos que tengo que llegar. Pero juntos, somos imbatibles. ¿Verdad?"

Su Alteza asintió complacida. "Bien. Volveré pronto, así que deja la puerta abierta", dijo y salió de mi habitación de enfermo.

Anna inclinó ligeramente la cabeza, extendió la falda en una elegante reverencia y le siguió.

Ahora...

"Pensé que ya era hora de que vinieras, Alice", dije.

"Mm-hmm", llegó una respuesta desde la azotea. Entonces entró por la ventana una impresionante chica de pelo rubio platino que llevaba una espada desgastada bajo el manto.

Y ni siquiera alertó a Lydia.

"¿Qué es eso? pregunté, mirando la bolsa de papel que sostenía.

"Un recuerdo. Lo compré en la capital real", respondió Alice sin rodeos y se acercó a mi cama. Me ofreció la bolsa y se la cogí. Contenía...

"¿Pasteles del café con el techo azul cielo? Has comido allí antes, ¿verdad?"

"Mm-hmm. Se mantuvieron abiertos a través de todo. Yo estaba impresionado".

Su pelo estaba aún más pálido que cuando luchamos contra el dragón negro.

"Gracias", dije, dejando la bolsa a un lado. "Oh, casi lo olvido. Alice, esto es..."

"El Zorro del Trueno, uno de los Ocho Grandes Elementales", Alice terminó por mí.

Supongo que no puedo engañarla.

Acaricié al cachorro de zorro, que me hizo cosquillas. El anillo de mi mano derecha parpadeó.

"Cielos Gemelos dejaron a Atra a mi cuidado. Un día, iremos a celebrarle un funeral".

"Ya veo", dijo la chica. Su mirada afectuosa me hizo un nudo en la garganta.

"Alice", dije entrecortadamente, "no fui lo suficientemente fuerte. Yo—"

"Hyah". La chica extendió la mano y me dio un suave golpe en la cabeza. "Mi camarada me dijo lo esencial de las cosas. Allen, una vez más, lo que has hecho desafía cualquier creencia. Has salvado el alma de Cielos Gemelos y a Zorro del Trueno, has vuelto a matar a Mar Ardiente y has evitado una amenaza para el continente. Deberías estar orgulloso. Pero has trabajado demasiado. Mucha gente llora cuando te hieren. Incluso yo me siento triste. No estás solo. Pase lo que pase, nunca lo olvides".

Sus palabras flotaron en el aire durante un largo momento. Por fin, dije: "Tienes razón. Gracias".

Alice era amable, demasiado amable para su propio bien. Me pregunté si así sería tener una hermana mayor mientras cogía un pastelito de la bolsa y me lo comía.

"Delicioso", comenté cuando terminé.

"Los mejores del mundo", convino Alice. "Tú me las enseñaste hace cuatro años, cuando luchar era todo lo que sabía. Es lo mismo para Lydia y Tina y Stella y todas las demás. Eres su estrella, Allen. Recuérdalo. No todos pueden andar solos por los caminos oscuros".

Tras otra larga pausa, respondí: "Cierto. No lo olvidaré".

"Bien. La muchacha dio una vuelta, su manto atrapó el viento mientras luces numinosas llenaban el aire, las mismas luces que había visto en la escalera invisible. "La gente puede seguir adelante, incluso sin dioses ni seres como yo. Pero aún tengo asuntos pendientes. Limpiaré después de Cielos Gemelos".

"Alice", pregunté despacio, "¿qué son esas puertas negras?".

"No. No puedo decírtelo". Ella negó con la cabeza.

Entonces la respuesta tiene que ver con las raíces mismas del mundo.

La Héroe era el protector del mundo. El mero hecho de tener la oportunidad de conversar con ella de esta manera era un acontecimiento excepcional.

"En ese caso, ¿me hablarías de los Ocho Grandes Elementales?". pregunté, acariciando al cachorro de zorro. "Conozco al Qilin Ardiente, la Grulla Helada, la Serpiente de Piedra, el Martín Pescador de la Tempestad y el Zorro del Trueno. ¿Cómo se llaman los otros tres?"

Alice me miró fijamente y luego dijo lentamente: "Cocodrilo Marino, Gato Lunar y Lobo Tenebroso. Allen, ¿tú...?"

"Di mi palabra", dije, guiñando un ojo. "Y no está bien romper una promesa. ¿No estás de acuerdo?"

Se lo pensó brevemente antes de contestar. No puedo ayudarte directamente, y será un camino difícil. Pero buena suerte".

"Gracias."

Compartimos una leve inclinación de cabeza. Aunque solo habíamos pasado unos momentos juntos, me sentía en paz.

Alice se acercó a la ventana, luego miró por encima del hombro y anunció: "Debo irme ahora; tengo una vieja promesa que cumplir. Y mi camarada está esperando".

Oí un ruido en el pasillo.

"Gracias de nuevo, Alice", dije. "Pase lo que pase, volvamos a vernos".

"Mm-hmm. Nos vemos."

En medio de los rayos de luna oblicuos, la chica me dedicó una última sonrisa y saltó por la ventana. Una sombra pasó revoloteando para atraparla. Un grifo verde mar, blanco como la nieve, volaba hacia el este con Alicia a cuestas.

Hasta que nos volvamos a ver.

Una vez que se fue, llamé a la chica escondida en el pasillo.

"Tina, ven aquí."

"Sí, señor" respondió la joven noble. Vestida con su camisón y con el pelo suelto, se acercó tímidamente a mi cama.

"Así que Ellie y tú han estado muy ocupadas", dije despreocupadamente. "Stella me contó todo sobre tus grandes logros".

"Yo... estaba... tan llena de mí misma", dijo Tina, con los ojos llenos de lágrimas. "No soy nada buena".

Es brillante, pero demasiado dura consigo misma.

"No eres la única, Tina", le dije, tratando de convencerla. "Yo soy igual de mala. Me he sobrepasado y he hecho llorar a mucha gente. Y aún no sé casi nada sobre Grulla Frígida, Qilin Ardiente, Zorro del Trueno y los demás grandes elementales. Lo único que sé"—acaricié suavemente a Atra—"es que no son lo que las leyendas dicen que son. Tendré que investigar mucho más, pero juro que seguiré haciéndolo hasta que encuentre la forma de liberar a Grulla Frígida".

Tina guardó silencio un momento. Luego, "Juntos", dijo, colocando sus propias manos sobre las que yo tenía sobre Atra. "No quiero que trabajes solo, Allen; quiero estar a tu lado. No podría soportarlo de otra manera". No había nada infantil en la forma en que me miraba.

Las chicas crecen tan rápido. ¿Cómo se supone que voy a competir?

"Tienes razón", dije. "Vamos a trabajar en ello juntos."

"Sí, vamos".

Tina y yo compartimos una mirada y luego una sonrisa.

Ellie, Lynne, Stella y Caren—todas vestidas para ir a la cama—asomaron la cabeza por la puerta de mi habitación. Aunque se callaron, yo sabía exactamente lo que querían preguntar: "¿Y nosotras?".

Lydia entró y declaró: "No necesitará a ninguna de ustedes, no cuando me tenga a mí. ¿No es cierto? Date prisa y asiente".



El rebelde mechón de pelo de Tina se puso en guardia. Se dio la vuelta, señaló con el dedo a la altiva Dama de la Espada y exclamó: "¡Así que te has presentado, Lydia la llorona! Mi camarada me ha dicho todo lo que necesitaba saber, ¡así que será mejor que estés preparada! Y no olvides que ya te vencimos una vez".

"Sí, sí. Hablar no cuesta nada", respondió Lydia con un ligero gesto de la mano. Sus ojos sonreían.

"¡Sólo un 'sí'!" Tina estalló.

"Oh, L-Lady Tina", dijo Ellie nerviosa. Entonces, de repente, mi habitación de enferma se alborotó.

"Querido hermano, yo también tengo mucho que contarte".

"¿Cómo se siente, Sr. Allen? Podría lanzar un hechizo curativo para..."

"Ya echaste un montón antes, Stella".

Ahora lo veo. He vuelto a casa, a donde pertenezco.

Mientras Lydia y Tina disfrutaban de su combate verbal, me invadió una sensación de tranquilidad.

*

"Vaya, si es Edith."

Al este del Reino de Wainwright, entre el Reino de los Caballeros del Espíritu Santo y la República de Lalannoy, se encuentra el corazón palpitante de la Iglesia: los dominios del Pontífice. Caminaba por los vastos pasillos de piedra de su santuario más íntimo—prohibido a todos excepto a los apóstoles y a unos pocos fieles selectos—cuando oí una voz detrás de mí. Me volví y vi a un hombre vestido con la túnica blanca con ribetes carmesí que distinguía a los verdaderos apóstoles.

"Raymond", dije, deteniéndome para fruncirle el ceño con suspicacia. "¿O debería llamarte ahora Apóstol Ibush-nur? Creía que te habías ido a Lalannoy".

"Y yo que pensaba que tú también te habías ido. ¿No fuiste asignado a reforzar la ciudad del agua?"

"Metí la pata en Rostlay", respondí rígidamente. "Debo asumir la responsabilidad".

"Nunca cambias. Ahora, procedamos. Nuestro líder espera".

Dudé un momento antes de decir: "Sí". Sentí miedo, pero también una excitación irreprimible. ¿Por qué no? Estábamos a punto de ver a nuestra única señora, la Santa viviente.

El pontífice, cabeza de la Iglesia del Espíritu Santo, era venerado como prácticamente divino en el reino de los caballeros y también en los demás países vecinos. Su influencia superaba con creces la de cualquier jefe de Estado. Sin embargo, el actual pontífice, Teobaldo III, postró su anciano cuerpo en este jardín de flores en el corazón del Palacio del Espíritu Santo, dando su informe tal y como estábamos.

"No preví que los Algrens se habían debilitado tanto", decía. "Me invade la vergüenza de no haber podido obtener la hoja sagrada—y lo que ella sella—de la capital real, y del brote más antiguo del Gran Árbol del Este".

"Compartimos la culpa", añadí.

"Nos hemos comportado de forma vergonzosa y hemos malgastado el don de la profecía de Su Santidad", dijo Ibush-nur.

Una figura vestida con una túnica con capucha de un blanco inmaculado se apartó de las flores que había estado tocando. Era una muchacha de sublime belleza, con largos cabellos blanco-grisáceos y piel impecable. Era la Santa viviente, la única autoridad ante la que debíamos responder. Nos postramos aún más profundamente ante ella.

"No te preocupes", declaró Su Santidad. "He recibido el brote más antiguo del Gran Árbol de la capital real, así como el corazón del monstruoso Mar Picante, libros antiguos y prohibidos necesarios para recrear la verdadera Resurrección, restos de las catacumbas de la Real Academia y caciques beastfolk versados en magia botánica, junto con sus hijos.

Incluso el deshonrado príncipe Wainwright está en mis manos. Estamos bien equipados para dar otro paso adelante. He oído que Sir Gaucher, los Apóstoles Menores Racom y Rolog, e incluso Lev se han martirizado. Vean que cualquier familia que tengan sea bien recompensada, y hagan lo mismo por todos los demás martirizados en el curso de este esfuerzo. Edith, Ibush-nur, ustedes también han trabajado incansablemente. Acepto toda la culpa por vuestros fracasos".

Temblaba, demasiado emocionado para hablar. Su Santidad había memorizado los nombres de todos los mártires.

"¡Oh, qué compasión sin límites! Somos indignos", exclamó el anciano pontífice. "Envidio de todo corazón a nuestros hermanos mártires".

Su Santidad arrancó una flor y murmuró apenada: "Mis pecados son graves. He enviado a tantos a la muerte, aunque en nombre de una causa digna, la restauración del gran hechizo de la Resurrección. Debo pedir perdón a todos los caídos cuando se reúnan con los vivos. Pero no ahora, todavía no. Te lo suplico, por favor continúa prestándome tu ayuda".

"¡Siempre!", respondimos al unísono, con renovada determinación.

Mi siguiente deber me llevaría a la ciudad del agua: el núcleo de la Liga de los Principados, la ciudad mortal más antigua y el legendario lugar de la llegada del dragón de agua. Allí me redimiría de mi desgracia en Rostlay.



El anciano y los apóstoles habían abandonado el patio, y ni siquiera ellos podrían volver a entrar en él; ya había desplegado capas de barreras estratégicas. Yo, la Santa viviente de la Iglesia del Espíritu Santo, estaba solo.

Pasé los dedos por las tapas de varios tomos prohibidos—recién recuperados—que yacían sobre una mesita. Un *Registro de Ciertos Asuntos de Grave Importancia para la Familia Real* estaba marcado como secreto con los sellos descoloridos de Crom y Gardner. Un delgado volumen llevaba el título garabateado Hallazgos sobre la fiebre de los diez días y el nombre de su autora: Millie Walker. El libro antiguo de cubierta verde oscuro era *Sobre el Árbol del Mundo*, de autor desconocido. *Estrella Fugaz en Guerra* registraba las hazañas del campeón del clan de los lobos en la Guerra del Señor Oscuro. Una insignia en forma de luna creciente ocupaba una esquina de la portada. El último volumen era un cuaderno maltratado, manchado en algunas partes de lo que yo sabía que era sangre. Lo cogí con cuidado.

"Hermana", murmuré, acunando el cuaderno de mi difunta hermana mayor. Luego, abrazándola contra mi pecho, bailé sola junto al estanque, entre la profusión de flores florecientes. "Esta vez he conseguido todo lo que quería". canté. "Incluso he liberado al Zorro del Trueno justo a tiempo. El reino tendrá las manos llenas durante un tiempo. Me pregunto si incluso

después de la guerra estarán en condiciones de hacer campaña en el extranjero. ¡Y terminé de barrer a las abejas obreras descerebradas de la iglesia! ¡Martirio, martirio y más martirio! Así que..." Me reí entre dientes junto al pequeño estanque, sosteniendo la flor que había recogido antes. "Será mejor que me divierta en Lalannoy mientras tenga la oportunidad. Pero primero, ¡la ciudad del agua! ¡Oh, qué tontos son todos! Nadie en el mundo puede jugar a este juego contra mí".

Rastreé un nombre en un informe, casi loco de cariño y nostálgica añoranza.

Allen.

"Me pregunto si me descubrirá", reflexioné. "Envié a ese zoquete de Lev a saludar. ¿Qué hará si se da cuenta? ¡Oh, no puedo esperar!"

Aplasté la flor en mi mano. Los trocitos que resbalaron entre mis dedos estaban marchitos.

"Pero si se interpone en mi camino, si intenta impedir que derribe este mundo podrido e impío, no tendrá piedad de mí. Estrella Fugaz puede haber venido de nuevo y recordado al mundo su luz..."

A mi alrededor, todas las flores empezaron a marchitarse y morir. La superficie del agua reflejaba unas orejas de bestia de color blanco grisáceo y una cola tupida. Mis ojos se volvieron carmesí mientras la marca de Serpiente de Piedra se extendía por mi mano derecha y mi mejilla. Abrazando el cuaderno, susurré al viejo colgante que pendía de mi cuello:

"Pero toda estrella fugaz cae al final en la tierra. ¿No crees lo mismo, hermana mayor Atra?"



Palabras De Cierre

Aquí Riku Nanano. Han pasado otros cuatro meses y, gracias a todos vosotros, he llegado al volumen ocho, el final de la segunda parte. Yo diría que tiene una estructura inusual para una novela ligera de hoy en día, ¿no os parece? Es decir, el héroe se convierte en una "damisela en apuros" a mitad de camino. Uno de los puntos fuertes de Private Tutor es que nunca le faltan personajes que hacen avanzar la historia.

Esta novela se basa en mi historia serializada en curso en el sitio web de novelas Kakuyomu, aunque, como de costumbre, alrededor del noventa por ciento es material nuevo. También he retocado casi todo lo que no añadí directamente, pero todo sigue contando como revisión.

En cuanto a la historia, creo que he conseguido abarcar todo lo que quería incluir en la segunda parte. Mostré los puntos fuertes y débiles de todas las protagonistas, así como su crecimiento (excluida cierta llorona escarlata). Exploré la historia y los sentimientos y remordimientos de los que sobrevivieron a ella, aunque desearan no haberlo hecho. Y Allen dio su primer paso adelante por voluntad propia.

Dos cosas me sorprendieron:

- El vicecomandante de la guardia real alcanzó nuevas cotas con cada volumen.
- Santa Loba maduró a un ritmo vertiginoso.

Puse las cosas en marcha y dejé que mis personajes hicieran el resto, y desbordaron mis expectativas.

¿Hm? ¿Y qué pasa con Lily? Sospecho que empezará a destacar en el próximo volumen.

¡Hora del anuncio! Henkyō Toshi no Ikuseisha (El mentor en una ciudad fronteriza) tendrá una adaptación manga dibujada por Hidaka. Me gustaría seguir escribiéndolo junto con Private Tutor, ¡así que espero que le echéis un vistazo!

Me gustaría dar las gracias a todas las personas que me han ayudado:

Mi editor. Gracias por ayudarme con otro volumen más.

El ilustrador, cura. Tus magníficas ilustraciones me mantienen motivada. Estoy deseando trabajar contigo en el volumen nueve y en los siguientes.

Y a todos los que habéis leído hasta aquí. No tengo palabras para agradecerérslo y espero volver a veros. En el próximo volumen, esperen limpieza, encuentros y planes.

Riku Nanano

8

Author

Riku Nanano

Illustrator

cura

Private
Tutor to the
Duke's
Daughter

The Second Coming of Shooting Star
and the Final Showdown in
the Eastern Capital



Private Tutor to the
Duke's Daughter

CONTENTS

Prologue

Chapter 1

Chapter 2

Chapter 3

Chapter 4

Epilogue

Afterword



???

TOP SECRET



“Now, let’s put
an end to this
rebellion!”

The great elemental Thunder Fox

Atra

A young girl Allen encountered
in a ruin on the Four Heroes Sea.
She guides him deeper into
the ancient tower.

Private tutor to the dukes’ daughters

Allen

A young man who fails to appreciate
his own unrivaled control of magic.
He was confined to a ruin but came
face-to-face with an ancient legend
in its depths.

Private Tutor to the 8 Duke’s Daughter

“W-We
teleported
from the royal
capital!”



Ellie

“Now, charge!”



Stella

“Look there!”



Tina

“Luce! It’s me!
I came back!”



Caren

“Incredible...”



Lynne





“Hi, Lydia.
I see you’ve gone
back to your old
hairstyle.”

“Unbelievable.
Just completely unbelievable!
You’re such a fool, Allen.”

An anime-style illustration depicting three characters in a dynamic, magical scene. On the left, a large, flowing banner of red and blue streaks dominates the frame. In the center, three characters are shown in a state of intense concentration or shouting. The character on the left has red hair and blue eyes, wearing a dark purple and black outfit. The character in the middle has brown hair and red eyes, wearing a black and white coat. The character on the right has light blue hair and blue eyes, wearing a white and black outfit with a blue bow. They are surrounded by glowing purple and white magical symbols, including circular diagrams with intricate patterns and lines. The background is a dark, starry space with glowing purple and white energy streaks. The overall atmosphere is one of powerful magic and action.

“Enough!”

Streaks of scarlet and azure mingled with Lightning Flash, magnifying its power by orders of magnitude. Our spell tore through Lev's ashen ray... and struck him!



Puede encontrarnos en nuestras páginas de Facebook y Twitter que aparecen a continuación, además de nuestra página web donde hallar una variedad de novelas ligeras a su gusto.

Facebook:

1: <https://www.facebook.com/profile.php?id=100088203667186>

2: <https://www.facebook.com/profile.php?id=100082889064950>

Twitter:

<https://twitter.com/WorldProject4>

Página Web:

<https://worldproject1901.wixsite.com/website>

Si desean pueden donar para ayudar a los traductores.